

INSTRUCCIÓN PRÁCTICA
SOBRE LAS
MANIFESTACIONES ESPÍRITAS

Racc. Bédouin A. 54
INSTRUCTION PRATIQUE

SUR LES

MANIFESTATIONS SPIRITES

CONTENANT

L'exposé complet des conditions nécessaires pour communiquer avec les Esprits,
et les moyens de développer la faculté médiatrice chez les médiums,

PAR ALLAN KARDEC

AUTEUR DU LIVRE DES ESPRITS ET DIRECTEUR
DE LA REVUE SPIRITE.



Prix : 2 francs.



PARIS

AU BUREAU DE LA REVUE SPIRITE,
8, rue des Martyrs;

E. DENTU, LIBRAIRE, | **LEDOYEN, LIBRAIRE,**
Palais-Royal, 43, Galerie-d'Orléans. | Palais-Royal, 31, Galerie-d'Orléans.

1858

INSTRUCCIÓN PRÁCTICA SOBRE LAS MANIFESTACIONES ESPÍRITAS

CONTIENE

LA EXPOSICIÓN COMPLETA DE LAS CONDICIONES NECESARIAS
PARA COMUNICARSE CON LOS ESPÍRITUS, ASÍ COMO LOS MEDIOS
PARA DESARROLLAR LA FACULTAD MEDIADORA EN LOS MÉDIUMS.

por

Allan Kardec

Traducción de Gustavo N. Martínez



CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

Copyright © 2024 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-48481-5-4

Título del original francés:
*INSTRUCTION PRATIQUE SUR LES
MANIFESTATIONS SPIRITES*
(Allan Kardec; 1858)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez

Edición de la
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)
Sánchez de Bustamante 463
(1173) Buenos Aires - Argentina
+ 54 11 - 4862 - 6314
www.ceanet.com.ar - ceaspiritista@gmail.com

Kardec, Allan

Instrucción práctica sobre las manifestaciones espíritas / Allan Kardec.
- 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Confederación Espiritista Argentina, 2024.
184 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.
Edición para Confederación Espiritista Argentina
ISBN 978-987-48481-5-4

I. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.
CDD 133.902

Impreso en la Argentina

ADVERTENCIA GENERAL SOBRE LA TRADUCCIÓN

La presente traducción se basa en la primera y única edición de la *Instrucción práctica sobre las manifestaciones espíritas*, publicada por Allan Kardec, en París, en julio de 1858. Nos valimos de un ejemplar que se conserva en la *Biblioteca Nacional de Nápoles "Vittorio Emanuele III"* (Italia).

A juicio del autor, esta pequeña obra no estaba “suficientemente completa para ilustrar acerca de la totalidad de las dificultades que es posible encontrar” en la comunicación con los Espíritus, razón por la cual no volvió a imprimirla, reemplazándola por *El libro de los médiums*, que vio la luz, también en París, el 15 de enero de 1861. No obstante, en dicho libro, Allan Kardec mantuvo intactos o con algunas modificaciones numerosos párrafos de la presente *Instrucción práctica*.

El criterio rector de esta traducción ha sido mantener una absoluta fidelidad al contenido del texto original. En tal sentido, hemos cuidado especialmente la preservación de la terminología que Allan Kardec empleó para nombrar los numerosos fenómenos que son analizados y definidos en este libro.

EL TRADUCTOR
Buenos Aires, 2 de enero de 2024.

Instrucción práctica sobre las manifestaciones espíritas

INTRODUCCIÓN

Muchas personas nos han solicitado que les indicáramos los requisitos y los procedimientos necesarios para llegar a ser médium. La solución de este problema es más complicada de lo que parece a primera vista, porque se basa en conocimientos preliminares de cierta amplitud. Para realizar experiencias de física y de química se requiere, en primer lugar, saber física y química. Las respuestas que hemos dado a esas personas no podían contener desarrollos que resultan incompatibles con las limitaciones de una correspondencia epistolar. Por otra parte, el tiempo material de que disponemos no nos habría permitido satisfacer todas las consultas. Esto nos decidió a publicar la presente instrucción, necesariamente más completa que todo lo que habríamos podido escribir directamente a cada persona.

Se engañaría el que tuviera la intención de encontrar en esta obra una receta universal e infalible para formar médiums. Aunque cada uno sea portador del germen de las cualidades necesarias para llegar a serlo, esas cualidades existen en grados muy diferentes, y su desarrollo depende de causas que nadie puede provocar a voluntad. Las reglas de la poesía,

de la pintura o de la música no hacen que se vuelvan poetas, pintores o músicos los que no poseen el talento correspondiente: tan solo los orientan en el empleo de sus facultades naturales. Lo mismo sucede con nuestro trabajo. Su objetivo consiste en indicar los medios de desarrollar la facultad mediadora¹ tanto como lo permitan las disposiciones de cada individuo y, sobre todo, orientar su empleo de una manera útil en caso de que la facultad exista. Sin embargo, no es ese el único objetivo que nos hemos propuesto. A la par de los médiums propiamente dichos, crece día a día la cantidad de personas que se ocupan de las manifestaciones espíritas. Guiarlas en sus observaciones, señalarles los escollos que forzosamente encontrarán en algo que es tan nuevo, iniciarlas en el modo de conversar con los Espíritus, enseñarles los medios para la obtención de buenas comunicaciones, tal es el panorama que necesitamos abarcar a fin de no correr el riesgo de que nuestra labor resulte incompleta. Que nadie se sorprenda, entonces, si encuentra en ella informaciones que a primera vista parecen inadecuadas, pues la experiencia mostrará su utilidad. Quien estudie detenidamente este libro comprenderá mejor los hechos que ha de presenciar, y el lenguaje de ciertos Espíritus no le resultará tan extraño. Por consiguiente, en su carácter de instrucción práctica, no está destinado exclusivamente a los médiums, sino a todos los que estén en condiciones de observar los fenómenos espíritas.

La ciencia espírita se basa necesariamente en la existencia de los Espíritus y en la intervención de estos en el mundo corporal. En la actualidad, este hecho es admitido por una

1. La expresión *faculté médiatrice*, utilizada a lo largo de esta obra, será reemplazada en *El libro de los médiums* por *faculté médiánimique*. (N. del T.)

cantidad tan importante de personas, que una demostración resultaría superflua. Dado que nuestro objetivo consiste en guiar a quienes desean ocuparse de las manifestaciones, suponemos que se encuentran suficientemente convencidos respecto de este punto, así como de las verdades fundamentales que de él se deducen, como para que sea inútil abundar en explicaciones al respecto. Por eso no las discutiremos, como tampoco intentaremos generar controversias ni refutar objeciones. Solo nos dirigimos a las personas convencidas o dispuestas de buena fe a convencerse. En cuanto a las que tengan que aprenderlo todo, no encontrarán aquí ciertas demostraciones que tal vez desearían, pues damos por sabido el punto de partida. A las que cuestionen ese punto, les decimos: “Ved y observad cuando se os presente la ocasión de hacerlo. Si, a pesar de los hechos y los razonamientos, persistís en vuestra incredulidad, consideraremos que habríamos perdido el tiempo invertido en tratar de sacaros de un error en el que sin duda os complacéis. Nosotros respetamos vuestra opinión, de modo que tened a bien respetar la nuestra. Es todo lo que os pedimos”.

Comenzaremos esta instrucción con la exposición de los principios generales de la doctrina. Aunque parezca más racional comenzar por la práctica, consideramos que este no es el caso. Hay una convicción moral que solo el razonamiento puede otorgar, de modo que las personas que hayan adquirido las primeras nociones mediante el estudio de la teoría, comprenderán mejor la necesidad de algunos preceptos recomendados en la práctica, y se dispondrán a ella más favorablemente. Al conducir a los indecisos hacia el terreno de la realidad, confiamos en destruir los prejuicios que pueden afectar el resultado que se busca, así como evitar ensayos

inútiles –porque están mal dirigidos, o son dirigidos hacia lo imposible–, y combatir, por último, las ideas supersticiosas cuyo origen se encuentra siempre en una noción falsa o incompleta de las cosas.

Las manifestaciones espíritas son la fuente de una infinidad de ideas nuevas para las cuales no se encontró una representación en el lenguaje usual, de modo que fueron expresadas mediante analogías, conforme ocurre al principio de cualquier ciencia. A esto se debe la ambigüedad de las palabras: fuente de inagotables discusiones. En cambio, con palabras claramente definidas, y con una palabra para cada cosa, nos ponemos de acuerdo más fácilmente. Si discutimos, en tal caso lo hacemos respecto del fondo y ya no por la forma. Con miras a alcanzar dicho objetivo y poner en orden esas ideas nuevas y aún confusas, en primer lugar brindamos, acerca de las palabras que se vinculan directa o indirectamente con la doctrina espírita, explicaciones bastante completas –aunque sucintas– para fijar las ideas. La ciencia espírita debe contar con su propio vocabulario, como el resto de las ciencias. Para comprender una ciencia, en primer lugar es necesario comprender su lenguaje. Esto es lo primero que recomendamos a los que pretenden estudiar seriamente el espiritismo. Después, sea cual fuere su opinión acerca de los diversos puntos de la doctrina, podrán discutirlos con conocimiento de causa. El orden alfabético permitirá, además, que se recurra con mayor facilidad a las definiciones y los conocimientos que son como la piedra angular del edificio, y que servirán para refutar en pocas palabras algunas críticas, así como para evitar muchas preguntas.

La especialidad del objeto que nos hemos propuesto señala los límites naturales de esta obra. Dado que la ciencia

espírita abarca todos los puntos de la metafísica y de la moral, e incluso –vale decirlo– la mayoría de los conocimientos humanos, no podíamos abordar en un marco tan restringido todos los asuntos, ni discutir todas las objeciones. De tal modo, para los desarrollos complementarios, remitimos a *El libro de los Espíritus* y a la *Revista Espírita*. En el primero, se encontrará la exposición completa y metódica de la doctrina, tal como ha sido dictada por los Espíritus mismos; y en la segunda, además del relato y la evaluación de los hechos, una variedad de temas que solo se pueden abarcar mediante su publicación periódica. La colección de esta revista formará el repertorio más completo acerca de la materia, desde el triple punto de vista: histórico, dogmático y crítico.

VOCABULARIO ESPÍRITA²

ALMA [*âme*] (del latín *anima*; del griego *ánemos*: soplo, respiración). Según algunos, es el principio de la vida material; según otros, es el principio de la inteligencia sin individualidad después de la muerte. Conforme a las diversas doctrinas religiosas, es un ser inmaterial, distinto, cuyo cuerpo es tan solo la envoltura; sobrevive al cuerpo y conserva su individualidad después de la muerte.

Esta diversidad de acepciones aplicada a una misma palabra constituye una fuente perpetua de controversias que no tendrían lugar si cada idea poseyera una representación claramente definida. Para evitar cualquier equivocación respecto del sentido que asignamos a esta palabra, denominaremos:

-
2. Allan Kardec modificará considerablemente este vocabulario, conforme se observa en el capítulo XXXII de la segunda edición (definitiva) de *El libro de los médiums* (1861). En la *Introducción* de esa obra, el autor señala: “Suprimimos asimismo, del *Vocabulario espírita*, lo que no se adaptaba debidamente al plan de esta obra, y lo sustituimos con ventaja por cosas más prácticas. Por otra parte, ese vocabulario no estaba completo, y nuestra intención es publicarlo más adelante, por separado, con el formato de un breve diccionario de filosofía espírita. En la presente edición hemos conservado solamente las palabras nuevas o especiales, relativas al tema del cual nos ocupamos”. Vale señalar que Allan Kardec no llegó a publicar el referido diccionario. (N. del T.)

Alma espírita, o simplemente *alma*, al ser inmaterial, distinto e individual, unido al cuerpo que le sirve de envoltura temporaria; es decir: el espíritu en estado de encarnación, y que solo pertenece a la especie humana.

Principio vital, al principio general de la vida material común a todos los seres orgánicos: hombres, animales y plantas; y *alma vital*, al principio vital individualizado en un ser, sea cual fuere.

Principio intelectual, al principio general de la inteligencia, común a los hombres y a los animales; y *alma intelectual*, a ese mismo principio, individualizado.

ALMA UNIVERSAL [*âme universelle*]. Nombre que algunos filósofos aplican al principio general de la vida y de la inteligencia (véase *Todo universal*).

ALUCINACIÓN [*hallucination*] (del latín *hallucinare*: errar). “Error, ilusión de una persona que cree tener percepciones que en realidad no tiene” (Academia Francesa). Los fenómenos espíritas que provienen de la emancipación del alma demuestran que lo que se califica de alucinación suele ser una percepción real análoga a la de la doble vista, del sonambulismo o del éxtasis, provocado por un estado anormal, un efecto de las facultades del alma desprendida de los lazos corporales. No cabe duda de que a veces existe una verdadera alucinación, en el sentido que se aplica a esta palabra, pero la ignorancia y la poca atención que se le ha prestado hasta ahora a ese tipo de fenómenos han hecho que se considere una ilusión lo que a menudo es una visión real. Cuando no se sabe cómo explicar un hecho psicológico, resulta más sencillo calificarlo de alucinación.

ÁNGEL [*ange*] (del latín *angelus*; del griego *ángelos*: mensajero). Según la idea vulgar, los ángeles son seres intermedios entre el hombre y la Divinidad, tanto por su naturaleza como por su poder, y pueden manifestarse a través de advertencias ocultas o de manera visible. No fueron creados perfectos, dado que la perfección supone la infalibilidad, y que algunos de ellos se revelaron contra Dios. Se dice: los ángeles buenos y los ángeles malos, el ángel de las tinieblas. No obstante, a esta palabra se aplica la idea más general de la bondad y la virtud suprema.

Según la doctrina espírita, los ángeles no son seres aparte y de naturaleza especial: son los Espíritus del primer orden, es decir, los que han alcanzado el estado de Espíritus puros después de haber superado todas las pruebas.

Nuestro mundo no es eterno, y mucho antes de que existiera había Espíritus que alcanzaron ese grado supremo. Por eso, los hombres pudieron creer que siempre fueron así.

APARICIÓN [*apparition*]. Fenómeno mediante el cual los seres del mundo incorporeal se manifiestan a la vista.

Aparición vaporosa o *etérea*: la que es impalpable e inaprensible, y no ofrece ninguna resistencia al tacto.

Aparición tangible o *estereotita* [*stéréotite*]: la que es palpable y presenta la consistencia de un cuerpo sólido.

La *aparición* difiere de la *visión* por el hecho de que ocurre en el estado de vigilia mediante los órganos visuales, y cuando el hombre tiene plena conciencia de sus relaciones con el mundo exterior. La *visión* ocurre en el estado de sueño o de éxtasis, y también en el estado de vigilia mediante el efecto de la doble vista. La *aparición* llega a nosotros mediante los ojos del cuerpo; se produce en el lugar en que nos encontra-

mos. La *visión* tiene por objeto las cosas ausentes o lejanas, percibidas por el alma en estado de emancipación, y cuando las facultades sensitivas se hallan más o menos suspendidas (véase *Lucidez*, *Clarividencia*).

ARCÁNGEL [*archange*]. Ángel de un orden superior (véase *Ángel*). La palabra *ángel* es un término genérico que se aplica a todos los Espíritus puros. Si se admite que estos poseen diferentes grados de elevación, se los puede designar con las palabras *arcángeles* y *serafines*, para valerse de términos conocidos.

ATEO, ATEÍSMO [*athée, athéisme*] (del griego *átheos*, compuesto del privativo *a* (sin) y de *theós* (Dios): sin Dios; que no cree en Dios). El ateísmo es la negación absoluta de la divinidad. Todo el que crea en la existencia de un ser supremo, sean cuales fueren los atributos que le asigne y el culto que le rinda, no es ateo. Toda religión se basa necesariamente en la creencia en una divinidad; dicha creencia puede ser más o menos clara y conforme a la verdad, pero una religión atea sería un sinsentido.

El ateísmo absoluto tiene pocos prosélitos, porque el sentimiento de la divinidad existe en el corazón del hombre pese a la falta de toda enseñanza. El ateísmo y el espiritismo son incompatibles.

CIELO [*Ciel*]. En el sentido de morada de los bienaventurados (véase *Paraíso*).

CLARIVIDENCIA [*clairvoyance*]. Propiedad inherente al alma y que confiere a ciertas personas la facultad de ver sin el auxilio de los órganos de la visión (véase *Lucidez*).

CLASIFICACIÓN *de los Espíritus* [*classification des Esprits*] (véase *Escala espírita*).

COMUNICACIÓN *espírita* [*communication spirite*]. Manifestación inteligente de los Espíritus, cuyo objeto es el intercambio continuo de ideas entre ellos y los hombres. Se la distingue en:

Comunicaciones frívolas: las que se refieren a temas fútiles y sin importancia.

Comunicaciones groseras: las que se traducen mediante expresiones que ofenden el decoro.

Comunicaciones serias: las que excluyen la frivolidad, sea cual fuere su objeto.

Comunicaciones instructivas: aquellas cuyo objeto principal consiste en una enseñanza impartida por los Espíritus acerca de las ciencias, la moral, la filosofía, etc.

(Para los *modos de comunicación*, véanse *Sematología*, *Tipología*, *Psicografía*, *Pneumatografía*, *Psicofonía*, *Pneumatofonía*, *Telegrafía humana*.)

CRISIÁCO [*crisiaque*]. Persona que se encuentra en un estado momentáneo de crisis provocada por la acción magnética. Esta calificación se aplica más particularmente a las personas en las que ese estado es espontáneo y acompañado de cierta sobreexcitación nerviosa. En general, los crisiacos poseen lucidez sonambúlica o doble vista.

DEÍSTA [*déiste*]. El que cree en Dios sin admitir un culto exterior. Es un error confundir a veces el *deísmo* con el *ateísmo* (véase *Ateo*).

DEMONIO [*démon*] (del latín *daemon*, y este del griego *daímon*: genio, suerte, destino, manes). Tanto en griego como en latín, se llama *daemones* a todos los seres incorpóreos, buenos o malos, y que supuestamente poseen conocimientos y un poder superiores a los del hombre. En las

lenguas modernas, por lo general esa palabra tiene un sentido negativo, restringido a los genios maléficos. Según la creencia vulgar, los demonios son seres cuya naturaleza es esencialmente mala. Pero los Espíritus nos enseñan que Dios, como es soberanamente justo y bueno, no creó seres condenados al mal y desdichados para toda la eternidad. Según ellos, no existen los demonios en el sentido absoluto y restringido de esa palabra. Solo existen Espíritus imperfectos, y todos ellos pueden mejorar con su propio esfuerzo y su voluntad. Los Espíritus de la novena clase serían los auténticos *demonios*, en caso de que esa palabra no implique la idea de una naturaleza perpetuamente maligna.

DEMONIO FAMILIAR [*démon familier*] (véase *Espíritu familiar*).

DEMONOLOGÍA, DEMONOGRAFÍA [*démonologie, démonographie*]. Tratado de la naturaleza y la influencia de los demonios.

DEMONOMANCIA [*démonomancie*] (del griego *dáimon*, y *manteia*: adivinación). Supuesto conocimiento del porvenir mediante la inspiración de los demonios.

DEMONOMANÍA [*démonomanie*]. Variedad de la alienación mental que consiste en creerse poseído por el demonio.

DIABLO [*diable*] (del griego *diábolos*: delator, acusador, maledicente, calumniador). Según la creencia vulgar, el diablo es un ser real, un ángel rebelde, jefe de todos los demonios, y cuyo poder es suficientemente amplio para luchar contra el propio Dios. Conoce nuestros más secretos pensamientos, inspira las malas pasiones y adopta todas las formas para inducirnos al mal. De acuerdo con la doctrina de los Espíritus acerca de los demonios, el diablo es la personificación

del mal; se trata de un ser alegórico que reúne la totalidad de las malas pasiones de los Espíritus imperfectos. Así como los antiguos asignaban a sus divinidades alegóricas atributos especiales —al Tiempo, una guadaña, un reloj de arena, alas y un rostro de anciano; a la Fortuna, los ojos vendados y una rueda bajo uno de los pies, etc.—, de igual modo el diablo fue representado con los rasgos característicos de la bajeza de las inclinaciones. Los cuernos y la cola son emblemas de la bestialidad, es decir, de la brutalidad de las pasiones animales.

DIOS [*Dieu*]. Inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas. Es eterno, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, e infinito en sus perfecciones.

DRÍADAS [*dryades*] (véase *Hamadriadas*).

DUENDE [*lutin*]. De la voz antigua *luicter*: “luchar” [*lutter*] —según algunos—, de la que se formaron sucesivamente *luicton*, *luiton*, *luits* y, por último, *lutin*. Según otros, *luicton* reemplazaría a *nuicton*, derivado de *nuict* [*nuit*]: “noche”, porque los duendes, conforme a la creencia vulgar, acuden principalmente por la noche para atormentar a los vivos.

Dentro de esta denominación podemos incluir algunos Espíritus frívolos, más traviosos y engañosos que malignos, los cuales se complacen en causar pequeñas vejaciones y contrariedades. Son ignorantes, mentirosos y burlones: los niños malcriados del mundo espírita. Su lenguaje suele ser ingenioso, mordaz y satírico, pero rara vez grosero. Les gusta bromear, y simpatizan con las personas de carácter frívolo. Perderíamos el tiempo y nos expondríamos a chascos ridículos si les formuláramos preguntas serias.

EMANCIPACIÓN DEL ALMA [*émancipation de l'âme*]. Estado particular de la vida humana durante el cual el alma, al desprenderse en parte de sus lazos materiales, recobra algunas de sus facultades de Espíritu, y se comunica más fácilmente con los seres incorpóreales. Ese estado se manifiesta principalmente a través del fenómeno de los sueños, la somnolencia, la doble vista, el sonambulismo natural o magnético, y el éxtasis (véanse esas palabras).

ENCARNACIÓN [*incarnation*]. Estado de los Espíritus que se cubren con una envoltura corporal. Se dice *Espíritu encarnado*, por oposición a *Espíritu errante*. Los Espíritus son errantes en los intervalos entre sus diversas encarnaciones. La encarnación puede ocurrir en la Tierra o en otros mundos.

ERRATICIDAD [*erraticité*]. Estado de los Espíritus errantes, es decir, no encarnados, durante los intervalos entre sus diversas existencias corporales. La erraticidad no es un signo absoluto de inferioridad de los Espíritus. Hay Espíritus errantes de todas las clases, salvo los del primer orden o Espíritus puros, dado que a estos, como ya no tienen que sufrir encarnaciones, no se los puede considerar errantes. Los Espíritus errantes son felices o desdichados conforme a su grado de purificación. En ese estado, el Espíritu, una vez que se ha despojado del velo material del cuerpo, reconoce sus existencias anteriores y las faltas que lo alejan de la perfección y de la dicha infinita. En tal caso, también elige nuevas pruebas a fin de avanzar más rápido.

ESCALA ESPÍRITA [*échelle spirite*]. Cuadro de los diferentes órdenes de Espíritus, que indica los grados que deben recorrer para alcanzar la perfección. Comprende tres órdenes principales: los Espíritus imperfectos, los Espíritus buenos, y los Espíritus puros. Estos órdenes se subdividen en nueve

clases, caracterizadas por la progresión de los sentimientos morales y de las ideas intelectuales.

Los propios Espíritus nos enseñan que pertenecen a diferentes categorías, según su grado de purificación, pero también nos dicen que esas categorías no constituyen especies distintas, y que todos los Espíritus están llamados a recorrerlas sucesivamente (véanse los desarrollos relativos al carácter de cada clase en el capítulo específico).

ESFERA [*sphère*]. Palabra con la cual algunos Espíritus designan los diferentes grados de la escala espírita. Dicen que han alcanzado la quinta o la sexta esfera, como otros aluden al quinto y el sexto cielo. Por la manera en que se expresan, se podría suponer que la Tierra es un punto central rodeado de esferas concéntricas en las cuales se cumplen sucesivamente los diversos grados de perfección. Algunos hablan incluso de la esfera de fuego, de la esfera de las estrellas, etc. Como las más elementales nociones astronómicas bastan para demostrar lo absurdo de semejante teoría, esta no puede proceder más que de una falsa interpretación de los términos, o bien de Espíritus que todavía están muy atrasados, imbuidos de los sistemas de Ptolomeo y de Tycho Brahe. Si un hombre al que consideráis un erudito afirma algo que es evidentemente absurdo, dudaréis de su saber. Lo mismo debe ocurrir respecto de los Espíritus; mediante la experiencia se aprende a conocerlos. Así pues, tales expresiones son erróneas, incluso si se las toma en sentido figurado, porque pueden inducir a error acerca del verdadero sentido en el que se debe entender la progresión de los Espíritus (véase *Reencarnación*).

ESPIRITISMO [*spiritisme*]. Doctrina basada en la creencia en la existencia de los Espíritus y en su comunicación con los hombres.

Espírita [*spirite*]. Lo que se relaciona con el espiritismo.

Espiritista [*spiritiste*]. El que adopta la doctrina espírita.

ESPÍRITU [*Esprit*] (del latín *spiritus*; formado de *spirare*: soplar). En el sentido especial de la doctrina espírita, *los Espíritus son los seres inteligentes de la Creación; pueblan el universo fuera del mundo corporal.*

La naturaleza íntima de los Espiritu nos resulta desconocida. Ni siquiera ellos pueden definirla, ya sea por ignorancia o bien por la insuficiencia de nuestro lenguaje. En ese punto, somos como los ciegos de nacimiento respecto de la luz. Según lo que los Espíritus nos dicen, el Espiritu no es material, en el sentido vulgar de la palabra; pero tampoco es inmaterial, en el sentido absoluto, porque el Espiritu es *algo*, y la inmaterialidad absoluta sería la nada. Así pues, el Espiritu está formado de una sustancia, respecto de la cual la materia grosera que impresiona nuestros sentidos no puede darnos una idea. Podemos compararlo con una llama o una chispa cuyo brillo varía conforme a su grado de purificación. Puede adoptar cualquier forma por medio del *periespíritu* que lo rodea (véase *Periespíritu*).

ESPÍRITU ELEMENTAL [*Esprit élémentaire*]. El Espiritu considerado en sí mismo e independientemente de su periespíritu o envoltura semimaterial.

ESPÍRITU FAMILIAR [*Esprit familier*]. Espiritu que se apega a una persona o a una familia, ya sea para protegerla —si es bueno— o para perjudicarla —si es malo—. El Espiritu familiar no necesita que se lo evoque; siempre está presente, y responde de inmediato al llamado que se le hace. A menudo manifiesta su presencia a través de señales perceptibles.

ESPÍRITUS TRAVIESOS [*farfadets*] (del latín *fatus, fata*: hada). Especie de duendes, más pícaros que malignos, y que pertenecen a la clase de los Espíritus frívolos (véase *Duende*).

ESPÍRITUS GOLPEADORES [*Esprits frappeurs*]. Los que revelan su presencia por medio de golpes. Pertenecen a las clases inferiores.

ESPIRITUALISMO [*spiritualisme*]. Creencia en la existencia de un alma espiritual, inmaterial, que conserva su individualidad después de la muerte, independientemente de la creencia en los Espíritus. Es lo opuesto al *materialismo* (véase *Materialismo, Espiritismo*). Cualquiera que crea que en nosotros no todo es materia, es *espiritualista*, pero de ahí no se sigue que admita la doctrina de los Espíritus. Todo *espiritista* es necesariamente *espiritualista*; pero se puede ser *espiritualista* sin ser *espiritista*; el *materialista* no es ni uno ni otro. Como se trata de dos ideas esencialmente distintas, era necesario distinguirlas mediante palabras diferentes, a fin de evitar cualquier equívoco. Incluso para los que consideran que el espiritismo es una idea quimérica, también es necesario designarlo con una palabra especial. Esas palabras hacen falta para las ideas falsas tanto como para las verdaderas, a fin de que nos pongamos de acuerdo.

ESTEREOTITA [*stéréotite*] (del griego *stéreós*: sólido). Cualidad de las apariciones que adquieren las propiedades de la materia resistente y tangible. Se dice por oposición a las apariciones vaporosas o etéreas, que son impalpables. La aparición estereotita presenta temporariamente, a la vista y al tacto, las propiedades de un cuerpo vivo.

EVOCACIÓN [*évocation*] (véase *Invocación*).

EXPIACIÓN [*expiation*]. Pena que sufren los Espíritus como castigo por las faltas que cometieron durante la vida corporal. Como sufrimiento moral, la expiación tiene lugar en el estado errante. Como sufrimiento físico, tiene lugar en el estado corporal. Las vicisitudes y los tormentos de la vida corporal son a la vez pruebas para el porvenir y una expiación respecto del pasado.

ÉXTASIS [*extase*] (del griego *ékstasis*: enajenamiento; formado de *existêmi*: colmar de asombro). Paroxismo de la emancipación del alma durante la vida corporal, de lo que resulta la suspensión momentánea de las facultades perceptivas y sensitivas de los órganos. En ese estado, el alma solo se encuentra unida al cuerpo mediante débiles lazos, que intenta romper; pertenece más al mundo de los Espíritus, al que ella entrevé, que al mundo material.

Algunas veces, el éxtasis es natural y espontáneo. También puede ser provocado mediante la acción magnética, en cuyo caso constituye un grado superior de sonambulismo.

FATALIDAD [*fatalité*] (del latín *fatalitas*; formado de *fatum*: destino). Destino inevitable. Doctrina según la cual todos los acontecimientos de la vida y, por extensión, todos nuestros actos, se hallan determinados con anticipación, y sometidos a una ley de la que no podemos sustraernos. Existen dos tipos de fatalidad: la que proviene de causas exteriores que nos alcanzan y reaccionan sobre nosotros, y que podemos denominar reactiva, externa, o fatalidad eventual; y la que se origina en nosotros mismos y determina la totalidad de nuestras acciones: la fatalidad personal. En el sentido absoluto de la palabra, la fatalidad convierte al hombre en una máquina, sin iniciativa ni libre albedrío y, por consiguiente, sin responsabilidad: se trata de la negación de toda moral.

Según la doctrina espírita, dado que el Espíritu elige su nueva existencia y la clase de prueba que debe sufrir, realiza de tal modo un acto de libertad. Los acontecimientos de la vida son la consecuencia de esa elección y se relacionan con la posición social de la existencia. Si el Espíritu debe renacer en una condición servil, el medio en el cual se encuentre le presentará acontecimientos que serán muy diferentes a los que debería sufrir si fuera rico y poderoso. No obstante, sea cual fuere esa condición, conservará el libre albedrío en todos los actos de su voluntad, y no estará fatalmente inducido a realizar una u otra acción, como tampoco a sufrir un accidente determinado. Según la clase de lucha que haya elegido, tendrá la oportunidad de realizar determinadas acciones o de enfrentar determinados obstáculos, pero esto no implica que eso ocurrirá indefectiblemente y que, además, no podrá evitarlo mediante su prudencia y su voluntad. Para eso Dios le ha dado el juicio. Tal es el caso de un hombre que, para llegar a un lugar, tiene la oportunidad de elegir tres caminos: por la montaña, por la llanura o por el mar. En el primero, podrá encontrar peñascos y precipicios; en el segundo, pantanos; y en el tercero, tempestades. Pero esto no significa que chocará con una piedra, que se hundirá en un pantano o que naufragará en un lugar u otro. Ni siquiera la elección del camino es fatal, en el sentido absoluto del término. El hombre, por instinto, tomará el camino en el que habrá de encontrar la prueba que eligió. Si debe luchar contra las olas, su instinto no lo llevará a tomar el camino de la montaña.

Conforme a la clase de prueba que el Espíritu elija, el hombre será expuesto a determinadas vicisitudes. Debido a tales vicisitudes, quedará sometido a incitaciones cuya resolución dependerá de él mismo. El que cometió un crimen,

no fue fatalmente impulsado a consumarlo, sino que eligió una vida de luchas que lo incitaron a ello. Si cedió a la tentación, lo hizo por la debilidad de su propia voluntad. De tal modo, el libre albedrío existe en el Espíritu, en el estado errante, para que elija las pruebas a las que se someterá; y en el estado de encarnación, para los actos de la vida corporal. Lo único fatal es el instante de la muerte, porque ni siquiera el tipo de muerte depende de la naturaleza de las pruebas elegidas.

Tal es el resumen de la doctrina de los Espíritus acerca de la fatalidad.

FLUÍDICO [*fluidique*]. Opuesto a *sólido*. Calificación que algunos autores asignan a los Espíritus para caracterizar su naturaleza etérea. Se dice: los *Espíritus fluidicos*. Por nuestra parte, consideramos que esa expresión es inadecuada y, además, presenta una especie de pleonismo, casi como si se dijera *aire gaseoso*. La palabra *Espíritu* lo dice todo; contiene en sí misma su propia definición. Despierta necesariamente la idea de algo incorporeal. Un Espíritu que no fuera fluídico no sería un Espíritu. Esa palabra tiene otro inconveniente: asimila la naturaleza de los Espíritus a nuestros fluidos materiales; recuerda demasiado la idea de laboratorio.

FUEGO ETERNO [*feu éternel*]. La idea del fuego eterno, como castigo, se remonta a la más lejana antigüedad, y proviene de la creencia de los antiguos, que ubicaban los Infiernos en las entrañas de la Tierra, cuyo fuego central se les revelaba mediante los fenómenos geológicos. Cuando el hombre adquirió nociones más elevadas acerca de la naturaleza del alma, comprendió que un ser *inmaterial* no podía sufrir los efectos de un fuego *material*. Con todo, no por eso el fuego dejó de ser el emblema del más cruel suplicio, y no

se encontró una imagen más enérgica para representar los padecimientos morales del alma. En la actualidad, la alta teología lo entiende con ese sentido, y también con ese sentido se dice: “arder de amor”, “ser consumido por los celos, por la ambición”, etc.

GOLPEADOR [*frappeur*] (véase *Espíritu*).

GENIO [*génie*] (del latín *genius*, formado del griego *géinó*: engendrar, producir). En este sentido, respecto de un hombre capaz de crear o de inventar cosas extraordinarias, se dice que es un hombre de genio. En el lenguaje espírita, *genio* es sinónimo de *Espíritu*. Indistintamente, se dice: Espíritu o genio familiar, Espíritu bueno o malo, genio bueno o malo. La palabra *Espíritu* posee un sentido más vago y menos circunscrito. El genio es una especie de personificación del Espíritu: es imaginado con una forma determinada, más o menos semejante a la forma humana, pero vaporosa e impalpable, algunas veces visible, otras invisible. Los genios son los Espíritus en su relación con los hombres, obrando sobre ellos mediante un poder oculto superior.

GENIO FAMILIAR [*génie familial*] (véase *Espíritu familiar*).

GNOMOS [*gnomes*] (del griego *gnómon*: conocedor, hábil; formado de *ginosko*: conocer). Genios inteligentes que supuestamente habitan en el interior de la Tierra. Por las cualidades que se les atribuyen, pertenecen al orden de los Espíritus imperfectos, y a la clase de los Espíritus frívolos.

HADAS [*fées*] (del latín: *fata*).

Según la creencia vulgar, las hadas son seres semimateriales dotados de un poder sobrehumano; son buenas o malas, protectoras o malignas. Pueden, a voluntad, tornarse visibles o invisibles, así como adoptar todo tipo de formas. En la

Edad Media y en los pueblos modernos, las hadas han sucedido a las divinidades subalternas de los antiguos. Si separamos de su historia los elementos maravillosos que la imaginación de los poetas y la credulidad popular les atribuyeron, encontraremos todas las manifestaciones espíritas de las que somos testigos y que se han producido en todas las épocas. No cabe duda de que el origen de esta creencia se debe a los fenómenos de ese tipo. En las hadas que supuestamente presiden el nacimiento de un niño y lo acompañan en el transcurso de la vida, se reconoce sin dificultad a los Espíritus o genios familiares. Sus inclinaciones más o menos buenas, y que siempre son el reflejo de las pasiones humanas, las ubican naturalmente en la categoría de los Espíritus inferiores o poco adelantados (véase *Politeísmo*).

HAMADRÍADA [*hamadryade*] (del griego *ama*: conjunto, y *drús*: roble. *Dríada*, de *drús*: roble). Ninfa de los bosques, según la mitología pagana. Las dríadas eran ninfas inmortales que presidían a los árboles en general, y que podían vagar en libertad alrededor de aquellos a los que se consagraban especialmente. La *hamadriada* no era inmortal; nacía y moría con el árbol cuya guarda se le había confiado, y que nunca podía abandonar. En la actualidad, no cabe duda de que la idea de las dríadas y las hamadriadas surge de las manifestaciones análogas a aquellas de las que somos testigos. Los antiguos, que poetizaban todo, divinizaron las inteligencias ocultas que se manifiestan en la sustancia misma de los cuerpos; para nosotros, en cambio, no son más que Espíritus golpeadores.

HECHICEROS [*sorciers*] (del latín *sors*, sortis: *suerte*). Se decía primitivamente de los individuos a los que se consideraba capaces de hacer maleficios y, por extensión, de todos aquellos a los que se atribuía un poder sobrenatural. Los

fenómenos extraños que se producen bajo la influencia de ciertos médiums demuestran que el poder atribuido a los hechiceros se basa en una realidad, pero de la cual abusó el charlatanismo, como abusa de todo. Si en nuestro siglo ilustrado todavía hay personas que atribuyen esos fenómenos al demonio, con mayor razón debieron creerlo en los tiempos de ignorancia. De ahí resultó que los individuos que poseían, *incluso sin saberlo*, algunas de las facultades de nuestros médiums, fueran condenados a la hoguera.

IDEAS INNATAS [*idées innées*]. Ideas o conocimientos no adquiridos y que, según parece, traemos al nacer. Se ha discutido durante mucho tiempo acerca de las ideas innatas, cuya existencia fue combatida por algunos filósofos, al afirmar que todas las ideas son adquiridas. Si así fuera, ¿de qué modo se explican algunas predisposiciones naturales, que a menudo se revelan desde la más temprana edad y al margen de cualquier aprendizaje? Los fenómenos espíritas arrojan mucha luz sobre esta cuestión. En la actualidad, la experiencia no deja duda alguna respecto de esta especie de ideas, cuya explicación se encuentra en la sucesión de las existencias. Los conocimientos adquiridos por el Espíritu en las existencias anteriores se reflejan en las existencias posteriores mediante lo que se denomina *ideas innatas*.

ILUMINADO [*illuminé*]. Calificación asignada a ciertos individuos que se ven particularmente esclarecidos por Dios, y a los que por lo general se considera visionarios o desequilibrados. Se dice: “la secta de los iluminados”. Con esta denominación se ha confundido a los que reciben comunicaciones inteligentes y *espontáneas* por parte de los Espíritus. Si bien entre estos últimos hay algunos sobreexcitados por una ima-

ginación exaltada, actualmente sabemos distinguir esta última de lo que pertenece a la realidad.

INFIERNO [*enfer*] (del latín *inferna*, formado de *infernus*: inferior, que está abajo, por debajo; sobrentendido *locus*: lugar inferior). Se lo denomina de este modo porque los antiguos consideraban que estaba ubicado en las entrañas de la Tierra. En plural, apenas se emplea en el lenguaje poético, o para referirse a los lugares subterráneos, donde, según los paganos, las almas iban después de la muerte. Los infiernos abarcaban dos partes: los *Campos Elíseos*, morada encantada de los hombres de bien; y el *Tártaro*, lugar donde los malos sufrían el castigo de sus crímenes por medio del fuego y las torturas eternas.

La creencia relativa a la posición subterránea de los Infiernos sobrevivió al paganismo. Según la Iglesia católica, *Jesús descendió a los Infiernos, donde las almas de los justos aguardaban su llegada, en los Limbos*. Las almas de los malos serán *precipitadas* en los Infiernos. En la actualidad, el significado de esa palabra se limita a la morada de los réprobos. No obstante, dado que el progreso de las ciencias geológicas y astronómicas nos ha esclarecido respecto de la estructura del globo terrestre y su verdadera posición en el espacio, el Infierno fue exiliado de su seno, y actualmente no se le asigna ningún lugar determinado.

En el estado de ignorancia, el hombre es incapaz de captar las abstracciones y abarcar las generalidades; no concibe nada que no se encuentre localizado y circunscrito; materializa las cosas inmateriales, e incluso rebaja la majestad divina. No obstante, a medida que el progreso de la ciencia positiva lo esclarece, el hombre reconoce su error; sus ideas, que eran mezquinas y estrechas, se amplían, y el horizonte de lo in-

finito se despliega ante él. De tal modo, según la doctrina espírita, dado que las penas de ultratumba solo pueden ser morales, son inherentes a la naturaleza impura e imperfecta de los Espíritus inferiores. No existe un Infierno localizado, en el sentido vulgar que se asigna al término; cada cual lo lleva consigo por los padecimientos que sufre y que no son menos pungentes por el hecho de no ser físicos. El Infierno se encuentra en todas partes donde haya Espíritus imperfectos (véanse *Paraíso, Fuego eterno, Penas eternas*).

INSTINTO [*instinct*]. Especie de inteligencia rudimentaria que dirige las acciones de los seres vivos, sin el control de su voluntad y en interés de su conservación. El instinto se convierte en inteligencia cuando hay deliberación. Mediante el instinto se actúa sin razonar. Mediante la inteligencia se razona antes de actuar. En el hombre se confunden muy a menudo las ideas instintivas con las ideas *intuitivas*. Estas últimas son las que ha adquirido tanto en estado de Espíritu como en las existencias anteriores, y de las cuales conserva un vago recuerdo.

INTELIGENCIA [*intelligence*]. Facultad de concebir, comprender y razonar. Sería injusto negar a los animales una especie de inteligencia, y creer que no hacen más que seguir maquinalmente el impulso ciego del instinto. La observación demuestra que en muchos casos los animales actúan con un propósito deliberado y según las circunstancias. No obstante, esa inteligencia, por más admirable que sea, siempre se limita a la satisfacción de las necesidades materiales, mientras que la del hombre permite que este se eleve por encima de la condición humana. La línea de demarcación entre los animales y el hombre queda trazada por el conocimiento que este posee respecto del Ser supremo (véase *Instinto*).

INTUICIÓN [*intuition*] (véase *Instinto*, *Ideas innatas*).

INVISIBLE [*invisible*]. Nombre con el que algunas personas designan a los Espíritus en sus manifestaciones. Esta denominación no nos parece acertada, en primer lugar porque, si bien la invisibilidad es para nosotros el estado normal de los Espíritus, sabemos que no es absoluta, dado que ellos pueden dejarse ver. En segundo lugar, esa calificación no tiene nada que caracterice esencialmente a los Espíritus, pues también se aplica a todos los cuerpos inertes que no afectan el sentido de la vista. La palabra *Espíritu* tiene de por sí un significado que despierta la idea de un ser inteligente e incorporeal. Señálemos también que, al referirse a un Espíritu determinado —el de Fenelón, por ejemplo—, se dirá: “el Espíritu de Fenelón ha dicho tal cosa”, y no “el invisible de Fenelón...”. Siempre resulta perjudicial para la claridad y la pureza del lenguaje apartar las palabras de la acepción que les es propia.

INVOCACIÓN [*invocation*] (del latín *in*: en, y *vocare*: llamar) - EVOCACIÓN [*evocation*] (del latín *vocare*, y *e* o *ex*: de, fuera de). Estas dos palabras no son sinónimos perfectos, si bien tienen la misma raíz *vocare*: llamar. Así pues, es un error emplearlas indistintamente. - “*Evocar* es llamar, hacer venir hacia uno mismo, hacer aparecer mediante ceremonias mágicas o encantamientos. Evocar almas, Espíritus, sombras. Los necrománticos pretendían evocar las almas de los muertos” (*Academia Francesa*). Entre los antiguos, *evocar* era hacer que las almas salieran de los Infiernos para que fueran hacia el que las llamaba.

Invocar es llamar *en* nosotros mismo, o en nuestro auxilio, un poder superior o sobrenatural. Se invoca a Dios mediante la plegaria. En la religión católica se invoca a los Santos. Cualquier plegaria es una invocación. La invocación

radica en el pensamiento; en cambio, la evocación es un acto. En la invocación, el ser al cual os dirigís os escucha; en la evocación, el ser sale del lugar donde se encuentra, para ir hacia vosotros y manifestar su presencia. La invocación solo se dirige a los seres a los que consideramos bastante elevados para que nos asistan; en cambio, se evoca a los Espíritus inferiores tanto como a los Espíritus superiores. “Moisés prohibió bajo pena de muerte que se evocara las almas de los muertos, una práctica sacrílega habitual entre los cananeos. El capítulo 22 del 2.º libro de los Reyes menciona la *evocación* de la sombra de Samuel por parte de una pitonisa.”

Como vemos, el arte de las evocaciones se remonta a la más lejana antigüedad. Se lo encuentra en todas las épocas y en la totalidad de los pueblos. Antaño, la evocación era acompañada de prácticas místicas, ya sea porque se las consideraba necesarias o bien, lo que es más probable, para atribuirse el prestigio de un poder superior. En la actualidad, sabemos que el poder de evocar no es un privilegio, sino que todo el mundo lo posee, y que las ceremonias mágicas y cabalísticas no eran sino un vano aparato.

Según los antiguos, todas las almas evocadas se hallaban errantes, o bien procedían de los Infiernos, los cuales abarcaban –como sabemos– tanto los Campos Elíseos como el Tártaro, de modo que a la evocación no se le agregaba ninguna interpretación negativa. En cambio, dado que en el lenguaje moderno el significado de la palabra *infierno* quedó restringido a la morada de los réprobos, de ahí resulta que, para algunas personas, la idea de evocación se vincula con la de los Espíritus malos o demonios. No obstante, esta creencia desaparece a medida que se adquiere un conocimiento más profundo de los hechos. Por eso, es la menos difundida entre

los que creen en la realidad de las manifestaciones espíritas, y no puede prevalecer ante la experiencia y un razonamiento exento de prejuicios.

LARES [*lares*] (véase *Manes*, *Penates*).

LIBRE ALBEDRÍO [*libre arbitre*]. Libertad moral del hombre. Facultad, que este posee, de guiarse conforme a su voluntad en el cumplimiento de sus actos. Los Espíritus nos enseñan que la alteración de las facultades mentales, por una causa accidental o natural, es el único caso en que el hombre se ve privado de su libre albedrío. Fuera de eso, siempre es dueño de hacer o no hacer. Goza de esa libertad en el estado de Espíritu, y en virtud de esa facultad elige libremente la existencia y las pruebas que considera adecuadas para su adelanto. La conserva en el estado corporal, a fin de que pueda luchar contra esas mismas pruebas. Los Espíritus que enseñan esta doctrina no pueden ser Espíritus malos (véase *Fatalidad*).

LUCIDEZ, *clarividencia* [*lucidité, clairvoyance*]. Facultad de ver sin el auxilio de los órganos de la vista. Es una facultad inherente a la naturaleza misma del alma o del Espíritu, y que reside en todo su ser, razón por la cual, en todos los casos en los que se produce la emancipación del alma, el hombre tiene percepciones independientes de los sentidos. En el estado corporal normal, la facultad de ver se halla limitada por los órganos materiales. Libre de ese obstáculo, ya no está circunscrita, y se extiende hacia todos los lugares en los que el alma ejerce su acción. Tal es la causa de la vista a distancia, de la que gozan algunos sonámbulos. Estos se ven en el lugar mismo que observan, aunque sea a miles de leguas, porque, si bien el cuerpo no se encuentra ahí, el alma sí lo está en

realidad. Podemos afirmar, pues, que el sonámbulo ve con la luz del alma.

La palabra *clarividencia* es más general. *Lucidez*, en cambio, se aplica más particularmente a la clarividencia sonambúlica. Un sonámbulo será más o menos lúcido conforme sea más o menos completa la emancipación del alma.

MAGIA, MAGO [*magie, magicien*] (del griego *mágos*: sabio, prudente; formado de *mageía*: conocimiento profundo de la naturaleza, de donde deriva *magos* [*mage*]: sacerdote, sabio y filósofo entre los antiguos persas). La *magia*, en sus comienzos, era la ciencia de los sabios. Los que conocían la astrología, se jactaban de predecir el futuro y hacían cosas extraordinarias e incomprensibles para el vulgo; eran sabios a los que más tarde se denominó *magos*. El abuso y el charlatanismo han desacreditado la magia, pero los fenómenos que nosotros reproducimos actualmente por medio del magnetismo, así como del sonambulismo y el espiritismo, demuestran que la magia no era un arte puramente quimérico y que, entre muchos absurdos, contenía sin duda cosas muy reales. La divulgación de esos fenómenos destruye el prestigio de quienes antaño los operaban tras el velo del secreto y abusaban de la credulidad al adjudicarse un supuesto poder sobrenatural. Gracias a esa divulgación, ahora sabemos que en este mundo no existe nada sobrenatural, y que algunos fenómenos parecen derogar las leyes de la naturaleza tan solo porque no conocemos su causa.

MAGNETISMO ANIMAL [*magnétisme animal*] (del griego y del latín *magnes*: imán). Así denominado por analogía con el magnetismo mineral. Dado que la experiencia demostró que esa analogía no existe, o que es apenas aparente, esta denominación no es exacta; pero como ha sido consagrada por

un uso universal y, además, porque el epíteto que se le agrega no da lugar a equívocos, cambiar ese nombre resultaría más inconveniente que útil. Algunas personas lo sustituyen por la palabra *mesmerismo*, pero hasta ahora no ha prevalecido.

El magnetismo animal se puede definir de este modo: acción recíproca de dos seres vivos por intermedio de un agente especial denominado *fluido magnético*.

MAGNETIZADOR; MAGNETISTA [*magnétiseur, magnétiste*]. Esta última palabra es empleada por algunas personas para designar a los adeptos del magnetismo, a los que creen en sus efectos. Por su parte, el magnetizador es el práctico, el que ejerce. El magnetista es el teórico. Se puede ser magnetista sin ser magnetizador. Esta distinción nos parece útil y lógica.

MANES [*manes*] (del latín *manere*: permanecer, según algunos; de *manes, manium*, formado de *manus*: bueno, según otros). En la mitología romana y etrusca, los manes eran las almas o las sombras de los muertos. Los antiguos sentían un gran respeto por los manes de sus ancestros, a los que creían apaciguar mediante sacrificios. Se los imaginaban con su forma humana, pero vaporosa e invisible, errando en torno a sus tumbas o sus hogares, y visitando a los familiares. ¿Quién no reconocería en estos manes a los Espíritus, con la envoltura semimaterial del periespíritu, toda vez que ellos mismos nos dicen que se encuentran entre nosotros con la forma que tenían en vida? (véase *Penates*).

MANIFESTACIÓN [*manifestation*]. Acto por el cual un Espíritu revela su presencia. Las manifestaciones son:

Ocultas, cuando no tienen nada de ostensible y el Espíritu se limita a actuar sobre el pensamiento.

Patentes, cuando son percibidas por los sentidos.

Físicas, cuando ocurren mediante fenómenos materiales, tales como ruidos, movimiento y desplazamiento de objetos.

Inteligentes, cuando revelan un pensamiento (véase *Comunicación*).

Espontáneas, cuando son independientes de la voluntad, y ocurren sin que ningún Espíritu haya sido llamado.

Provocadas, cuando son el efecto de la voluntad, del deseo o de una evocación determinada.

Aparentes, cuando el Espíritu se muestra a la vista (véase *Aparición*).

MATERIALISMO [*matérialisme*]. Sistema de los que piensan que todo es materia en el hombre, de modo que nada sobrevive en él después de la destrucción del cuerpo. Nos parece inútil refutar esta opinión, que además es propia de algunas personas y en ninguna parte se erigió en doctrina. Si bien la existencia del alma se puede demostrar mediante el razonamiento, las manifestaciones espíritas son su prueba patente. A través de esas manifestaciones presenciamos, de algún modo, todas las peripecias de la vida de ultratumba. El materialismo, que apenas está fundado en una negación, no puede enfrentar la evidencia de los hechos. Por eso, la doctrina espírita lo ha vencido muchas veces, incluso en aquellos que habían resistido los demás argumentos. La divulgación del espiritismo es el medio más poderoso para extirpar esa plaga de las sociedades civilizadas.

MÉDIUMS [*médiums*] (del latín *medium*: medio, intermedio). Persona accesible a la influencia de los Espíritus y dotada, en mayor o menor medida, de la facultad de recibir y transmitir sus comunicaciones. Para los Espíritus, el médium es un intermediario; es un agente o un instrumento más o

menos cómodo, según la naturaleza o el grado de la facultad mediadora. Esta facultad depende de una disposición orgánica especial, susceptible de desarrollo. Se distinguen muchas variedades de médiums, conforme a la aptitud particular de cada uno de ellos para determinado modo de transmisión, o determinado género de comunicación.

MÉDIUMS DE INFLUENCIA FÍSICA. Los que tienen el poder de provocar manifestaciones ostensibles. Abarcan las siguientes variedades:

Médiums motores [*moteurs*]. Los que provocan el movimiento y el desplazamiento de objetos.

Médiums típtólogos [*typteurs*]. Los que provocan ruidos y golpes.

Médiums de apariciones [*appariteurs*]. Los que provocan apariciones (véase *Aparición*).

Entre los médiums de influencia física se distinguen:

Los médiums naturales [*naturels*]. Los que producen los fenómenos espontáneamente, y sin ninguna participación de su voluntad.

Los médiums facultativos [*facultatifs*]. Los que tienen el poder de provocarlos mediante un acto de su voluntad.

MÉDIUMS DE INFLUENCIAS MORALES. Los que son más especialmente adecuados para recibir y transmitir las comunicaciones inteligentes; se los distingue según su aptitud especial.

Médiums escribientes o psicógrafos [*écrivains ou psychographes*]. Los que tienen la facultad de escribir por sí mismos bajo la influencia de los Espíritus (véase *Psicografía*).

Médiums pneumatógrafos [*pneumatographes*]. Los que tienen la facultad de obtener la escritura directa de los Espíritus (véase *Pneumatografía*).

Médiums dibujantes [*dessinateurs*]. Los que dibujan bajo la influencia de los Espíritus.

Médiums músicos [*musiciens*]. Los que ejecutan, componen o escriben música bajo la influencia de los Espíritus.

Médiums parlantes [*parlants*]. Transmiten con la palabra lo que los médiums escribientes transmiten con la escritura.

Médiums comunicadores [*communicateurs*]. Personas que tienen el poder de desarrollar en los otros, mediante su voluntad, la facultad de escribir, sean o no ellas mismas médiums escribientes.

Médiums inspirados [*inspirés*]. Personas que, ya sea en estado normal o en estado de éxtasis, reciben, a través del pensamiento, comunicaciones ocultas, ajenas a sus ideas preconcebidas.

Médiums de presentimientos [*à pressentiments*]. Personas que, en determinadas circunstancias, tienen una vaga intuición de acontecimientos futuros.

Médiums videntes [*voyants*]. Personas que tienen la facultad de la doble vista, o la de ver a los Espíritus (véase *Vista*).

Médiums sensitivos o impresionables [*sensitifs ou impressionables*]. Personas capaces de sentir la presencia de los Espíritus mediante una vaga impresión que no pueden explicar. Esta variedad no tiene un carácter bien definido; todos los médiums son necesariamente impresionables. De tal modo, la impresionabilidad es más bien una cualidad general que especial: constituye la facultad rudimentaria indispensable para el desarrollo de las demás. Difiere de la impresionabi-

lidad puramente física y nerviosa, con la cual no hay que confundirla.

Nota. Algunas personas dicen los *media*, en plural, como se dice las *errata*, para referirse a los médiums. Por nuestra parte, no vemos ninguna ventaja en multiplicar sin necesidad las excepciones, que ya son tan numerosas en nuestro lenguaje. Actualmente, todos los gramáticos están de acuerdo en asignar, a la mayoría de las palabras extranjeras incorporadas en la lengua usual, el signo francés del plural. Por otra parte, muchas palabras con terminación latina se encuentran en ese caso: decimos *muséums*, *factums*, *pensums*, *mémorandums*, etc. ¿Por qué no diríamos *médiums*? Decir *media* sería una especie de afectación pedantesca.

METEMPSICOSIS [*métempsichose*] (del griego *meta*: cambio, *en*: en, y *psiché*: alma). Transmigración del alma de un cuerpo a otro. “El dogma de la metempsicosis es de origen indio. De la India, esta creencia pasó a Egipto, país del que más tarde Pitágoras la importó a Grecia. Los discípulos de este filósofo enseñan que el Espíritu, cuando se libera de los lazos corporales, se dirige hacia el imperio de los muertos, donde espera, en un estado intermedio cuya duración es más o menos prolongada, para luego animar otros cuerpos de hombres o de *animales*, hasta que se cumpla el tiempo de su purificación y de su regreso a la fuente de la vida.”

Como vemos, el dogma de la metempsicosis se basa en la individualidad y la inmortalidad del alma. En él encontramos la doctrina de los Espíritus acerca de la reencarnación. Ese estado intermedio, cuya duración es más o menos prolongada entre las diferentes existencias, no es otra cosa sino el estado errante en que se encuentran los Espíritus entre dos encarnaciones. No obstante, entre la metempsicosis india y

la doctrina de la reencarnación, tal como esta se nos enseña actualmente, existe una diferencia fundamental: en primer lugar, la metempsicosis india admite la transmigración del alma hacia el cuerpo de un animal, lo cual sería una degradación; en segundo lugar, esa transmigración se opera tan solo en la Tierra. Los Espíritus nos enseñan, por el contrario, que la reencarnación implica un progreso incesante; que el hombre es una creación aparte, cuya alma no tiene nada en común con el principio vital de los animales; que las diferentes existencias pueden tener lugar tanto en la Tierra como, por una ley progresiva, en un mundo de orden superior y, de ese modo, como dice Pitágoras, “hasta que se cumpla el tiempo de la purificación”.

MITOLOGÍA [*mythologie*] (del griego *mythos*: fábula, y *logos*: discurso). Historia fabulosa de las divinidades paganas. En dicho nombre también se incluye la historia de los seres extrahumanos que, con diversas denominaciones, sucedieron a los dioses paganos en la Edad Media. De tal modo, tenemos la mitología escandinava, teutónica, céltica, escocesa, irlandesa, etc.

MUERTE [*mort*]. Aniquilación de las fuerzas vitales del cuerpo, debido al agotamiento de los órganos. Dado que el cuerpo se halla privado del principio de la vida orgánica, el alma se desprende de él y entra en el mundo de los Espíritus.

MUNDO CORPORAL [*monde corporel*]. Conjunto de los seres inteligentes que poseen un cuerpo material.

MUNDO ESPÍRITA O MUNDO DE LOS ESPÍRITUS [*monde spirite ou monde des Esprits*]. Conjunto de los seres inteligentes desprovistos de su envoltura corporal. El mundo espírita es el mundo normal, primitivo, que preexiste y sobrevive a todo. El estado corporal, para los Espíritus, no es más que

transitorio y pasajero. Ellos cambian de envoltura como nosotros cambiamos de ropa; dejan la que usaron, así como nosotros dejamos un vestido viejo.

NECROMANCIA [*nécromancie*] (del griego *nekrós*: muerte, y *mantéia*: adivinación). Arte de evocar a las almas de los muertos para obtener revelaciones de parte de ellas. Por extensión, esta palabra ha sido aplicada a todos los medios de adivinación, y se denomina *necromante* a todo aquel que se dedica a decir el porvenir. No cabe duda de que esto se debe a que la necromancia, en la verdadera acepción de la palabra, debió de ser uno de los primeros medios empleados con ese fin. En segundo lugar, conforme a la creencia vulgar, las almas de los muertos debían de ser los principales agentes en los otros medios de adivinación, tales como la *quiromancia* —adivinación a través de la inspección de la palma de la mano—, la *cartomancia*, etc. El abuso y el charlatanismo han desacreditado a la necromancia tanto como a la magia.

NOCTÁMBULO, NOCTAMBULISMO [*noctambule, noctambulisme*] (del latín *nox, noctis*: la noche, y *ambulare*: caminar, pasearse). El que camina o se pasea dormido durante la noche. Sinónimo de *sonámbulo*. Esta última palabra es preferible, atento a que *noctámbulo* y *noctambulismo* no implican en absoluto la idea del dormir.

ORÁCULO [*oracle*] (del latín *os, oris*: la boca). Respuesta de los dioses, según las creencias paganas, a las preguntas que se les formulaban. Así denominado porque las respuestas se transmitían generalmente a través de la boca de las *pitonisas* (véase esta palabra). Por extensión, se llamaba *oráculo*, no solo a la respuesta, sino también a la persona que la pronunciaba, así como a los diversos medios empleados para conocer el porvenir. Todo fenómeno extraordinario, adecuado para

impresionar la imaginación, se consideraba la expresión de la voluntad de los dioses y se convertía en un oráculo. Los sacerdotes paganos, que no desaprovechaban ninguna ocasión para explotar la credulidad, se presentaban como intérpretes de los oráculos, y a tal efecto consagraban solemnemente templos adonde los fieles acudían para depositar sus ofrendas, con la quimérica esperanza de conocer el porvenir. Es evidente que el origen de la creencia en los oráculos radica en las comunicaciones espíritas, que el charlatanismo, la codicia y la sed de dominio habían rodeado de aparatosidad, y que actualmente vemos en toda su sencillez.

PARAÍSO [*paradis*] (del griego *paradeizos*: jardín, vergel) Morada de los Bienaventurados. Los antiguos lo localizaban en la parte de los Infiernos denominada Campos Elíseos (véase *Infierno*); y los pueblos modernos, en las regiones elevadas del espacio. Esta palabra es sinónimo de *Cielo*, tomada en la misma acepción, con la diferencia de que la palabra *Cielo* se relaciona con una idea de beatitud infinita, mientras que la de *Paraíso* es más circunscripta y alude a goces un tanto más materiales. Todavía se dice “subir al Cielo” y “descender al Infierno”. Estas opiniones se basan en esa creencia primitiva, fruto de la ignorancia, según la cual el universo está formado por esferas concéntricas, cuyo centro se encuentra ocupado por la Tierra. En esas esferas, denominadas *cielos*, se localizó la morada de los justos; de ahí las expresiones “quinto cielo”, “sexto cielo”, para designar los diversos grados de beatitud. No obstante, desde que la ciencia dirigió su mirada investigadora hacia las profundidades etéreas, nos ha mostrado un espacio universal sin límites, salpicado de una cantidad infinita de globos entre los cuales circula el nuestro, al que no se le asignó ningún lugar de preferencia, y para el cual

no hay *arriba* ni *abajo*. Dado que el científico, allí donde se le había señalado el *Cielo*, solo observaba en todas partes el espacio infinito e innumerables mundos; y dado que, en vez del *Infierno*, en las entrañas de la Tierra solo encontraba las capas geológicas, cuya formación está inscripta con caracteres irrefutables, comenzó a dudar del *Cielo* y del *Infierno*, y de ahí a la duda absoluta no hubo más que un paso.

La doctrina que los Espíritus superiores enseñan está de acuerdo con la ciencia. No contiene nada que repugne a la razón y se contradiga con los conocimientos exactos. Nos muestra la morada de los Buenos, ya no en un lugar cerrado, o en esas supuestas esferas con que la ignorancia había rodeado nuestro globo, sino en todas partes donde haya Espíritus buenos: en el espacio para los que se encuentran errantes, y en los mundos más perfectos para los que están encarnados. Ahí están el Paraíso Terrenal, los Campos Elíseos, cuya idea primitiva procede del conocimiento intuitivo que el hombre recibió acerca de eso, y que su ignorancia y sus prejuicios redujeron a mezquinas proporciones. La doctrina de los Espíritus nos muestra también que los malvados encuentran el castigo de sus faltas en su propia imperfección, en sus padecimientos morales, en la presencia inevitable de sus víctimas: castigos más terribles que las torturas física incompatibles con la doctrina de la inmaterialidad del alma. Nos muestra a los malvados expiando sus errores mediante las tribulaciones propias de las nuevas existencias corporales, que cumplen en mundos imperfectos, y no en un lugar de suplicios eternos, del que la esperanza ha sido desterrada para siempre. Ahí está el *Infierno*. ¡Cuántos hombres nos han dicho: “Si nos hubieran enseñado esto desde la infancia, nunca habríamos dudado”!

La experiencia nos enseña que los Espíritus que no se hallan suficientemente desmaterializados continúan sometidos al imperio de las ideas y los prejuicios de la existencia corporal. Así pues, los que en sus comunicaciones utilizan un lenguaje acorde a las ideas cuyo error material ha sido demostrado, prueban por eso mismo su ignorancia y su inferioridad.

PENAS ETERNAS [*peines éternelles*]. Los Espíritus superiores nos enseñan que solo el bien es eterno, porque es la esencia de Dios, y que el mal tendrá un fin. A consecuencia de ese principio, combaten la doctrina de la eternidad de las penas, por ser contraria a la idea que Dios nos da de su justicia y su bondad. No obstante, para los Espíritus, la luz solo se hace con arreglo a su elevación. En las categorías inferiores, sus ideas todavía se hallan oscurecidas por la materia; para ellos, el porvenir se mantiene cubierto con un velo: solo ven el presente. Se encuentran en la situación de un hombre que escala una montaña: en el fondo del valle, la bruma y los recodos del camino limitan su vista; necesita alcanzar la cima para descubrir todo el horizonte, a fin de evaluar el trayecto que ha recorrido y el que le falta recorrer. Dado que los Espíritus imperfectos no perciben el término de sus padecimientos, creen que sufrirán para siempre, y esa idea es de por sí un castigo para ellos. Por lo tanto, si algunos Espíritus nos hablan de penas eternas, es porque creen en ellas como consecuencia de su inferioridad.

PENATES [*pénates*] (del latín *penitus*: interior, que está dentro; formado de *penus*: lugar retirado, oculto). Dioses domésticos de los antiguos, así llamados porque se los colocaba en el lugar más retirado de la casa. - LARES [*lares*] (del nombre de la ninfa *Lara*, porque se los consideraba hijos de esa

ninfa y de Mercurio). Al igual que los *penates*, al principio eran los *manes* de los ancestros, cuyas imágenes se guardaban en un lugar secreto, a salvo de la profanación. Los *lares*, genios benefactores, protectores de las familias y de las casas, se consideraban hereditarios, porque una vez vinculados a una familia continuaban protegiendo a sus descendientes. No solo cada individuo, cada familia y cada casa, tenían sus *lares* particulares, pues también los había para las ciudades, las aldeas, las calles, los edificios públicos, etc., que se ponían bajo la invocación de tales o cuales *lares*, como ocurre entre los cristianos con los santos patronos.

Los *lares* y los *penates*, cuyo culto se puede decir que era universal, si bien con nombres diferentes, no eran otros que los Espíritus familiares cuya existencia se nos ha revelado en la actualidad. Con todo, los antiguos los convertían en dioses a los que la superstición erigía altares; mientras que, para nosotros, simplemente son Espíritus que animaron a hombres como nosotros, a veces nuestros parientes y amigos, y que se vinculan a nosotros por simpatía (véase *Politeísmo*).

PERIESPÍRITU [*périsprit*] (de *peri*: alrededor, y *spiritus*: Espíritu). Envoltura semimaterial del Espíritu después de su separación del cuerpo. El Espíritu la toma del mundo en que se encuentra, y la cambia al pasar de un mundo a otro. Es más o menos sutil o grosera, conforme a la naturaleza de cada globo. El periespíritu puede adoptar cualquier forma, a voluntad del Espíritu. Por lo general, toma la imagen que este tenía en su última existencia corporal.

Si bien es de naturaleza etérea, la sustancia del periespíritu puede experimentar algunas modificaciones que la tornan perceptible a nuestra vista. Eso es lo que ocurre en las apariciones. Incluso puede, mediante su unión con el fluido de

ciertas personas, volverse temporalmente tangible, es decir, ofrecer al tacto la resistencia de un cuerpo sólido, como se observa en las apariciones estereotitas o palpables.

La naturaleza íntima del periespíritu no se conoce todavía. Sin embargo, podríamos suponer que la materia de los cuerpos está compuesta por una parte sólida y densa, y una parte sutil y etérea; que solo la primera parte sufre la descomposición producida por la muerte, mientras que la segunda persiste y sigue al Espíritu. De tal modo, el Espíritu tendría una envoltura doble; la muerte solo lo despojaría de la más densa; la segunda, que constituye el periespíritu, conservaría la huella y la forma de la primera, respecto de la cual es como su sombra. No obstante, su naturaleza esencialmente vaporosa permitiría al Espíritu modificar esa forma a voluntad, así como tornarla visible o invisible, palpable o impalpable.

El periespíritu es al Espíritu, lo que el perisperma es al germen del fruto. La almendra, despojada de su envoltura leñosa, contiene el germen dentro de la envoltura delicada del perisperma.

PITIA, PITONISA [*Pythie, pythonisse*]. Sacerdotisa de Apolo Pítio, en Delfos, denominado de ese modo por la serpiente pitón que Apolo había matado. Pitia pronunciaba los oráculos, pero como no siempre eran inteligibles, los sacerdotes se encargaban de interpretarlos según las circunstancias (véase *Sibila*).

PLEGARIA [*prière*]. La plegaria es una invocación y, en algunos casos, una evocación mediante la cual se llama a un Espíritu determinado. Cuando se dirige a Dios, este nos envía a sus mensajeros, los Espíritus buenos. La plegaria no puede derogar los decretos de la Providencia, pero a través de ella los Espíritus buenos pueden acudir en nuestro auxilio,

ya sea para brindarnos la fuerza moral que nos falta, o bien para sugerirnos los pensamientos que sean necesarios. De ahí procede el alivio que sentimos cuando oramos con fervor, y de ahí procede también el alivio que sienten los Espíritus sufridores cuando oramos por ellos. Ellos mismos solicitan esas plegarias del modo que les resulta más familiar y que mejor se corresponde con las ideas que conservan de su existencia corporal. No obstante, la razón, de acuerdo en esto con los Espíritus, nos indica que la plegaria dicha con los labios es una fórmula vana, en caso de que el corazón no tome parte en ella.

PNEUMATOFONÍA [*pneumatophonie*] (del griego *pneuma*: aire, soplo, viento, espíritu, y *phoné*: sonido o voz). Comunicación verbal y directa de los Espíritus, sin el concurso de los órganos de la voz. Sonido o voz que ellos hacen escuchar en el aire y que parece repercutir en nuestros oídos (véase *Psicofonía*).

Nota. No empleamos la palabra *pneumatología* porque ya tiene una acepción científica determinada, y, en segundo lugar, porque esa palabra sería inadecuada cuando solo se trata de sonidos vagos inarticulados.

PNEUMATOGRAFÍA [*pneumatographie*] (del griego *pneuma*: aire, soplo, viento, espíritu, y *grapho*: escribo). Escritura directa de los Espíritus, sin el auxilio de la mano de un médium (véase *Psicografía*).

POLITEISMO [*polythéisme*] (del griego *polus*: muchos, y *theós*: Dios). Religión que admite la existencia de numerosos dioses. En los pueblos antiguos, la palabra *dios* despertaba la idea de poder; para ellos, todo poder superior a lo común era un dios, e incluso los hombres heroicos se transformaban en dioses. Dado que los Espíritus se manifestaban ante

ellos mediante efectos que les parecían sobrenaturales, los consideraron otras tantas divinidades, entre las cuales resulta imposible no reconocer a nuestros Espíritus de los diversos grados, desde los Espíritus golpeadores hasta los Espiritu superiores. En los dioses de forma humana, que se trasladaban por el espacio, cambiaban de forma y se hacían visibles o invisibles a voluntad, reconocemos todas las propiedades del periespíritu. En las pasiones que les atribuían, reconocemos a los Espíritus que aún no se han desmaterializado. En los *manes*, los *lares* y los *penates*, reconocemos a nuestros Espíritus familiares, a nuestros genios tutelares. El conocimiento de las manifestaciones espíritas es, por lo tanto, la fuente del politeísmo; no obstante, desde la más remota antigüedad, los hombres esclarecidos consideraban a esos supuestos dioses en su justo valor, pues reconocían en ellos a las criaturas de un Dios supremo, soberano del mundo. El cristianismo, al confirmar la doctrina de la unidad de Dios, y al esclarecer a los hombres mediante la moral sublime del Evangelio, ha señalado una era nueva en la marcha progresiva de la humanidad. No obstante, como los Espíritus no han dejado de manifestarse, los hombres los convirtieron, ya no en dioses, sino en genios y hadas.

POSESO [*possédé*]. Conforme a la idea que se atribuye a esta palabra, el poseso es el individuo en quien se ha alojado un demonio. *El demonio lo posee* significa: *el demonio se apoderó de su cuerpo* (véase *Demonio*). Si consideramos el término *demonio*, ya no en su acepción vulgar, sino en el sentido de “Espíritu malo, Espíritu impuro, Espíritu malévolo, Espíritu imperfecto”, se trataría de saber si un Espíritu de esa naturaleza, o cualquier otro, puede alojarse en el cuerpo de un hombre, juntamente con el Espíritu que está encarnado

en ese cuerpo, o si puede sustituirlo. En este último caso, podríamos preguntarnos qué ocurriría con el alma expulsada de ese modo. La doctrina espírita afirma que, una vez unido a un cuerpo, el Espíritu solo puede ser separado definitivamente de él a través de la muerte, y que otro Espíritu no puede ocupar su lugar, ni unirse a ese cuerpo simultáneamente con aquel. Pero también afirma que un Espíritu imperfecto puede apegarse al Espíritu encarnado, adueñarse de él, dominar su pensamiento, obligarlo –si este no tiene la fuerza necesaria para resistirse– a obrar en un sentido determinado; lo oprime, por decirlo de algún modo, con su influencia. Así pues, no existe *posesión* en el sentido absoluto del término, sino *subyugación*. No se trata de desalojar a un Espíritu malo, sino –para valernos de una comparación material– de lograr que suelte la presa, lo cual es posible toda vez que uno se lo proponga seriamente. Con todo, algunas personas se complacen en una dependencia que halaga sus gustos y deseos.

La superstición vulgar atribuye a la posesión del demonio ciertas enfermedades cuya única causa radica en una alteración de los órganos. Esta creencia se hallaba muy difundida entre los judíos. Según ellos, curar tales enfermedades equivalía a expulsar a los demonios. Más allá de la causa de la enfermedad, siempre que la cura tuviera lugar, eso no afectaba el poder de quien la operaba. Así pues, Jesús y los discípulos podían decir que “expulsaban a los demonios”, para valerse del lenguaje usual. Si hubieran hablado de otro modo, no los habrían comprendido, y tal vez tampoco les habrían creído. Una cosa puede ser verdadera o falsa conforme al sentido que se dé a las palabras. Las más grandes verdades pueden resultar absurdas cuando se repara tan solo en la forma con que se expresan.

PRUEBAS [*épreuves*]. Vicisitudes de la vida corporal mediante las cuales los Espíritus se purifican según la manera como las sufren. Conforme a la doctrina espírita, dado que el Espíritu desprendido del cuerpo reconoce su imperfección, elige por sí mismo, mediante un acto de su libre albedrío, la clase de pruebas que considera más adecuada para su adelanto, y que sufrirá en una nueva existencia. Si eligió una prueba que superaba sus fuerzas, sucumbirá, y su adelanto se verá retrasado.

PSICOFONÍA [*psychophonie*] (del griego *psiké*: alma, y *phoné*: sonido o voz). Transmisión del pensamiento de los Espíritus por medio de la voz de un médium parlante.

PSICOGRAFÍA [*psychographie*] (del griego *psiké*: mariposa, alma, y *grapho*: escribo). Transmisión del pensamiento de los Espíritus por medio de la escritura trazada con la mano de un médium. En el médium escribiente la mano es el instrumento, pero su alma —o Espíritu encarnado en él— es la intermediaria o intérprete del Espíritu ajeno que se comunica. En la pneumatografía, el propio Espíritu ajeno escribe sin intermediario (véase *Pneumatografía*).

Psicografía inmediata o directa. Cuando el propio médium escribe con el lápiz, como en la escritura ordinaria.

Psicografía mediata o indirecta. Cuando el lápiz se adapta a un objeto que sirva de algún modo como apéndice de la mano: una pequeña cesta, una tablilla, etc.

PSICOLOGÍA [*psychologie*]. Disertación acerca del alma. Ciencia que trata de la naturaleza del alma. Esta palabra sería, respecto del médium parlante, lo que la psicografía es respecto del médium escribiente; es decir, la transmisión del pensamiento de los Espíritus mediante la voz de un médium.

No obstante, como ya tiene una acepción consagrada y bien definida, no es conveniente asignarle otra (véase *Psicofonía*).

PUREZA ABSOLUTA [*pureté absolue*]. Estado de los Espíritus del primer orden, o Espíritus puros: los que han recorrido todos los grados de la escala y ya no tienen que experimentar la encarnación.

PURGATORIO [*purgatoire*] (del latín *purgatorium*, formado de *purgare*: purgar; raíz *purus*: puro, que deriva del griego *pyr*, *pyros*: fuego, antiguo emblema de la purificación). Lugar de expiación temporaria (según la Iglesia católica) para las almas que todavía no se purificaron de algunas manchas. La Iglesia no define de manera precisa el lugar donde se encuentra el Purgatorio; lo ubica en todas partes, en el espacio, tal vez al lado nuestro. Tampoco explica con claridad la naturaleza de las penas que se sufren en él: son padecimientos más morales que físicos, pero hay fuego, si bien la alta teología reconoce que esa palabra debe tomarse en sentido figurado y como emblema de la purificación. La enseñanza de los Espíritus es mucho más explícita al respecto. Si bien es cierto que rechazan el dogma de la eternidad de las penas (véase *Infierno, Penas eternas*), admiten una expiación temporaria más o menos prolongada que, salvo el nombre, no es otra cosa sino el Purgatorio. Esa expiación se produce mediante padecimientos morales del alma en el estado errante. Los Espíritus errantes están en todas partes: en el espacio, al lado nuestro, tal como lo admite la Iglesia respecto del Purgatorio, así como admite determinadas penas físicas. La doctrina espírita afirma que el Espíritu se depura, se *purga* de sus impurezas durante las existencias corporales. Los padecimientos y las tribulaciones de la vida son las expiaciones y las pruebas mediante las cuales el Espíritu se eleva. De ahí resulta que en este mundo nos

hallamos en pleno Purgatorio. Lo que para la doctrina católica es difuso, para los Espíritus es preciso, pues hacen que lo toquemos y lo veamos. Por consiguiente, los Espíritus que sufren pueden decir que están en el Purgatorio, para valerse de nuestro lenguaje. Y si, en razón de su inferioridad moral, no se les permite ver el término de sus padecimientos, dirán que están en el Infierno (véase *Infierno*).

La Iglesia admite la eficacia de las plegarias para las almas del Purgatorio. Los Espíritus nos enseñan que mediante la plegaria se llama a los Espíritus buenos, quienes confieren a los débiles la fuerza moral que les falta para soportar sus pruebas. Así pues, los Espíritus que sufren pueden solicitar plegarias, sin que eso contradiga la doctrina espírita. Ahora bien, por lo que sabemos respecto de los diferentes grados de Espíritus, comprendemos que estos pueden solicitar esas plegarias según la forma que les resultaba familiar en vida (véase *Plegaria*).

La Iglesia admite una sola existencia corporal, después de la cual la suerte del hombre queda determinada irrevocablemente para toda la eternidad. Los Espíritus nos enseñan que una sola existencia, cuya duración —a menudo abreviada por accidentes— no es más que un punto en la eternidad, no es suficiente para que el alma se purifique por completo. También nos enseñan que Dios, en su justicia, no condena sin remisión a aquel de quien a menudo no dependió hallarse suficientemente instruido respecto del bien como para llevarlo a la práctica. La doctrina de los Espíritus concede al alma la facultad de cumplir en una serie de existencias lo que no logró cumplir en una sola: esa es la principal diferencia. No obstante, si se analizaran con cuidado los principios dogmáticos, y siempre se apartara de ellos lo que debe tomarse en

sentido figurado, no cabe duda de que muchas contradicciones aparentes desaparecerían.

REENCARNACIÓN [*réincarnation*]. Regreso del Espíritu a la vida corporal.

La reencarnación puede ocurrir inmediatamente después de la muerte, o a partir de un lapso más o menos prolongado, durante el cual el Espíritu se halla errante. Puede ocurrir en la Tierra o en otros mundos, pero siempre en un cuerpo humano, y nunca en el de un animal. La reencarnación es progresiva o estacionaria, pero nunca retrógrada. En sus nuevas existencias corporales, el Espíritu puede decaer respecto de su posición social, pero no como Espíritu. Esto significa que, si fue amo, puede volver como sirviente; si fue príncipe, como artesano; si fue rico, como miserable; aunque sin dejar de progresar tanto en ciencia como en moralidad. De tal modo, el delincuente puede llegar a ser un hombre de bien, pero el hombre de bien no puede llegar a ser un delincuente.

Los Espíritus imperfectos, que aún se encuentran bajo la influencia de la materia, no siempre poseen una idea completa de la reencarnación. La explicación que brindan al respecto se ve afectada por su ignorancia y por los prejuicios terrenales, más o menos como le ocurriría a un campesino al que se le preguntara si la Tierra gira alrededor del Sol o viceversa. Sobre sus existencias anteriores, conservan apenas un recuerdo confuso, y el porvenir les parece incierto (sabemos que el recuerdo de las existencias pasadas se aclara a medida que el Espíritu se purifica). Algunos se refieren todavía a las esferas concéntricas que rodean la Tierra, y en las cuales el Espíritu se eleva gradualmente hasta llegar al séptimo Cielo, que para ellos es el apogeo de la perfección. Con todo, aun en medio de la diversidad de expresiones y de la extrañeza

de las imágenes, una observación atenta permite que se reconozca con facilidad una idea dominante: la de las pruebas sucesivas que el Espíritu debe sufrir, y de los diversos grados que debe recorrer para alcanzar la perfección y la suprema felicidad. A menudo, las cosas nos parecen contradictorias tan solo porque no hemos ahondado en su sentido íntimo.

SATÁN [*Satan*] (del hebreo *chaitán*: adversario, enemigo de Dios). El jefe de los demonios. Esta palabra es sinónimo de *diablo*, con la diferencia de que esta última pertenece más que la primera al lenguaje familiar. En segundo lugar, conforme a la idea que se asigna a esa palabra, Satán es un ser único, el genio del mal, el rival de Dios. En cambio, *diablo* es un término más genérico, que se aplica a todos los demonios. Satán hay uno solo; diablos hay muchos. Según la doctrina espírita, Satán no es un ser distinto, porque Dios no tiene un rival que pueda luchar contra su poder de igual a igual. Es la personificación alegórica del mal y de todos los Espíritus malos (véase *Diablo, Demonio*).

SEMATOLOGÍA [*sématologie*] (del griego *sema*, *sématos*: signo, y *logos*: discurso). Transmisión del pensamiento de los Espíritus por medio de signos tales como golpes, movimiento de objetos, etc. (véase *Tiptología*).

SERAFÍN [*séraphin*] (véase *Ángel*).

SIBILA [*sibylle*] (del griego eólico *sios*, empleado por *theós*: dios, y *leouli*: consejo; consejo divino). Profetisas que pronunciaban oráculos, y a quienes los antiguos consideraban inspiradas por la divinidad. Si hacemos a un lado el charlatanismo y la aparatosidad con que las rodeaban sus explotadores, reconoceremos en las sibilas y en las pitonisas todas las facultades de los sonámbulos, de los extáticos y de algunos médiums.

SILFOS, SÍLFIDES [*sylphes, sylphides*]. Según la mitología de la Edad Media, los *silfos* eran los genios del aire, como los gnomos eran los de la tierra, y las ondinas los de las aguas. Se los representaba con una forma humana semivaporosa, con rasgos agradables. Sus alas transparentes eran el emblema de la rapidez con la que recorrían el espacio. Se les atribuía la capacidad de hacerse visibles o invisibles a voluntad. Su carácter era suave y bondadoso. “No os imagináis la multitud de silfos ligeros que tenéis a vuestras órdenes. Continuamente ocupados en recoger vuestros pensamientos, apenas pronunciáis una palabra se apoderan de ella y van a repetirla alrededor vuestro. Son tan ligeros que recorren mil pasos en un segundo. Son los silfos de Paracelso y de Gabalis” (A. Martin).

La creencia en los silfos tiene su origen evidente en las manifestaciones espíritas. Son Espíritus de un orden inferior, frívolos, pero bondadosos.

SOMNILOQUIA [*somniloquie*] (del latín *somnus*: sueño, y *loqui*: hablar). Estado de emancipación del alma, intermedio entre el sueño y el sonambulismo natural. Los que hablan dormidos son *somnílocuos*.

SONAMBULISMO [*somnambulisme*] (del latín *somnus*: sueño, y *ambulare*: caminar, pasearse). Estado de emancipación del alma más completo que en el sueño (véase *Sueños*).

El sueño es un sonambulismo imperfecto. En el sonambulismo, la lucidez del alma, es decir, la facultad de ver, que es uno de los atributos de su naturaleza, se encuentra más desarrollada. El alma ve las cosas con mayor precisión y nitidez. El cuerpo puede obrar impulsado por la voluntad del alma.

El olvido absoluto, en el momento del despertar, es uno de los signos característicos del verdadero sonambulismo, porque la independencia del alma respecto del cuerpo es más completa que durante el sueño.

SONAMBULISMO NATURAL. El que es espontáneo y se produce sin provocación y sin la influencia de ningún agente exterior.

SONAMBULISMO MAGNÉTICO o artificial. El que es provocado por la acción que una persona ejerce sobre otra por medio del fluido magnético que vierte sobre ella.

SUEÑO NATURAL. Suspensión momentánea de la vida de relación. Adormecimiento de los sentidos, durante el cual se interrumpen las relaciones que el alma mantiene con el mundo exterior a través de los órganos.

SUEÑO MAGNÉTICO. Dado que el fluido magnético actúa sobre el sistema nervioso, produce en algunas personas un efecto que se ha comparado con el sueño natural, pero que difiere esencialmente de este en varios sentidos. La principal diferencia consiste en que, en ese estado, el pensamiento es libre por completo; el individuo tiene absoluta conciencia de sí mismo, y el cuerpo puede obrar como en el estado normal, debido a que la causa fisiológica del sueño magnético no es la misma que la del sueño natural. No obstante, el sueño natural es un estado transitorio que precede siempre al sueño magnético. El pasaje de uno a otro constituye un verdadero despertar del alma. Por eso, las personas que son puestas por primera vez en estado de sonambulismo magnético casi siempre responden con un *no* a esta pregunta: “¿Dormís?”. En efecto, puesto que ven y piensan libremente, para ellas eso no es dormir, en el sentido vulgar de la palabra.

SUEÑOS [*rêves*]. Efecto de la emancipación del alma durante el dormir. Cuando los sentidos se adormecen, los lazos que unen el alma al cuerpo se aflojan. De tal modo, más libre, el alma recupera en parte sus facultades de Espíritu y se pone más fácilmente en comunicación con los seres del mundo incorporeal. Al despertar, el recuerdo que conserva de lo que ha visto en otros lugares y en otros mundos, o en sus existencias pasadas, constituye el sueño propiamente dicho. Como ese recuerdo es solo parcial, casi siempre incompleto, y está mezclado con los recuerdos de la vigilia, de ahí resulta que en la sucesión de los hechos hay interrupciones que dañan la ilación y producen esos conjuntos extraños que parecen no tener sentido, más o menos como un relato al que se le quitaron aquí y allá fragmentos de líneas o de frases.

SUPERSTICIÓN [*superstition*]. Por absurda que sea una idea supersticiosa, casi siempre se basa en un hecho real, al que la ignorancia desnaturalizó, exageró o interpretó falsamente. Sería un error suponer que divulgar el conocimiento de las manifestaciones espíritas equivale a propagar las supersticiones. Una de dos: esos fenómenos son un quimera, o son reales. En el primer caso, se tendría razón al combatirlos. En cambio, si existen, conforme lo demuestra la experiencia, nada impedirá que se produzcan. Como sería pueril atacar hechos positivos, lo que hace falta combatir no son los hechos, sino la falsa interpretación que la ignorancia puede llegar a otorgarles. No cabe duda de que en los siglos pasados esos hechos fueron el origen de una infinidad de supersticiones, al igual que los fenómenos naturales cuya causa se ignoraba. El progreso de las ciencias positivas ha logrado que poco a poco desaparezcan algunas de esas supersticiones; y

la ciencia espírita, cuando sea mejor conocida, logrará que desaparezca el resto.

Los adversarios del espiritismo se apoyan en el peligro que esas manifestaciones implican para la razón. Todas las causas que pueden atemorizar a las imaginaciones débiles son capaces de provocar la locura. Ante todo, lo que hace falta es curar el miedo. Ahora bien, la manera de lograrlo no consiste en exagerar el peligro, al hacer creer que esas manifestaciones son obra del diablo. Los que propagan esta creencia con miras a desacreditar al espiritismo no logran su objetivo; en primer lugar, porque asignar alguna causa a los fenómenos espíritas implica reconocer que estos existen; en segundo lugar, porque, al intentar persuadir de que el diablo es su único agente, afectan peligrosamente la moral de algunos individuos. Como no se podrá impedir que las manifestaciones ocurran —incluso en los que no deseen ocuparse de ellas—, estos individuos solo verán alrededor suyo diablos y demonios, hasta en los efectos más simples, que confundirán con manifestaciones. Y esto sí es un buen motivo de perturbación del cerebro. Respaldar esa preocupación implica propagar la enfermedad del miedo, en vez de curarla. Ese es el verdadero peligro; ahí está la superstición.

TAUMATURGO [*thaumaturge*] (del griego *thauma*, *thau-matos*: maravilla, y *ergon*: obra). Hacedor de milagros. San Gregorio Taumaturgo. A veces se dice burlonamente de los que, con o sin razón, se jactan de tener la capacidad de producir fenómenos al margen de las leyes de la naturaleza. En tal sentido, algunas personas califican a Swedenborg de taumaturgo.

TELEGRAFÍA HUMANA [*télégraphie humaine*]. Comunicación a distancia entre dos personas vivas que se evocan re-

cíprocamente. Esta evocación provoca la emancipación del alma o Espíritu encarnado que acude a manifestarse, y puede comunicar su pensamiento a través de la escritura o por otros medios. Los Espíritus nos enseñan que la telegrafía humana llegará a ser un medio usual de comunicación cuando los hombres sean más morales, menos egoístas y no tan apegados a las cosas materiales. Por el momento, solo es un privilegio de las almas selectas.

TIPTOLOGÍA [*typtologie*] (del griego *typto*: golpe, y *logos*: discurso). Comunicación inteligente de los Espíritus por medio de golpes.

TIPTOLOGÍA POR MOVIMIENTO. Cuando los golpes son producidos con un objeto que se mueve, como, por ejemplo, una mesa que golpea con sus patas mediante un movimiento basculante.

TIPTOLOGÍA INTERNA O PASIVA. Cuando los golpes se hacen escuchar en la sustancia misma de un objeto completamente inmóvil.

TIPTOLOGÍA ALFABÉTICA. Cuando los golpes designan las letras del alfabeto, mediante cuya reunión se forman las palabras y las frases. Puede ser producida por los dos medios referidos más arriba.

La tiptología es un medio de comunicación muy imperfecto debido a su lentitud, la cual no permite desarrollos tan amplios como los que se pueden obtener mediante la psicografía o la psicofonía (véanse estas palabras).

TODO UNIVERSAL (el) [*tout universel*]. *El gran todo*. Según la opinión de algunos filósofos, existe un alma universal de la que cada uno de nosotros posee una parte. Después de la muerte, todas esas almas particulares regresan a la fuente

general, sin conservar su individualidad, del mismo modo que las gotas de lluvia se confunden en las aguas del océano. Esa fuente común es para ellos el *gran todo*, el *todo universal*. Esta doctrina resulta tan desesperanzadora como el materialismo, porque, sin la individualidad después de la muerte, sería exactamente como si no se existiera. El espiritismo es la prueba patente de lo contrario. No obstante, la idea del *gran todo* no implica necesariamente la de la fusión de los seres en uno solo. Un soldado que vuelve a su regimiento ingresa en un todo colectivo, pero no deja de conservar su individualidad. Lo mismo ocurre con las almas que vuelven al mundo de los Espíritus, mundo que para ellos también es un todo colectivo: el *todo universal*. En tal sentido debe entenderse esta expresión en el lenguaje de algunos Espíritus.

TRANSMIGRACIÓN [*transmigration*] (véase *Reencarnación*, *Metempsicosis*).

VIDENTE [*voyant, voyante*]. El hombre o la mujer dotados de doble vista. Algunas personas designan con este nombre a los sonámbulos magnéticos, a fin de caracterizar mejor su lucidez. La palabra *vidente*, con esta última acepción, no es mucho mejor que la palabra *invisible* aplicada a los Espíritus, pues tiene el inconveniente de no ser específica para el estado sonambólico. Cuando disponemos de un término para expresar una idea, resulta superfluo crear otro. Ante todo, se debe evitar el uso de las palabras con una acepción que no sea la reconocida.

VISIÓN [*vision*] (véase *Aparición*).

VISIONARIO [*visionnaire*]. Que cree erróneamente tener visiones, revelaciones. En sentido figurado, designa a la persona que tiene ideas descabelladas y quiméricas (Academia Francesa). Esta palabra habría convenido perfectamente para

designar a las personas dotadas de doble vista y que tienen visiones reales, en caso de que no se hubiera reconocido su uso en sentido negativo. No obstante, es evidente la necesidad de una palabra específica para designar a estas personas (véase *Vidente*).

VISTA (DOBLE O SEGUNDA) [*double ou seconde vue*]. Efecto de la emancipación del alma que se manifiesta en estado de vigilia. Facultad de ver las cosas ausentes como si estuvieran presentes. Las personas dotadas de doble vista no ven con los ojos, sino con el alma. Esta percibe la imagen de los objetos que se encuentran en los lugares adonde se traslada, y como por una especie de espejismo. Esta facultad no es permanente; algunas personas la poseen sin saberlo: les parece un efecto natural, y produce lo que se denomina *visiones*.

CUADRO SINÓPTICO DE LA NOMENCLATURA ESPÍRITA ESPECIAL

(Véase la explicación y la definición de cada una de estas palabras en el *Vocabulario espírita.*)

<p style="text-align: center;">DOCTRINA</p> <p>Espiritismo Espiritista Espírita Espiritualismo Espiritualista</p>	<p style="text-align: center;">MANIFESTACIONES ESPÍRITAS</p> <p>Ocultas Patentes Físicas Inteligentes Aparentes { Vaporosas o etéreas Tangibles o estereotipas Espontáneas Provocadas</p>																	
<p style="text-align: center;">ESPÍRITUS <i>Naturaleza íntima de los Espíritus</i></p> <p>Espíritu elemental Periespíritu</p> <p style="text-align: center;"><i>Estados de los Espíritus</i></p> <p>Encarnación Erraticidad Pureza absoluta</p> <p style="text-align: center;"><i>Escala espírita o diferentes órdenes de Espíritus</i></p> <table border="0" style="width: 100%;"> <tr> <td style="vertical-align: top;">1º orden</td> <td style="vertical-align: top;">1ª clase. Espíritus puros</td> </tr> <tr> <td rowspan="4" style="vertical-align: middle;">2º orden Espíritus buenos</td> <td>2ª clase. Espíritus superiores</td> </tr> <tr> <td>3ª clase. Espíritus sabios</td> </tr> <tr> <td>4ª clase. Espíritus científicos</td> </tr> <tr> <td>5ª clase. Espíritus benévolos</td> </tr> <tr> <td rowspan="3" style="vertical-align: middle;">3º orden Espíritus imperfectos</td> <td>6ª clase. Espíritus neutros</td> </tr> <tr> <td>7ª clase. Espíritus pseudocientíficos</td> </tr> <tr> <td>8ª clase. Espíritus frívolos</td> </tr> <tr> <td></td> <td>9ª clase. Espíritus impuros</td> </tr> </table>	1º orden	1ª clase. Espíritus puros	2º orden Espíritus buenos	2ª clase. Espíritus superiores	3ª clase. Espíritus sabios	4ª clase. Espíritus científicos	5ª clase. Espíritus benévolos	3º orden Espíritus imperfectos	6ª clase. Espíritus neutros	7ª clase. Espíritus pseudocientíficos	8ª clase. Espíritus frívolos		9ª clase. Espíritus impuros	<p style="text-align: center;">COMUNICACIONES</p> <p>Comunicaciones frívolas Comunicaciones groseras Comunicaciones serias Comunicaciones instructivas</p> <p style="text-align: center;"><i>Modos de comunicación</i></p> <p>Sematología</p> <table border="0" style="width: 100%;"> <tr> <td style="vertical-align: top;">Tiptología</td> <td style="vertical-align: top;">{ Por movimiento Interna Alfabética</td> </tr> <tr> <td style="vertical-align: top;">Psicografía</td> <td style="vertical-align: top;">{ Directa Indirecta</td> </tr> </table> <p>Pneumatografía Pneumatofonía Psicofonía Telegrafía humana</p>	Tiptología	{ Por movimiento Interna Alfabética	Psicografía	{ Directa Indirecta
1º orden	1ª clase. Espíritus puros																	
2º orden Espíritus buenos	2ª clase. Espíritus superiores																	
	3ª clase. Espíritus sabios																	
	4ª clase. Espíritus científicos																	
	5ª clase. Espíritus benévolos																	
3º orden Espíritus imperfectos	6ª clase. Espíritus neutros																	
	7ª clase. Espíritus pseudocientíficos																	
	8ª clase. Espíritus frívolos																	
	9ª clase. Espíritus impuros																	
Tiptología	{ Por movimiento Interna Alfabética																	
Psicografía	{ Directa Indirecta																	
<p style="text-align: center;">EMANCIPACIÓN DEL ALMA <i>o del Espíritu encarnado</i></p> <p>Sueño Somniloquia</p> <table border="0" style="width: 100%;"> <tr> <td style="vertical-align: middle;">Sonambulismo</td> <td style="vertical-align: middle;">{ natural artificial o magnético</td> </tr> </table> <p>Éxtasis Visión o doble vista</p>	Sonambulismo	{ natural artificial o magnético	<p style="text-align: center;">MÉDIUMS <i>o agentes de las manifestaciones</i></p> <table border="0" style="width: 100%;"> <tr> <td style="vertical-align: top;">Médiums</td> <td style="vertical-align: top;">{ Naturales Facultativos</td> </tr> <tr> <td style="vertical-align: top;">Médiums de influencias físicas</td> <td style="vertical-align: top;">{ motores tiptólogos de apariciones</td> </tr> <tr> <td style="vertical-align: top;">Médiums de influencia morales</td> <td style="vertical-align: top;">{ escribientes o psicógrafos pneumatógrafos dibujantes - músicos parlantes- videntes formadores - inspirados de presentimientos sensitivos o impresionables</td> </tr> </table>	Médiums	{ Naturales Facultativos	Médiums de influencias físicas	{ motores tiptólogos de apariciones	Médiums de influencia morales	{ escribientes o psicógrafos pneumatógrafos dibujantes - músicos parlantes- videntes formadores - inspirados de presentimientos sensitivos o impresionables									
Sonambulismo	{ natural artificial o magnético																	
Médiums	{ Naturales Facultativos																	
Médiums de influencias físicas	{ motores tiptólogos de apariciones																	
Médiums de influencia morales	{ escribientes o psicógrafos pneumatógrafos dibujantes - músicos parlantes- videntes formadores - inspirados de presentimientos sensitivos o impresionables																	

CAPÍTULO PRIMERO

Escala espírita³

Entre los principios fundamentales de la doctrina espírita, uno de los más importantes es sin duda el que establece los diferentes órdenes de Espíritus. Al comienzo de las manifestaciones se suponía que un ser, por el solo hecho de que fuera un Espíritu, debía poseer la ciencia infusa y la suprema sabiduría, de modo que muchas personas creyeron que tendrían en su poder un medio infalible de adivinación. Este error ha dado lugar a muchos desengaños. La experiencia rápidamente mostró que el mundo invisible está lejos de contener tan solo Espíritus superiores; ellos mismos nos enseñan que no son iguales, ni en saber ni en moralidad, y que su elevación depende del grado de perfección que hayan alcanzado. También ellos trazaron los caracteres distintivos de esos diferentes grados, que constituyen lo que nosotros denominamos *escala espírita*. A partir de entonces, se explicaron la diversidad y las contradicciones del lenguaje de los Espíritus, y se comprendió que entre ellos, como entre los hombres, para saber algo no basta con dirigirse al primero que se presente.

3. Compárese este capítulo con *El libro de los Espíritus*, §§ 96 y 100-113. (N. del T.)

De tal modo, esta escala nos brinda la clave de una infinidad de fenómenos y de anomalías aparentes, que sin ella nos resultaría difícil –si no imposible– advertir. Además, nos interesa personalmente a todos, dado que por nuestra alma pertenecemos al mundo espírita, al que regresamos en el momento de dejar la vida corporal, y porque nos muestra el camino para alcanzar la perfección y el bien supremo.

Desde el punto de vista de la ciencia práctica, la escala nos brinda los medios de considerar a los Espíritus que se presentan en las manifestaciones, así como de evaluar el grado de confianza que debe inspirarnos su lenguaje. Ese estudio requiere una observación atenta y continuada. Para aprender a conocer a los Espíritus hacen falta tiempo y experiencia, no menos que los necesarios para aprender a conocer a los hombres.

La escala espírita comprende tres órdenes principales, que los Espíritus indicaron, y que se encuentran perfectamente caracterizados. Como cada uno de esos órdenes presenta diferentes matices, los hemos subdividido en varias clases, designadas con el carácter dominante de los Espíritus que las integran. Esta clasificación, por lo demás, no tiene nada de absoluto: cada categoría presenta un carácter definido sólo en su conjunto; pero de un grado a otro el matiz se borra como en los reinos de la naturaleza, en los colores del arco iris o incluso en los diferentes períodos de la vida del hombre. Entre los veinte y los cuarenta años, el hombre experimenta un cambio notable. A los veinte, es un joven; a los cuarenta, un hombre hecho. No obstante, entre esas dos etapas de la vida, sería imposible establecer una línea precisa de demarcación y señalar dónde termina una y comienza la otra. Lo mismo ocurre entre los grados de la escala espírita. Debemos señalar,

además, que los Espíritus no siempre pertenecen de modo exclusivo a tal o cual clase. Dado que su progreso sólo se cumple gradualmente, y a menudo más en un sentido que en otro, pueden reunir los caracteres de varias categorías, lo que es fácil de reconocer en su lenguaje y en sus actos.

Comenzamos la escala con los órdenes inferiores, porque son el punto de partida de los Espíritus, que se elevan gradualmente desde las últimas categorías hasta las primeras.

Tercer orden.- Espíritus imperfectos

Caracteres generales.- Predominio de la materia sobre el espíritu. Propensión al mal. Ignorancia, orgullo, egoísmo y todas las pasiones malas que derivan de él.

Tienen la intuición de Dios, pero no lo comprenden.

No todos son esencialmente malos. En algunos hay más frivolidad, inconsecuencia y malicia que verdadera maldad. Los hay que no hacen ni el bien ni el mal; pero sólo por el hecho de no hacer el bien, denotan su inferioridad. Otros, por el contrario, se complacen en el mal y están satisfechos cuando encuentran la ocasión de hacerlo. Pueden aliar la inteligencia a la maldad o a la malicia. No obstante, sea cual fuere su desarrollo intelectual, sus ideas son poco elevadas y sus sentimientos más o menos abyectos.

Sus conocimientos acerca de las cosas del mundo espírita son limitados, y lo poco que saben de él se confunde con las ideas y los prejuicios de la vida corporal. Solo pueden darnos al respecto nociones falsas e incompletas. Con todo, el observador atento suele encontrar en sus comunicaciones,

aunque imperfectas, la confirmación de las grandes verdades que enseñan los Espíritus superiores.

Su carácter se revela en el lenguaje que usan. Todo Espíritu que en sus comunicaciones deje traslucir un pensamiento malo, puede ser incluido en el tercer orden. Por consiguiente, todo pensamiento malo que se nos sugiera proviene de un Espíritu de ese orden.

Ven la felicidad de los buenos, y esa visión es para ellos un tormento incesante, pues experimentan todas las angustias que la envidia y los celos pueden producir.

Conservan el recuerdo y la percepción de los padecimientos de la vida corporal, y esa impresión suele ser más penosa que la real. Sufren, pues, efectivamente, tanto por los males que soportaron como por los que hicieron soportar a otros. Además, como sufren durante mucho tiempo, creen que habrán de sufrir siempre. Dios, para castigarlos, quiere que así lo crean.

Podemos dividirlos en cuatro grupos principales.

Novena clase. ESPÍRITUS IMPUROS.- Son propensos al mal y lo hacen objeto de sus preocupaciones. Como Espíritus, dan consejos pérfidos, inspiran la discordia y la desconfianza, y adoptan todas las apariencias para engañar mejor. Se apegan a las personas de carácter bastante débil para ceder a sus sugerencias, a fin de empujarlas a la perdición, satisfechos de poder retardar su adelanto al hacerlas sucumbir ante las pruebas que sufren.

En las manifestaciones se los reconoce por su lenguaje. La trivialidad y la grosería de las expresiones, tanto en los Espíritus como en los hombres, son siempre un indicio de inferioridad moral, si no intelectual. Sus comunicaciones ponen

al descubierto la bajeza de sus inclinaciones, y si se proponen engañar hablando de una manera sensata, no pueden sostener mucho tiempo su rol e inevitablemente dejan traslucir su origen.

Algunos pueblos los han convertido en divinidades malignas, otros los designan con nombres tales como *demonios*, *genios malos* o *Espíritus del mal*.

Cuando están encarnados, los seres vivientes a quienes animan son propensos a todos los vicios que engendran las pasiones viles y degradantes: la sensualidad, la crueldad, la felonía, la hipocresía, la codicia, la envidia, la avaricia sordida. Hacen el mal por el placer de hacerlo, la mayoría de las veces sin motivo, y por odio al bien escogen casi siempre a sus víctimas entre las personas honradas. Son plagas para la humanidad, sea cual fuere la clase social a la que pertenezcan, y el barniz de la civilización no los preserva del oprobio ni de la ignominia.

Octava clase. ESPÍRITUS FRÍVOLOS.- Son ignorantes, maliciosos, inconsecuentes y burlones. Se inmiscuyen en todo y a todo responden, sin preocuparse por la verdad. Se complacen en causar leves molestias y pequeñas alegrías, generar enredos, inducir maliciosamente a error por medio de engaños y picardías. A esta clase pertenecen los Espíritus vulgarmente designados con los nombres de *duendes*, *trastos*, *gnomos* y *diablillos*. Mantienen una relación de dependencia con los Espíritus superiores, que los emplean a menudo del mismo modo que nosotros lo hacemos con nuestros servidores y peones.

Se muestran apegados a la materia más que otros. Parecen ser los agentes principales de las vicisitudes de los elementos del globo, ya sea que habiten en el aire, el agua, el fuego, los cuerpos sólidos o en las entrañas de la Tierra. Manifiestan su

presencia por medio de efectos sensibles, tales como golpes, movimiento y desplazamiento anormal de cuerpos sólidos, agitación del aire, etc., por lo que se les ha dado el nombre de Espíritus golpeadores o perturbadores.⁴ Se reconoce que esos fenómenos no se deben a una causa fortuita y natural cuando tienen un carácter intencional e inteligente. Todos los Espíritus pueden producir dichos fenómenos, pero los Espíritus elevados los dejan, en general, entre las atribuciones de los Espíritus inferiores, más aptos para las cosas materiales que para las de la inteligencia.

En sus comunicaciones con los hombres, su lenguaje es a veces ingenioso y divertido, pero casi siempre falto de profundidad. Captan los defectos y las ridiculeces de los hombres y los expresan con rasgos mordaces y satíricos. Si utilizan nombres falsos, con frecuencia lo hacen más por malicia que por maldad.

Séptima clase. ESPÍRITUS PSEUDOCIENTÍFICOS.- Sus conocimientos son suficientemente amplios, pero creen saber más de lo que saben en realidad. Como han realizado algunos progresos desde diversos puntos de vista, su lenguaje tiene un carácter serio que puede engañar respecto a su capacidad y a sus luces. Sin embargo, la mayoría de las veces no es más que un reflejo de los prejuicios y de las ideas sistemáticas de la vida terrenal; una mezcla de algunas verdades con los errores más absurdos, entre los cuales se traslucen la presunción, el orgullo, los celos y la terquedad, de los que no han podido despojarse.

Sexta clase. ESPÍRITUS NEUTROS.- No son ni tan buenos como para hacer el bien, ni tan malos como para hacer el

4. Compárese con *El libro de los Espíritus*, § 106. (N. del T.)

mal. Se inclinan tanto hacia uno como hacia otro, y no se elevan por encima de la condición general de la humanidad, sea en lo moral o en la inteligencia. Se apegan a las cosas de este mundo, cuyas alegrías groseras echan de menos.

Segundo orden.- Espíritus buenos

Caracteres generales.- Predominio del espíritu sobre la materia. Deseo del bien. Sus cualidades y su poder para hacer el bien se hallan en relación con el grado al que han llegado. Algunos tienen la ciencia, otros la sabiduría y la bondad. Los más adelantados reúnen el saber y las cualidades morales. Como aún no están completamente desmaterializados, conservan más o menos, según su categoría, las huellas de la existencia corporal, ya sea en la forma del lenguaje o en sus hábitos, en los cuales se reconocen incluso algunas de sus manías. De lo contrario serían Espíritus perfectos.

Comprenden a Dios y a lo infinito, y gozan ya de la felicidad de los buenos. Son felices por el bien que hacen y por el mal que impiden. El amor que los une es para ellos la fuente de una dicha inefable, que no es alterada por la envidia, los pesares ni los remordimientos, como tampoco por ninguna de las pasiones malas que son el tormento de los Espíritus imperfectos. No obstante, todos tienen aún pruebas que sufrir, hasta que hayan alcanzado la perfección absoluta.

Como Espíritus, sugieren pensamientos buenos, desvían a los hombres del camino del mal, protegen durante la vida a los que se hacen dignos de ello, y neutralizan la influencia de los Espíritus imperfectos en aquellos que no se complacen en sufrirla.

Cuando están encarnados son buenos y benévolos para con sus semejantes. No los mueve el orgullo, el egoísmo ni la ambición. No experimentan odio, rencor, envidia ni celos, y hacen el bien por el bien mismo.

A este orden pertenecen los Espíritus designados, en las creencias vulgares, con los nombres de *genios buenos*, *genios protectores* o *Espíritus del bien*. En épocas de superstición e ignorancia se los consideraba como divinidades benéficas.

Podemos dividirlos también en cuatro grupos principales:

Quinta clase. ESPÍRITUS BENÉVOLOS.- Su cualidad dominante es la bondad. Se complacen en prestar servicio a los hombres y en protegerlos, pero su saber es limitado: su progreso es más acabado en el sentido moral que en el intelectual.

Cuarta clase. ESPÍRITUS CIENTÍFICOS.- Lo que los distingue especialmente es la amplitud de sus conocimientos. Se preocupan menos de las cuestiones morales que de las científicas, para las cuales tienen más aptitud. Sin embargo, sólo encaran la ciencia desde el punto de vista de la utilidad, y no mezclan con ella ninguna de las pasiones propias de los Espíritus imperfectos.

Tercera clase. ESPÍRITUS SABIOS.- Las cualidades morales del orden más elevado forman su carácter distintivo. Si bien no tienen conocimientos ilimitados, están dotados de una capacidad intelectual que les proporciona un juicio sano acerca de los hombres y las cosas.

Segunda clase. ESPÍRITUS SUPERIORES.- Reúnen la ciencia, la sabiduría y la bondad. Su lenguaje sólo refleja benevolencia: es constantemente digno, elevado y a menudo sublime.

Su superioridad los hace más aptos que a los otros para darnos las nociones más justas acerca de las cosas del mundo incorporeal, dentro de los límites de lo que se le permite al hombre conocer. Se comunican gustosos con los que buscan la verdad de buena fe, y cuyas almas están suficientemente desprendidas de los lazos terrenales para comprenderla. En cambio, se alejan de aquellos que sólo están animados por la curiosidad, o a quienes la influencia de la materia desvía de la práctica del bien.

Cuando, por excepción, encarnan en la Tierra, lo hacen para cumplir en ella una misión de progreso. En ese caso nos ofrecen el modelo de perfección al cual la humanidad puede aspirar en este mundo.

Primer orden.- Espíritus puros

Caracteres generales.- Influencia nula de la materia. Superioridad intelectual y moral absoluta en comparación con los Espíritus de los otros órdenes.

Primera y única clase.- Han recorrido todos los grados de la escala y se han despojado de todas las impurezas de la materia. Alcanzaron la suma de la perfección de que es capaz la criatura, razón por la cual ya no habrán de sufrir pruebas ni expiaciones. Como no se encuentran sujetos a la reencarnación en cuerpos perecederos, realizan la vida eterna en el seno de Dios.

Gozan de una dicha inalterable, porque no están sujetos a las necesidades ni a las vicisitudes de la vida material. Con todo, esa dicha no consiste en una *ociosidad monótona que transcurre en perpetua contemplación*. Son los mensajeros y los

ministros de Dios, cuyas órdenes ejecutan para mantener la armonía universal. Dirigen a los Espíritus inferiores a ellos, los ayudan a perfeccionarse y les asignan su misión. Asistir a los hombres en sus padecimientos, incitarlos al bien o a la expiación de las faltas que los alejan de la felicidad suprema, es para ellos una grata ocupación. Se los designa a veces con los nombres de *ángeles*, *arcángeles* o *serafines*.

Los hombres pueden entrar en comunicación con ellos, pero muy presuntuoso sería el que pretendiese tenerlos constantemente a sus órdenes.

Algunas personas designan erróneamente a estos Espíritus con la palabra *increados*. Los Espíritus increados serían eternos como Dios; o bien lo serían en caso de que, en el universo, los seres pudieran existir sin la voluntad de Dios, en cuyo caso Dios no sería todopoderoso. Algunos Espíritus se valen de esa expresión, pero con otro sentido, pues la aplican a los Espíritus que ya no reencarnarán y que, desde ese punto de vista, ya no serán creados como hombres. El término es impropio, porque da lugar a una falsa interpretación. Ahí radica el inconveniente de apegarse a la letra sin escrutar el pensamiento. (Véase *Ángel* en el “Vocabulario”).

CAPÍTULO II

Manifestaciones espíritas

Acción oculta

Los Espíritus obran a menudo sobre nuestro pensamiento sin que lo sepamos, y nos incitan a realizar tal o cual acción. Por nuestra parte, suponemos que obramos por iniciativa propia, pero no hacemos más que ceder a una sugerencia ajena.

De esto no se debe inferir que carecemos de iniciativa. Lejos de eso, el Espíritu encarnado siempre conserva el libre albedrío y, en definitiva, solo hace lo que quiere, siguiendo muchas veces su impulso personal. Para comprender de qué modo ocurren las cosas, es necesario que representemos nuestra alma desprendida de sus lazos mediante la emancipación, lo que siempre ocurre durante el dormir –soñemos o no–, así como cada vez que los sentidos se aletargan, y a veces incluso durante la vigilia. En tal caso, el alma entra en comunicación con otros Espíritus, como alguien que sale de su casa para ir a la de los vecinos (permítasenos esta comparación familiar). Entonces se establece entre ellos una especie de conversación o, para decirlo con más exactitud, un intercambio de ideas. La influencia del Espíritu comunicante no es una coacción, sino una especie de consejo que imparte a nuestra alma, consejo que puede ser más o menos sabio, conforme a la naturaleza del Espíritu, y que el alma es libre

de seguir o de rechazar, pero que puede evaluar mejor cuando ya no se encuentra subordinada a las ideas que la vida de relación suscita. Por eso se dice que la noche es consejera.

No siempre es fácil distinguir la idea sugerida de la idea propia, porque a menudo se confunden. No obstante, suponemos que nos llega procedente de una fuente ajena toda vez que es espontánea, que surge en nosotros como una inspiración, y que se opone a nuestro punto de vista. Nuestro juicio y nuestra conciencia nos permiten conocer si esa idea es buena o mala.

Manifestaciones patentes

Las manifestaciones patentes difieren de las manifestaciones ocultas por el hecho de que son perceptibles por nuestros sentidos. Constituyen, para hablar con propiedad, la totalidad de los fenómenos espíritas que se nos presentan en diversas formas.

Manifestaciones físicas

Reciben este nombre las manifestaciones que se limitan a fenómenos materiales, tales como ruidos, movimiento y desplazamiento de objetos. La mayoría de las veces, esas manifestaciones no poseen un sentido directo. Su objetivo es llamar nuestra atención hacia algo, y convencernos de la presencia de un poder superior al hombre. Para muchas personas, ese tipo de manifestaciones son apenas un objeto de curiosidad. En cambio, para el observador, constituye al menos la revelación de una fuerza desconocida, digna de un estudio serio en cualquier caso.

Los efectos más simples de esta clase son los golpes sin una causa ostensible conocida, así como el movimiento circular de una mesa o de cualquier otro objeto, tanto si se apoyan o no las manos en ellos. No obstante, esos efectos pueden alcanzar proporciones muy extrañas: a veces los golpes se hacen escuchar en todas partes y con una intensidad que se convierte en un verdadero escándalo; los muebles son desplazados, arrojados al suelo, elevados en el aire; los objetos son transportados de un lugar a otro a la vista de todo el mundo; se recorren las cortinas, se sacan con violencia las mantas de las camas, suenan las campanillas. Es comprensible que, cuando ocurren esos fenómenos, algunas personas puedan atribuirlos a un origen diabólico. Un estudio atento ha refutado esa creencia supersticiosa. Retomaremos el asunto más adelante.

Manifestaciones inteligentes

Si los fenómenos que acabamos de referir se limitaran a efectos materiales, nadie dudaría de que se los podría atribuir a una causa puramente física, a la acción de algún fluido cuyas propiedades todavía desconocemos. Pero no ocurre lo mismo cuando esos fenómenos presentan signos incontestables de inteligencia. Ahora bien, si todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente. Es fácil distinguir, en un objeto que se agita, un movimiento simplemente mecánico de un movimiento intencional. Si ese objeto, a través del ruido o del movimiento, produce una señal, es evidente que en eso interviene una inteligencia. Dado que la razón nos dice que el objeto material no es inteligente de por sí, concluimos que es *movido* por

una causa inteligente ajena a él. Tal es el caso de los fenómenos que nos ocupan.

Si las manifestaciones puramente físicas que acabamos de mencionar logran captar nuestro interés, con más razón lo hacen cuando nos revelan la presencia de una inteligencia oculta, porque en tal caso ya no se trata simplemente de un cuerpo inerte que tenemos ante nosotros, sino de un ser capaz de comprendernos, y con el cual podemos establecer un intercambio de ideas. Así pues, se entiende que el modo de experimentación debe ser distinto al que emplearíamos si se tratara de un fenómeno esencialmente material, y que nuestros procedimientos de laboratorio son impotentes para explicar hechos que pertenecen al orden intelectual. Ya no es cuestión de análisis ni de cálculos matemáticos de fuerzas. Ahora bien, ahí radica precisamente el error que cometen la mayoría de los científicos, pues están convencidos de hallarse en presencia de uno de esos fenómenos que la ciencia reproduce a voluntad y sobre los cuales se puede operar del mismo modo que sobre una sal o un gas. Esto no desmerece su saber: apenas decimos que se equivocan al suponer que pueden introducir a los Espíritus en una retorta, como hacen con el espíritu del vino, y que los fenómenos espíritas, tanto como las cuestiones teológicas o de metafísica, no pertenecen al ámbito de las ciencias exactas.

*Manifestaciones aparentes*⁵

Las manifestaciones aparentes más comunes tienen lugar durante el dormir, a través de los sueños: son las visiones.

5. Véase *El libro de los médiums*, §§ 101 a 113. (N. del T.)

Los sueños nunca fueron explicados por la ciencia. Esta los atribuye a un efecto de la imaginación, pero no nos dice qué es la imaginación, ni cómo produce esas imágenes tan claras y nítidas que en ocasiones se nos aparecen. Es como explicar una cosa que no es conocida por medio de otra que tampoco lo es. La cuestión, por lo tanto, queda sin resolver. Se dice que son un recuerdo de las preocupaciones de la vigilia. Con todo, aunque se admitiera esta solución, que nada resuelve, todavía quedaría por saber cuál es el espejo mágico que conserva de ese modo la impresión de las cosas. ¿Cómo se explican, sobre todo, esas visiones de cosas reales que la persona nunca ha visto en estado de vigilia, y en las que incluso nunca pensó? Sólo el espiritismo nos da la clave de ese extraño fenómeno, que pasa desapercibido precisamente por ser común, como sucede con todas las maravillas de la naturaleza que pasamos por alto.⁶ No nos proponemos analizar aquí todas las particularidades que los sueños presentan. Resumiremos diciendo que estos pueden ser: una visión actual de las cosas presentes o ausentes; una visión retrospectiva del pasado; y por último, en algunos casos excepcionales, un presentimiento del futuro. Muchas veces, además, son cuadros alegóricos que los Espíritus ponen delante de nosotros para darnos avisos útiles o consejos saludables, en caso de que sean Espíritus buenos; o para inducirnos a cometer algún error y halagar nuestras pasiones, si son Espíritus imperfectos.

Las personas que vemos en sueños son, pues, auténticas visiones; si soñamos más a menudo con las que ocupan nuestro pensamiento, eso se debe a que el pensamiento es un tipo

6. Véase la palabra *Sueño* en el "Vocabulario". (N. de Allan Kardec.)

de evocación, y mediante él llamamos a los Espíritus de esas personas, ya sea que estén vivas o muertas.

Creemos que estaríamos ofendiendo el buen sentido de nuestros lectores si nos detuviéramos a refutar todo lo que hay de absurdo y ridículo en lo que vulgarmente se denomina interpretación de los sueños.

Las apariciones propiamente dichas se producen en estado de vigilia, y cuando se goza de la plena y completa libertad de las facultades. No cabe duda de que se trata del tipo de manifestaciones más apropiado para excitar la curiosidad, pero también el menos fácil de obtener. Los Espíritus pueden manifestarse ostensiblemente de diversas maneras. A veces lo hacen con la forma de leves llamas o fulgores más o menos brillantes, que no presentan ninguna analogía —ni por su aspecto ni por las circunstancias en las que se producen— con los fuegos fatuos y otros fenómenos físicos cuya causa está perfectamente demostrada. Otras veces, adoptan los rasgos de una persona —conocida o no— acerca de cuya individualidad podemos engañarnos, según las ideas de que estemos imbuidos. En tal caso, se trata de una imagen vaporosa, etérea, que no encuentra ningún obstáculo en los cuerpos sólidos. Los hechos de este tipo son numerosos. No obstante, antes de atribuirlos a la imaginación o a la superchería, es preciso tomar en cuenta las circunstancias en las que se producen, así como la posición y, sobre todo, el carácter del narrador.

En algunos casos, las apariciones se vuelven tangibles, es decir, que adquieren momentáneamente, y sometidas a determinadas circunstancias, las propiedades de la materia sólida. Entonces, su realidad no solo se constata con los ojos, sino también con el tacto. Si bien la aparición simplemente visual se podía atribuir a la ilusión o a una especie de fascina-

ción, la duda ya no es posible cuando se logra tocarla, sujetarla, palparla, y cuando ella misma nos sujeta y nos abraza.⁷

Manifestaciones espontáneas

La mayoría de los fenómenos que acabamos de mencionar, principalmente los que pertenecen al género de las manifestaciones físicas y aparentes, pueden producirse de manera espontánea, es decir, sin que la voluntad intervenga en absoluto. En otras circunstancias, en cambio, pueden ser provocados por la voluntad de personas a las que se denomina médiums, dotadas de un poder especial a tal fin.

Las manifestaciones espontáneas no son raras ni nuevas, y hay pocas crónicas locales que no contemplen alguna anécdota de esa naturaleza. No hay duda de que el miedo ha exagerado muchas veces algunos hechos que, al pasar de boca en boca, alcanzaron proporciones extraordinariamente ridículas. Con la ayuda de la superstición, se ha considerado que las casas donde se producen estos fenómenos son frecuentadas por el diablo, y de ahí han resultado todos los cuentos maravillosos o terribles sobre aparecidos. Por otro lado, la ruindad no dejó pasar tan buena ocasión para explotar la credulidad, casi siempre en beneficio de sus intereses personales. Además, comprendemos la impresión que esos hechos, incluso dentro de los límites de la realidad, pueden producir en caracteres débiles y predispuestos, a través de la educación, a cultivar ideas supersticiosas. El medio más seguro de prevenir los inconvenientes que pudieran generar, ya que no

7. Véase, en la *Revista Espírita* de los meses de marzo, abril y mayo de 1858, el relato y la explicación de las manifestaciones de este tipo. (N. de Allan Kardec.)

es posible impedir que ocurran, consiste en dar a conocer la verdad. Las cosas más simples se vuelven aterradoras cuando ignoramos su causa. Cuando todos se hayan familiarizado con los Espíritus, y las personas a quienes estos se manifiestan ya no crean que los persigue una legión de demonios, nadie les temerá.

Las manifestaciones espontáneas muy raramente se producen en lugares aislados; casi siempre tienen lugar en casas habitadas, y debido a la presencia de ciertas personas que sin saberlo ejercen una influencia. Esas personas son auténticos médiums que ignoran sus facultades, a quienes denominamos, por esta razón, *médiums naturales*. Son, en relación con los demás médiums, lo que los sonámbulos naturales son en relación con los sonámbulos magnéticos, e igualmente dignos de ser observados. Por eso recomendamos, a las personas que se ocupan de los fenómenos espíritas, que registren todos los hechos de ese género de los que tengan conocimiento, pero sobre todo que verifiquen con cuidado su realidad, mediante una observación atenta, a fin de que no sean juguetes de la ilusión o del fraude.

Debemos resguardarnos no sólo de los relatos que se consideren exagerados, sino también de nuestras propias impresiones, y no atribuir un origen oculto a todo lo que escape a nuestra comprensión. Una infinidad de causas muy sencillas y naturales pueden producir efectos aparentemente extraños, y sería una verdadera superstición ver por todas partes Espíritus ocupados en derribar muebles, romper la vajilla y suscitar, en suma, los innumerables accidentes domésticos que es más racional atribuir a la torpeza. En tales casos, es necesario buscar la causa, y se podría apostar cien contra uno a que se descubriría una muy simple allí donde se suponía la inter-

vención de un Espíritu perturbador. Cuando un fenómeno inexplicado se produce, la primera idea que debemos tener es la de que ese fenómeno se debe a una causa material, porque eso es lo más probable, y no admitir la intervención de los Espíritus salvo que se tenga la certeza de ello. Así, por ejemplo, quien reciba una bofetada o un bastonazo en la espalda, sin que nadie se le haya acercado, como ha sucedido, no podrá dudar de la presencia de un ser invisible.

De todas las manifestaciones espíritas, las más simples y frecuentes son los ruidos y los golpes. En estos casos, sobre todo, es preciso resguardarse de una ilusión, ya que una gran cantidad de causas naturales pueden producirlos: el viento que silba o que agita un objeto, algún cuerpo que uno mismo mueve sin darse cuenta, un efecto acústico, un animal oculto, un insecto, etc., e incluso las travesuras de los bromistas de mal gusto. Por otra parte, los ruidos espíritas presentan un carácter particular, y revelan un timbre y una intensidad muy variados, que los hacen fácilmente reconocibles e impiden que sean confundidos con los crujidos de la madera, con las crepitaciones del fuego, o con el monótono tictac de un reloj. Se trata de golpes ora sordos, débiles y suaves, ora nítidos, definidos, a veces retumbantes, que cambian de lugar y se repiten sin ninguna regularidad mecánica. De todos los medios de control, el más eficaz, el que no puede dejar ninguna duda respecto al origen del fenómeno, es la obediencia de este a la voluntad de quien lo observa. Si los golpes se dejan oír en el lugar que uno les indica, si responden a nuestro pensamiento a través de la cantidad o el grado de intensidad, no podemos negarles una causa inteligente. Con todo, la falta de obediencia no siempre constituye una prueba en contrario.

Admitamos ahora que, por medio de una comprobación minuciosa, se adquiriera la certeza de que los ruidos, o cualquier otro efecto, son manifestaciones auténticas: ¿será por eso racional que nos asustemos? Por cierto que no, pues en ningún caso representarían el menor peligro. Sólo se ven afectadas de modo desagradable las personas que están convencidas de que esas manifestaciones son obra del diablo, como sucede con los niños a quienes atemorizamos con el hombre lobo o con el cuco. No obstante, debemos convenir en que esas manifestaciones adquieren, en determinadas circunstancias, proporciones y una persistencia desagradables, de modo que provocan el deseo muy natural de desembarazarse de ellas. Es necesario que demos aquí una explicación al respecto.

Hemos dicho que el objetivo de las manifestaciones físicas es llamar nuestra atención sobre algo y convencernos de la presencia de un poder superior al hombre. También dijimos que los Espíritus elevados no se ocupan de ese tipo de manifestaciones, y que se sirven de los Espíritus inferiores para provocarlas, tanto como nosotros nos servimos de los criados para las tareas pesadas, y eso con el fin que acabamos de señalar. Una vez alcanzado ese fin, la manifestación material cesa, porque ya no es necesaria. Uno o dos ejemplos permitirán comprender mejor la cuestión. Al comienzo de mis estudios sobre espiritismo, estaba cierta noche ocupado en un trabajo relativo a esta materia, cuando escuché golpes alrededor mío durante cuatro horas consecutivas. Era la primera vez que me sucedía algo semejante. Constaté que los golpes no se debían a ninguna causa accidental, pero en esa ocasión fue todo lo que pude saber. Por ese entonces mantenía contactos frecuentes con un excelente médium escribiente, de modo

que al otro día interrogué al Espíritu que se comunicaba por su intermedio acerca de la causa de aquellos golpes. A lo que me respondió:

—*Era tu Espíritu familiar, que deseaba hablar contigo.*

—¿Qué quería decirme?

—Puedes preguntárselo tú mismo, pues está aquí.

Interrogué al Espíritu, que se dio a conocer con un nombre alegórico. (Supe más tarde, a través de otros Espíritus, que pertenece a un ilustre filósofo de la Antigüedad⁸.) Me señaló errores en mi trabajo, y me indicó las *líneas* del manuscrito donde esos errores se encontraban. También me brindó útiles y sabios consejos, y agregó que estaría siempre conmigo y que acudiría a mi llamado cada vez que yo quisiera consultarle algo. De hecho, a partir de entonces ese Espíritu jamás me ha abandonado. Recibí de él muchas pruebas de una gran superioridad, y su intervención *benévola* y *eficaz* a mi favor fue manifiesta, tanto en los asuntos de la vida material, como en lo concerniente a las cuestiones metafísicas. No obstante, desde nuestra primera entrevista los golpes cesaron. ¿Qué deseaba él, en realidad? Ponerse en comunicación regular conmigo, y para eso necesitaba avisarme. No cabe duda de que no había ido en persona a producir ruidos en mi casa, sino que probablemente había encomendado a un emisario a sus órdenes. Una vez que el aviso fue entregado y explicado, y que se establecieron las relaciones regulares, los golpes eran inútiles, y por esa razón cesaron. No se toca más el tambor para despertar a los soldados cuando ya están en pie.

8. En *El libro de los médiums*, § 86, Allan Kardec escribe: "...que pertenece a una categoría muy elevada, y que desempeñó en la Tierra un importante papel". (N. del T.)

Un hecho casi similar ocurrió con uno de nuestros amigos. Hacía algún tiempo que se producían en su cuarto ruidos diversos que se volvieron muy molestos. Cuando se le presentó la ocasión de interrogar al Espíritu de su padre, a través de un médium escribiente, nuestro amigo supo qué querían de él, hizo lo que se le encomendó y a partir de entonces no escuchó más ruidos. Debemos señalar que las personas que disponen de un medio regular y fácil de comunicación con los Espíritus, sólo muy raramente presencian manifestaciones de ese género, lo que es comprensible.

Los Espíritus que se manifiestan de este modo también pueden obrar por cuenta propia. A menudo son Espíritus sufridores que piden asistencia moral (véase *Plegaria* en el “Vocabulario”). Cuando estos pueden traducir su pensamiento de una manera más inteligible, piden esa asistencia con la forma que les resultaba familiar en vida, o bien con la que se corresponde con las ideas y las costumbres de las personas a las que se dirigen, porque esa forma importa poco con tal de que la intención parta del corazón.

En resumen, la manera de hacer que cesen las manifestaciones importunas consiste en tratar de establecer una comunicación inteligente con el Espíritu que viene a perturbarnos, a fin de averiguar quién es y qué desea. Una vez satisfecho su deseo, nos dejará tranquilos. Ocurre del mismo modo que cuando una persona llama a nuestra puerta y no deja de hacerlo hasta que le abrimos. “Sin embargo –nos preguntarán– ¿qué podremos hacer si no contamos con un médium?” ¿Qué es lo que hace un enfermo que no tiene médico? Se las arregla sin él. En el caso que nos ocupa, tenemos otro recurso. El enfermo no puede convertirse de inmediato en médico de sí mismo, pero nueve de cada diez personas pue-

den ser médiums escribientes, de modo que cada cual debe hacer el intento de convertirse en médium, en caso de que no encuentre uno entre los suyos. A falta de un médium escribiente, también se puede interrogar directamente al Espíritu golpeador, que podrá responderos por el mismo medio, es decir, con golpes convenidos. Volveremos sobre este asunto en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO III

Comunicaciones espíritas

Toda manifestación que revele una intención o una voluntad es, por eso mismo —como hemos dicho—, inteligente, en el grado que fuere. Se trata, pues, de una calificación genérica que distingue ese tipo de manifestaciones de las que son puramente materiales. Cuando el desarrollo de esa inteligencia permite un intercambio recíproco y continuo de ideas, se obtienen *comunicaciones* regulares cuyo carácter permite juzgar al Espíritu que se manifiesta. Según su naturaleza y su objeto, esas comunicaciones serán: *frívolas, groseras, serias* o *instructivas*. (Véase el artículo *Comunicaciones* en el “Vocabulario”.) Esta distinción tiene aquí una gran importancia, porque a través de ella los Espíritus nos revelan su superioridad o su inferioridad. Conocemos a los hombres por su lenguaje, y lo mismo ocurre con los Espíritus. Ahora bien, la persona que se encuentre bien compenetrada de las cualidades distintivas de cada una de las clases de la escala espírita, podrá sin esfuerzo asignar a cada Espíritu que se presente la categoría que le corresponda, así como el grado de estima y de confianza que merezca. Si la experiencia no acudiera en apoyo de este principio, el simple buen sentido bastaría para demostrarlo. De tal modo, establecemos como regla invariable y sin excepción, que *el lenguaje de los Espíritus siempre*

tiene relación con el grado de elevación que estos han alcanzado.

El de los Espíritus realmente superiores es constantemente grave, digno y noble, y llega a ser sublime cuando el tema lo exige. No solo dicen únicamente cosas buenas, sino que lo hacen en términos que excluyen del modo más absoluto cualquier trivialidad. Por más buenas que sean esas cosas, si son empañadas por una sola expresión que trasluzca bajeza, esto será un signo indudable de inferioridad, y con más razón si la comunicación en conjunto hiere las conveniencias por su grosería. El lenguaje siempre revela su origen, ya sea por el pensamiento que traduce, o por la forma, de modo que si un Espíritu quiere engañarnos acerca de su pretendida superioridad, bastará con que conversemos durante algún tiempo con él para que muestre la hilacha. El hecho siguiente se ha repetido varias veces en el transcurso de nuestros prolongados y numerosos estudios. Mientras mantenemos contacto con un Espíritu cuyo carácter y lenguaje conocemos, otro Espíritu, más o menos elevado, se hace presente *y, sin que se lo pidamos*, interviene en la conversación. Ahora bien, antes de que este diga su nombre, la diferencia de estilo es tan patente que de inmediato todos decimos: “el Espíritu que habla ya no es el mismo”. Lo mismo se podría decir respecto de los hombres, para lo cual bastaría con escucharlos sin verlos. Suponed que en una habitación contigua a aquella en la que os encontráis, hubiera varios individuos a los que no conocéis ni podéis ver. Por su conversación sabrías de inmediato si son rudos o de buen tono, ignorantes o sabios, malhechores u honrados.

La bondad y la benevolencia son atributos esenciales de los Espíritus purificados. No sienten odio hacia los hombres ni hacia los otros Espíritus. Se quejan de las debilidades, cri-

tican los errores, pero siempre con moderación, sin hiel ni animosidad. Esto, en cuanto a la moral. También podemos juzgarlos por la naturaleza de su inteligencia. Un Espíritu puede ser bueno, bondadoso, enseñar solamente el bien, pero tener conocimientos limitados, porque su desarrollo integral todavía es incompleto. No nos referimos a los Espíritus notoriamente inferiores, pues con estos perderíamos el tiempo si les pidiéramos explicaciones acerca de algunas cosas. Sería como preguntarle a un escolar qué piensa de Aristóteles o del sistema del universo. No obstante, hay algunos que en ciertos aspectos parecen esclarecidos, mientras que sobre otras cuestiones acusan una ignorancia absoluta a través de las herejías científicas más absurdas. Alguno razonará muy sensatamente acerca de un punto, en tanto que dirá disparates respecto de otro. Ocurre con él lo mismo que entre nosotros: un astrónomo es sabio en lo que concierne a los astros, pero puede ser muy ignorante en arquitectura, música, pintura, agricultura, etc. Todo esto denota, evidentemente, un desarrollo imperfecto, lo cual no quiere decir que por eso sea un Espíritu malo.

Para juzgar a los Espíritus, al igual que para juzgar a los hombres, es preciso, en primer lugar, que cada uno sepa juzgarse a sí mismo. Lamentablemente, muchas personas toman sus opiniones personales como medida exclusiva del bien y del mal, de lo verdadero y de lo falso. Todo lo que contradiga su manera de ver, sus ideas y el sistema que han concebido o adoptado, les parece malo. Es evidente que a estos individuos les falta la cualidad primordial para una apreciación sana: la rectitud del juicio. Pero ni siquiera lo sospechan. Ese es el defecto que más nos negamos a reconocer.

Por lo general se cree que, si se interroga al Espíritu de un hombre que en la Tierra ha tenido un conocimiento profundo en alguna especialidad, de él se obtendrá la verdad con mayor certeza. Esto es lógico, pero no siempre es cierto. La experiencia demuestra que los científicos, tanto como los demás hombres, en especial los que dejaron la Tierra recientemente, todavía se encuentran bajo el dominio de los prejuicios de la vida corporal, puesto que no se despojan de inmediato del espíritu de sistema. Por consiguiente, puede suceder que, bajo el influjo de las ideas que alimentaron cuando estaban vivos, y de las cuales hicieron para ellos mismos un título de gloria, vean con menos claridad de lo que creemos. Lejos estamos de presentar este principio como una regla. Sólo decimos que es algo que sucede. Así pues, la ciencia humana que ellos poseen no siempre constituye una prueba de su infalibilidad como Espíritus. Aquellos que —como ocurre a menudo— condenan en estado de Espíritu las doctrinas que habían sostenido como hombres, siempre ofrecen con eso una prueba de elevación. Regla general: *el Espíritu es tanto menos perfecto cuanto menos desprendido se halla de la materia*. Por consiguiente, cada vez que se reconozca en él la persistencia de ideas falsas que cultivó durante la vida, tanto si pertenecen al orden físico como al orden moral, eso será una señal infalible de que no se encuentra completamente desmaterializado.

La tenacidad de las ideas terrestres es tanto mayor cuanto más reciente es la muerte. En el momento de la muerte, el alma *siempre* se encuentra en un estado de turbación durante el cual apenas se reconoce. *Es un despertar incompleto: no sé dónde estoy; todo es confuso para mí*. Tal es su respuesta constante. Algunos Espíritus se quejan de que se los moleste tan

pronto. Otros piden crudamente que se los deje tranquilos y, según su carácter, expresan ese pensamiento en términos más o menos corteses. Muchos no creen estar muertos, principalmente los ajusticiados, los suicidas y, en general, los que han sufrido una muerte violenta. Ven su cuerpo; saben que ese cuerpo les pertenece, pero no comprenden que se han separado de él, y eso los asombra. Les hace falta algún tiempo para darse cuenta de su nueva situación. Por lo tanto, en ese momento, la evocación solo puede realizarse como objeto de estudios psicológicos, pero no es oportuno pedirles informaciones.

Ese estado de confusión, que podemos comparar con el estado transitorio del sueño a la vigilia, persiste durante un lapso más o menos prolongado. Hemos visto Espíritus que se hallaban completamente desprendidos al cabo de tres o cuatro días, en tanto que otros no lo estaban aun después de varios meses. Si seguimos con interés su marcha progresiva, es posible asistir de algún modo al despertar del alma. Las preguntas que les formulamos —si lo hacemos con mesura, prudencia, circunspección y benevolencia—, los ayudan incluso a espabilarse. Si están sufriendo, el hecho de que nos compadezcamos de su dolor los alivia. Cuando la muerte es natural, es decir, cuando ocurre debido a la extinción gradual de las fuerzas vitales, el alma ya se encuentra parcialmente desligada antes de la cesación completa de la vida orgánica, de modo que se reconoce más rápidamente. Lo mismo ocurre en el caso de los hombres que, durante su vida, se han elevado con el pensamiento más allá de las cosas materiales. Ya en este mundo, pertenecen de algún modo al mundo de los Espíritus; su tránsito de uno a otro se produce rápidamente, y la turbación dura poco.

Una vez desprendida *de los restos de sus envolturas corporales*, el alma se encuentra en su estado normal de Espíritu. Solo entonces podemos juzgarla, porque se muestra realmente como es. Sus cualidades, sus defectos e imperfecciones, sus prejuicios y prevenciones, sus ideas falsas, mezquinas o ridículas, persisten sin modificación durante toda su vida errante, aunque esta sea de mil años. Necesita atravesar el tamiz de una nueva vida corporal, para dejar en él algunas de sus impurezas y elevarse algunos grados más. Hemos visto Espíritus que, tras doscientos años de vida errante, aún conservaban las manías y las mezquindades con que se los conoció en la vida corporal, mientras que otros desplegaban casi inmediatamente una gran superioridad.

Respecto del estado de transición que acabamos de describir, nos hemos referido a los Espíritus sufridores, de modo que será lógico preguntarse si ese momento es doloroso. No forma parte de nuestro plan tratar la cuestión del sufrimiento de los Espíritus, como tampoco, y sobre todo, examinar la naturaleza de ese sufrimiento. Dicha cuestión tendrá un espacio en la *Revista Espírita*. Por lo tanto, nos limitaremos a decir que, para el hombre de bien, para aquel que se duerme en la paz de una conciencia pura y no teme ninguna mirada escrutadora, el despertar es siempre tranquilo, suave y apacible. En cambio, para aquel cuya conciencia está cargada de malas acciones, para el hombre material que ha puesto todas sus alegrías en la satisfacción de su cuerpo, para aquel que ha hecho mal uso de los favores que la Providencia le concedió, el despertar es terrible. En efecto, esos Espíritus sufren en el momento en que dejan la vida corporal. Sufren mucho, y ese sufrimiento puede durar tanto como su vida errante. Si bien es tan solo moral, ese sufrimiento no deja de ser punzante,

porque no siempre pueden ver su término. Sufren hasta que un rayo de esperanza ilumina sus ojos, y nosotros podemos infundirles esa esperanza al conversar con ellos. Las palabras bondadosas y las muestras de cariño son para ellos un alivio, al que pueden contribuir los Espíritus buenos que reciben nuestra llamada de auxilio para que secunden nuestras intenciones. Un suicida, al que evocamos poco después de su muerte, nos describía sus torturas:

—¿Cuánto durará esto? —le preguntamos.

—No sé nada, y eso es lo que me desespera.

Entonces, un Espíritu superior, que se hallaba presente, intervino de manera espontánea y dijo:

—Esto durará hasta el término natural de la vida que él interrumpió voluntariamente.

—¡Gracias! —dijo el suicida—, por lo que acaba de enseñarme *el que está ahí*.

Concluiremos este capítulo con una observación esencial. El panorama que acabamos de trazar no es el resultado de una teoría ni de un sistema filosófico más o menos ingeniosos. Todo lo que hemos señalado lo obtuvimos de los propios Espíritus. Los hemos interrogado, y a menudo nos respondieron de una manera contraria a nuestras convicciones iniciales. Hemos hecho, respecto de los Espíritus, lo que un anatomista hace con el cuerpo humano: introdujimos el escalpelo de la investigación en innumerables sujetos; no nos conformamos con lograr que hablaran, sino que sondeamos los repliegues de su existencia, al menos hasta donde pudimos llegar. Los hemos seguido desde el instante en que exhalaban el último suspiro de la vida corporal, hasta el momento en que volvían a ella. Estudiamos su lenguaje, sus hábitos y

sus costumbres, sus pensamientos y sus sentimientos, como el médico ausculta a un enfermo. Y en esa clínica moral, en la que todas las etapas de la vida espírita desfilaron ante nuestros ojos, hemos observado y comparado. Hemos visto, de un lado, llagas repugnantes; aunque también, del otro, grandes motivos de consolación. Una vez más afirmamos que nosotros no hemos imaginado todas estas cosas, sino que los Espíritus se han descrito a sí mismos. Ahora bien, para todo aquel que desee ponerse en contacto con ellos, es importante que los conozca bien, a fin de que se halle en condiciones de evaluar su situación y comprender mejor su lenguaje, que de lo contrario a veces podría resultar contradictorio. Por este motivo nos hemos extendido un poco más en el presente capítulo.

CAPÍTULO IV

Diferentes modos de comunicación

Los Espíritus pueden comunicarse con nosotros por diferentes medios, que ya hemos definido en el *Vocabulario*, de modo que ahora desarrollaremos los conocimientos necesarios para ponerlos en práctica.

Sematología y tiptología

Al principio se empleaba una mesa para este medio de correspondencia, tan solo porque se trata de un objeto cómodo, dado que nos resulta fácil colocarnos alrededor de él, y porque es el primero con el que se produjeron los movimientos que dieron lugar a la expresión burlesca de *danza de las mesas*. Con todo, es importante saber que una mesa no ejerce al respecto una influencia mayor que la de cualquier otro objeto móvil. Vamos a considerar el fenómeno en su aspecto más simple.

Si una persona apoya la punta de los dedos en el borde de un objeto circular y móvil, como una copa, un plato, una bandeja, un sombrero, un vaso, etc., y, en esa posición, concentra su voluntad en dicho objeto para lograr que se mueva, podrá ocurrir que este comience a agitarse con un movimien-

to rotatorio, al principio lento, y luego cada vez más rápido, a tal punto que resulte dificultoso seguirlo. El objeto girará a la derecha o a la izquierda, conforme a la dirección que la persona haya indicado verbal o mentalmente. Una vez establecida la comunicación fluídica entre la persona y el objeto, aquella podrá producir el movimiento de este sin contacto, obrando tan solo con el pensamiento. Hemos dicho que eso *podrá* ocurrir, porque, en efecto, no existe la certeza absoluta de que se tenga éxito. En tal sentido, algunas personas se hallan dotadas de tanto poder que el movimiento se produce al cabo de algunos segundos; otras solo lo obtienen después de cinco o diez minutos; en tanto que otras no obtienen nada en absoluto. Fuera de la experiencia no existe un diagnóstico que permita reconocer la aptitud para producir este fenómeno. La fuerza física no interviene en él para nada, pues las personas débiles y delicadas suelen obtener más que los hombres vigorosos. Se trata de un ensayo que cada uno puede realizar sin ningún peligro, aunque a veces resulten de él un cansancio muscular bastante intenso y una especie de agitación febril.

Si la persona se halla dotada de un poder suficiente, podrá por sí sola hacer que gire una mesa liviana. A veces incluso podrá obrar sobre una mesa pesada y maciza. No obstante, para esto hace falta un poder excepcional.

Para obrar con mayor seguridad sobre una mesa de cierto peso, varias personas se colocan alrededor. La cantidad es indiferente, como tampoco es necesario alternar los sexos, ni establecer un contacto entre los dedos de los asistentes. Basta con apoyar la punta de los dedos en el borde de la mesa, ya sea de plano, o como sobre las teclas de un piano. Nada de esto reviste importancia alguna. En cambio, hay

otras condiciones esenciales que son más difíciles de cumplir, tales como: la concentración del pensamiento de *la totalidad de los presentes*, con miras a obtener un movimiento en un sentido o en otro; un recogimiento y un silencio absolutos y, sobre todo, una gran paciencia. El movimiento se produce a veces a partir de los cinco o diez minutos, pero a menudo hay que resignarse a esperar media hora o más. Si después de una hora no se obtuvo nada, es inútil continuar.

Debemos agregar que algunas personas son refractarias a este fenómeno, y que mediante su sola presencia pueden ejercer una influencia negativa; otras, son completamente neutras. Por lo general, cuanto más reducida es la cantidad de espectadores, mejor es el resultado, ya sea porque las posibilidades de que haya personas refractarias son menores, o bien porque el silencio y el recogimiento se logran más fácilmente.

El fenómeno siempre es provocado por el efecto de la aptitud especial de algunas de las personas que intervienen, cuyo poder se multiplica por la cantidad de estas. Cuando ese poder es suficientemente grande, la mesa no se limita a girar: se agita, se levanta, se yergue sobre una sola pata, se balancea como un navío, e incluso llega a despegarse del suelo sin un punto de apoyo. Algo notable es que, sea cual fuere la inclinación de la mesa, los objetos apoyados en ella no se caen, e incluso una lámpara no corre ningún riesgo. Un hecho no menos singular consiste en que, mientras la mesa se mantiene inclinada, apoyando en el suelo una sola pata, puede llegar a ofrecer tanta resistencia que el peso de una persona no alcanza para vencerla.

Cuando se ha logrado producir un movimiento enérgico, el contacto de las manos deja de ser necesario: es posible

apartarse de la mesa, que entonces se mueve a la derecha o a la izquierda, avanza o retrocede, se dirige hacia una persona designada, se eleva apoyándose en una u otra pata, conforme a la orden que se le haya impartido.

Hasta aquí, estos fenómenos no presentan ningún carácter esencialmente inteligente, aunque no por eso dejan de ser dignos de observación, como producto de una fuerza desconocida. Además, son adecuados para convencer a las personas que no accederían mediante demostraciones filosóficas. Se trata, en la ciencia espírita, del primer paso que nos conduce naturalmente hacia los medios de comunicación.

El más simple de esos medios es, como en el hombre que se halla privado de la palabra o de la escritura, el lenguaje de los signos. Un Espíritu puede comunicar su pensamiento a través del movimiento de algún objeto. Conocemos a alguien que conversa con su Espíritu familiar —el de una persona a la que amó mucho— por medio del primer objeto que encuentre a su alcance, como la regla o el cortapapeles de su escritorio. Apoya sus dedos en la regla y, después de evocar a dicho Espíritu, esta se mueve a la derecha o a la izquierda para decir *sí* o *no* según lo convenido, para indicar números, etc. El mismo resultado se obtiene con una mesa o un velador: una o varias personas colocan los dedos en el borde y, luego de llamar a un Espíritu, en caso de que este se halle presente y considere oportuno manifestarse, la mesa se eleva, descende, se agita, y a través de sus movimientos a derecha e izquierda, o basculantes, responde de manera afirmativa o negativa. Mediante ese golpeteo, expresa alegría, impaciencia, e incluso cólera. A veces, es derribada violentamente o se precipita hacia uno de los asistentes, como si la empujara una mano invisible, y en ese movimiento se reconoce la expresión

de un sentimiento de cariño o de antipatía. Cierta noche, un amigo nuestro se hallaba en su sala de visitas ocupado en las manifestaciones de esta clase. Había recibido una carta; mientras la leía, el velador avanzó hacia él y se acercó a la carta, cosa que hizo espontáneamente y sin la influencia de nadie. Una vez que concluyó la lectura, nuestro amigo fue a colocar la carta sobre una mesa que se encontraba en el lado opuesto de la sala. El velador lo siguió, y se precipitó sobre la carta. Nuestro amigo concluyó de ahí que se hallaba presente un Espíritu recién llegado, que simpatizaba con el autor de la carta⁹ y que deseaba comunicarse con él. Al interrogarlo por medio del velador, confirmó sus previsiones. Esto es lo que denominamos *sematología* o lenguaje de los signos.

La *tiptología*, o lenguaje mediante golpes, brinda una mayor precisión. Se obtiene de dos modos muy diferentes. El primero, que denominamos *tiptología por movimiento*, consiste en los golpes que la propia mesa da con una de sus patas. Esos golpes pueden responder *sí* o *no*, según la cantidad convenida para expresar uno u otro. Como se comprenderá, las respuestas son muy incompletas; están sujetas a equivocaciones, y son poco convincentes para los principiantes, porque siempre es posible atribuir las a la casualidad.

La *tiptología interna* se produce de una manera distinta. La mesa ya no golpea, sino que se mantiene completamente inmóvil, y los golpes resuenan en la sustancia misma de la madera, de la piedra o de cualquier otro cuerpo, y a menudo con bastante fuerza para que se la escuche desde una habitación contigua. Si se aplica el oído o la mano en cualquier

9. El autor de la carta era Allan Kardec. Véase el mismo relato, con más detalles, en *El libro de los médiums*, § 141. (N. del T.)

parte de la mesa, se siente que vibra por completo, desde las patas hasta la tabla. Este fenómeno se obtiene procediendo del mismo modo que para hacer que la mesa se mueva, con la diferencia de que el movimiento puro y simple puede ocurrir sin evocación, mientras que para los golpes casi siempre hace falta llamar a un Espíritu.

En estos golpes se reconoce la intervención de una inteligencia por el hecho de que obedecen al pensamiento. De tal modo, según el deseo expresado verbal o mentalmente, cambian de lugar, se hacen escuchar por tal o cual persona designada, recorren la mesa, resuenan con mayor o menor intensidad, imitan el eco, o el ruido de la sierra, del martillo, del tambor, del fuego de fusiles, marcan el ritmo de una música designada, indican la hora o la cantidad de personas presentes, etc.; o bien dejan la mesa para hacerse escuchar en la pared, la puerta u otro lugar convenido. Por último, responden *sí* o *no* a las preguntas que se les formulan. Estas experiencias son más bien un motivo de curiosidad, toda vez que no implican comunicaciones serias. Los Espíritus que se manifiestan de ese modo son, por lo general, de un orden inferior. Los Espíritus serios no se prestan a esos juegos, al igual que, entre nosotros, los hombres circunspectos no se dedican a los malabarismos de los saltimbanquis. Cuando se los interroga al respecto, responden con esta pregunta: “¿Acaso entre vosotros los hombres superiores hacen bailar a los osos?”

La *tiptología alfabética* nos ofrece un medio de correspondencia más fácil y completo. Consiste en la designación de letras del alfabeto mediante un número de golpes que se corresponde con cada letra, de modo tal que se formen palabras y frases. Con todo, debido a su lentitud, este medio presenta el gran inconveniente de no prestarse a desarrollos de cierta

extensión. De todos modos, en muchos casos se lo abrevia, pues a menudo basta con conocer las primeras letras de una palabra para saber cómo termina, y entonces se le impide que la complete. Ante la duda, se pregunta si esa palabra es la que se supone, y el Espíritu responde *sí* o *no* con el signo convencional.

La tiptología alfabética se puede obtener con los dos medios que acabamos de señalar: los golpes que da la mesa, y los que se hacen escuchar en la sustancia de un cuerpo duro. Para las comunicaciones un tanto serias, preferimos el primero, por dos razones: una, porque de algún modo es más manejable y cuenta con una gran cantidad de personas aptas para eso; la otra, por la naturaleza de los Espíritus. En la tiptología interna, los Espíritus que se manifiestan son por lo general aquellos a los que se denomina *golpeadores*: Espíritus frívolos, a veces muy divertidos, pero siempre muy ignorantes. Estos pueden ser los agentes de Espíritus serios, conforme a las circunstancias, pero muy a menudo actúan espontáneamente y por su propia cuenta; mientras que la experiencia demuestra que los Espíritus de los otros órdenes prefieren comunicarse a través del movimiento.

En todo caso, la tiptología alfabética es un modo de comunicación del que los Espíritus superiores se valen con pesar, y solo a falta de algo mejor. Prefieren lo que se presta a la rapidez del pensamiento y, debido a esa lentitud que los impacienta, *abrevian sus respuestas*. Nuestro lenguaje les resulta demasiado lento de por sí, y con más razón cuando el medio incrementa esa lentitud.

Psicografía

La ciencia espírita ha progresado como las demás ciencias, e incluso más rápidamente que estas. Apenas algunos años nos separan de la época en que se empleaban esos medios primitivos e incompletos, a los que trivialmente se daba el nombre de *mesas parlantes*, y ya nos podemos comunicar con los Espíritus tan fácil y rápidamente como lo hacen los hombres entre sí, y por los mismos medios: la escritura y la palabra. La escritura tiene, sobre todo, la ventaja de indicar, de un modo más material, la intervención de un poder oculto, y de dejar trazos que se pueden conservar, como hacemos con nuestra propia correspondencia. El primer medio es el de las tablillas y cestas a las que se fija un lápiz. Los Espíritus mismos lo indicaron. Se usan del siguiente modo:

Ya hemos dicho, al comienzo de este capítulo, que una persona, dotada de una aptitud especial, puede imprimir un movimiento de rotación a un objeto cualquiera. Tomemos, por ejemplo, una pequeña cesta de quince a veinte centímetros de diámetro (de madera o de mimbre, pues el material poco importa). Hagamos pasar un lápiz por el fondo de la cesta, con la punta hacia afuera y hacia abajo, y ajustémoslo con firmeza. Pongamos los dedos en la cesta, y mantengamos el conjunto en equilibrio sobre la punta del lápiz, apoyándolo sobre una hoja de papel. La cesta se pondrá en movimiento, pero en lugar de girar como un trompo, hará que el lápiz recorra el papel en distintos sentidos, trazando garabatos sin significado o signos de escritura. Si un Espíritu es evocado, y quiere comunicarse, ya no responderá con un *sí* o un *no*, sino con palabras y frases completas. Con este dispositivo, una vez que llegó al final del renglón, el lápiz no vuelve al margen para comenzar otro, sino que se mueve formando círculos,

de modo que la línea escrita forma una espiral. Esto nos obliga a girar el papel varias veces para leer lo que se escribió. La escritura obtenida de ese modo no siempre es muy legible, pues las palabras no quedan separadas. No obstante, por una especie de intuición, el médium la descifra fácilmente. Por economía, el papel y el lápiz común pueden ser sustituidos por una pizarra y un pizarrín. Designaremos esta clase de cesta con el nombre de *cesta-trompo*.

Se han imaginado muchos otros dispositivos para obtener el mismo resultado. El más cómodo es el que denominamos *cesta de pico*, que consiste en adaptar a la cesta una vara de madera, inclinada, que sobresalga del borde unos diez o quince centímetros, en posición semejante a la del mástil de bauprés de un velero. A través de un agujero abierto en el extremo de la vara, o pico, se pasa el lápiz con el largo suficiente para que su punta se apoye en el papel. Cuando el médium pone los dedos en el borde de la cesta, todo el aparato se agita, y el lápiz escribe como en el caso anterior, aunque con la diferencia de que, en general, la escritura es más legible y las palabras están separadas, formando líneas paralelas, como en la escritura común, dado que el lápiz se transporta por sí mismo de un renglón al otro¹⁰. De este modo se obtienen disertaciones de muchas páginas, tan rápidamente como si fueran escritas con la mano.

La inteligencia que actúa se manifiesta con frecuencia mediante otras señales inequívocas. Al llegar al final de la página, el lápiz hace espontáneamente un movimiento para dar vuelta la hoja. Si el Espíritu desea hacer referencia a un

10. En *El libro de los médiums*, § 154, el autor modifica el final de esta oración: "(...) dado que el médium puede llevar el lápiz de un renglón al otro con facilidad". (N. del T.)

párrafo ya escrito, en la misma página o en otra, lo busca con la punta del lápiz, como lo haría cualquier persona con los ojos¹¹, y después lo subraya. Si quiere dirigirse a uno de los presentes, lo señala con el extremo de la vara de madera. Y para abreviar, expresa a menudo las palabras *sí* y *no* con los movimientos de afirmación y negación, como los que hacemos con la cabeza. De todos los procedimientos empleados, este es el que ofrece la escritura más variada, según el Espíritu que se manifiesta, y a menudo una escritura igual a la que tuvo en vida, si ha dejado la Tierra hace poco.

En vez de la cesta, algunas personas se valen de una especie de mesa en miniatura, hecha a propósito, de doce a quince centímetros de diámetro por cinco a seis de altura, con tres patas, a una de las cuales se adapta el lápiz. Otros se valen simplemente de una tablilla, sin patas. En uno de los bordes hay un agujero para introducir el lápiz. Colocada en posición de escribir, la tablilla queda inclinada y se apoya en el papel por uno de los lados. Se comprende, por otra parte, que estos dispositivos nada tienen de definitivo. El mejor de ellos será el que resulte más cómodo.

Con cualquiera de esos aparatos, casi siempre son necesarios dos operadores; pero basta con que sólo uno de ellos esté dotado de la facultad mediúmnica. El otro colabora únicamente para mantener el equilibrio del aparato y aliviar el cansancio del médium.

Denominamos *psicografía indirecta* a la escritura obtenida de ese modo, en contraposición a la *psicografía directa* o escritura obtenida por la propia mano del médium. Para

11. En *El libro de los médiums*, § 155, el autor reemplaza “los ojos” por “el dedo”. (N. del T.)

comprender este último procedimiento, es necesario considerar lo que sucede durante la operación. El Espíritu que se comunica actúa sobre el médium, y este, bajo esa influencia, acciona *automáticamente* el brazo y la mano para escribir, sin tener —por lo menos en el caso más común— la menor conciencia de lo que escribe. Así, la mano actúa sobre la cesta, y la cesta sobre el lápiz. Por lo tanto, *no es que la cesta se ha vuelto inteligente*, sino que es un instrumento accionado por una inteligencia, y en realidad no es más que un lapicero, un apéndice de la mano, un intermediario inerte entre la mano y el lápiz. Si suprimimos ese intermediario, colocando el lápiz directamente en la mano del médium, tendremos el mismo resultado, pero con un mecanismo mucho más simple, pues el médium se pondrá a escribir como lo hace en condiciones normales. De ese modo, toda persona que escribe con el auxilio de una cesta, una tablilla o cualquier otro objeto, también puede hacerlo directamente. De todos los medios de comunicación, este es indudablemente el más simple, el más fácil y cómodo, porque no requiere de ningún preparativo, y se presta, como la escritura común, a las más extensas disertaciones. Volveremos a tratar sobre este asunto cuando hagamos referencia a los médiums.

La *pneumatografía* es la escritura directa de los Espíritus. Cuando este fenómeno se produjo por primera vez (al menos en nuestra época, porque nada prueba que no se lo haya conocido en la Antigüedad y en la Edad Media, como ocurre con los otros tipos de manifestaciones), despertó dudas muy lógicas. No obstante, en la actualidad, es un hecho comprobado. Alguien muy digno de fe nos afirmó que un canónigo pariente suyo, junto con el abate Faria, obtenía ese tipo de escritura, en París, desde el año 1804. Por su parte, el señor

barón de Guldenstubbe acaba de publicar sobre este tema una obra muy interesante¹², que incluye numerosas autografías de dicha escritura. Ha sido él, de algún modo, quien la puso en conocimiento público, y muchas otras personas –según él– han obtenido los mismos resultados. Al comienzo, se colocaba una hoja de papel y un lápiz en la tumba, bajo la estatua o el retrato de algún personaje, y al día siguiente, a menudo al cabo de algunas horas, en el papel se encontraba escrito un nombre, una frase, y a veces signos inteligibles. Es evidente que ni la tumba, ni la estatua, ni el retrato, ejercían una influencia por sí mismos; simplemente eran un medio de evocación a través del pensamiento. En la actualidad, basta con colocar el papel, con o sin el lápiz, en un cajón o en una caja que se puedan cerrar con llave, y adoptar las precauciones necesarias para evitar cualquier superchería; del tal modo, tras evocar al Espíritu se obtiene el mismo resultado.

Este fenómeno es indiscutiblemente uno de los más extraordinarios que presentan las manifestaciones espíritas, así como uno de los que demuestran de manera perentoria la intervención de una inteligencia oculta. Con todo, no podría reemplazar a la psicografía (al menos hasta ahora) para los desarrollos que algunos temas requieren. Si bien con él se obtiene la expresión de un pensamiento espontáneo, consideramos que difícilmente pueda prestarse para las conversaciones y el rápido intercambio de ideas que el otro medio

12. En *El libro de los médiums*, (nota al pie del § 147), Allan Kardec cita dicha obra: “*La realidad de los Espíritus y de sus manifestaciones, demostrada por el fenómeno de la escritura directa [La réalité des Esprits et de leurs manifestations, démontrée par le phénomène de l’écriture directe]*. Por el Sr. barón de Guldenstubbe, 1 vol. in-8º, con 15 grabados y 93 facsímiles. Precio: 8 fr. París: Franck (calle Richelieu). Se consigue también en Le-doyen.” (N. del T.)

conllea. Por otra parte, la obtención de este fenómeno es muy poco común, mientras que los médiums escribientes son muy numerosos.

A primera vista, parece difícil comprender un hecho tan anormal. No podemos incluir su desarrollo en este plan, pues para eso habría que remontarse a la fuente de otros fenómenos, de los cuales este es una consecuencia. La explicación completa se encontrará en la *Revista espírita*, y se verá que, mediante una deducción lógica, se llega al resultado naturalmente.

Por último, los Espíritus nos transmiten su pensamiento mediante la voz de algunos médiums dotados de una facultad especial para tal fin; es lo que denominamos *psicofonía*. Este medio cuenta con todas las ventajas de la psicografía, por la rapidez y la extensión de los desarrollos. Agradece mucho a los Espíritus superiores, pero es posible que, para las personas que dudan, presente el inconveniente de no demostrar de manera bastante evidente la intervención de una inteligencia distinta a la del médium. Es conveniente, sobre todo, para los que, ya suficientemente instruidos acerca de la realidad de los hechos, se valen de ella como complemento de sus estudios y no tienen necesidad de acrecentar su convicción.

Acabamos de bosquejar los diferentes medios de comunicación directa con los Espíritus. Hemos designado esos medios con nombres característicos, que abarcan todas sus variedades e incluso sus matices, de modo que podamos expresarnos mejor que con perífrasis que no contienen nada definido ni metódico. Al comienzo de las manifestaciones, cuando las ideas al respecto eran menos precisas, varios escritos fueron publicados con estas expresiones: “comunicaciones de una cesta”, “mediante una tablilla” o “de las mesas

parlantes”, etc. En la actualidad, se comprende cuán insuficientes o erróneas eran esas expresiones, incluso sin considerar su carácter poco serio. En efecto, como acabamos de ver, las mesas, las tablillas y las cestas, no son sino instrumentos inertes que no pueden comunicar nada por sí mismos. En este caso, se toma el efecto por la causa, el instrumento por el principio; ocurriría lo mismo que si un autor colocara, debajo del título de su obra, que esta fue escrita con una pluma metálica o una pluma de ganso. Por otra parte, esos instrumentos no son indispensables; conocemos a una persona que, en vez de la *cesta-trompo*, que acabamos de describir, se valía de un embudo, a través de cuyo canuto pasaba el lápiz. Así pues, también habríamos podido contar con las “comunicaciones de un embudo”, “de una cacerola” o “de una ensaladera”. Si las comunicaciones ocurren por medio de golpes, y esos golpes son provocados por una silla o un bastón, ya no se trata de una “mesa parlante”, sino de una “silla parlante” o un “bastón parlante”. Lo que importa conocer no es la naturaleza del instrumento, sino de qué modo se obtiene la comunicación. Si esta ocurre por medio de la escritura, sea cual fuere el portalápiz que se utilice, para nosotros es psicografía; si ocurre a través de golpes, es tiptología. Dado que el espiritismo adquiere las proporciones de una ciencia, requiere un lenguaje científico.

CAPÍTULO V

Acerca de los médiums

Toda persona que siente, con mayor o menor intensidad, la influencia de los Espíritus es médium. Esa facultad es inherente al hombre, de modo que no constituye un privilegio exclusivo, y son pocos los que no poseen algunos rudimentos de ella. Por consiguiente, se puede decir que todas las personas, poco más o menos, son médiums. Sin embargo, en la práctica, esa calificación sólo se aplica a aquellos en quienes la facultad mediadora está netamente caracterizada y se pone de manifiesto a través de efectos patentes, cuya intensidad es indudable, lo que depende de una organización más o menos sensitiva. Hay que señalar, además, que esta facultad no se revela en todos de la misma manera. Por lo general, cada médium tiene una aptitud especial para tal o cual orden de fenómenos, de modo que existen tantas variedades de médiums como especies de manifestaciones. (Véase *Médium* en el “Vocabulario”.) Entraremos en algunos detalles respecto de los que pueden dar lugar a observaciones esenciales.

Médiums de efectos físicos
Médiums naturales y Médiums facultativos

Los médiums de efectos físicos son los que poseen una aptitud más especial para la producción de fenómenos materiales. En esta clase encontramos principalmente a los *médiums naturales*, aquellos cuya influencia se ejerce sin que ellos lo sepan. No tienen conciencia de su poder y, a menudo, lo que sucede de anormal alrededor suyo no les parece en modo alguno extraordinario, pues forma parte de ellos mismos, como en el caso de las personas dotadas de doble vista, que ni siquiera lo sospechan. Esos sujetos son muy dignos de observación, y no debemos dejar de reunir y estudiar los hechos de esa clase que lleguen a nuestro conocimiento. Se manifiestan a cualquier edad, y muchas veces en niños pequeños.

Esta facultad no constituye, de por sí, el indicio de un estado patológico, ya que no es incompatible con una salud perfecta. Si aquel que la posee está enfermo, eso se debe a una causa ajena a la mediumnidad. Por eso los recursos terapéuticos empleados son impotentes para hacerla desaparecer. En algunos casos, puede surgir después de una cierta debilidad orgánica, pero esta nunca es su causa eficiente. No existe, por lo tanto, desde el punto de vista de la salud, ninguna razón para inquietarnos. La mediumnidad sólo podría causar algún problema si el sujeto que la posee abusara de ella después de haberse convertido en médium facultativo, porque en ese caso podría haber una emisión demasiado abundante de fluido vital, con el consecuente debilitamiento del organismo.

Es necesario abstenerse, en especial, de *toda experimentación física*, que siempre es perjudicial para las organizaciones

sensitivas. Ahí reside el peligro, dado que podría generar graves desórdenes en la economía orgánica. La razón se revela ante la imagen de las torturas morales y corporales a las que se ha sometido a veces a personas débiles y delicadas, con el fin de asegurarse de que no existía engaño de parte de ellas. Realizar semejantes pruebas es jugar con la vida. El observador de buena fe no necesita emplear esos medios. Aquel que está familiarizado con fenómenos de esa especie sabe, además, que corresponden al orden moral más que al físico, y que sería inútil buscar su solución en nuestras ciencias exactas.

Precisamente porque esos fenómenos son de orden moral, se debe evitar con un cuidado no menos escrupuloso todo lo que pueda sobreexcitar la imaginación. Como se sabe, el miedo puede ocasionar muchos accidentes, de modo que se cometerían menos imprudencias si se conocieran todos los casos de locura y epilepsia cuyo origen se encuentra en las leyendas de lobisones y de cucos. ¿Qué sucedería, pues, si las personas fueran convencidas de que detrás de esos fenómenos está el diablo? Quienes propagan semejantes ideas no saben la responsabilidad que asumen, pues pueden matar. Ahora bien, el peligro no existe sólo para el sujeto, sino también para los que lo rodean, que pueden quedar aterrorizados al pensar que la casa donde viven se ha convertido en una guarida de demonios. Esta creencia funesta fue la que causó tantos actos de atrocidad en los tiempos de ignorancia. Con todo, si los responsables de esos actos hubiesen tenido un poco más de discernimiento, deberían haber pensado que, por más que quemaran los cuerpos supuestamente poseídos por el diablo, no podrían quemar al propio diablo. Si lo que querían era librarse de él, a él debían dar muerte. La doctri-

na espírita, al ilustrarnos acerca de la verdadera causa de los fenómenos mediúnicos, le dio al diablo el golpe de gracia. Así pues, lejos de estimular aquella creencia, todas las personas —y este es un deber moral y humanitario— deben combatirla, dondequiera que exista.

Lo que se debe hacer cuando una facultad de esa naturaleza se desarrolla espontáneamente en un individuo, es dejar que el fenómeno siga su curso natural: la naturaleza es más prudente que los hombres. Por otra parte, la Providencia tiene sus planes, y el más humilde de los seres puede servir de instrumento a los designios más importantes. No obstante, debemos convenir en que algunas veces ese fenómeno asume proporciones agobiantes e inoportunas para todo el mundo. Veamos el modo como hay que proceder en todos los casos¹³. A partir del principio según el cual el objetivo de las manifes-

13. Uno de los hechos más extraordinarios de esta naturaleza, por la variedad y la rareza de los fenómenos, es sin duda el que ocurrió en 1852, en Bergzabern, cerca de Wissembourg (Palatinado - Baviera renana). Es tanto más notable porque reúne, en el mismo individuo, casi todos los géneros de manifestaciones espontáneas: estruendos que sacuden la casa, caída de muebles, objetos arrojados a distancia por manos invisibles, visiones y apariciones, sonambulismo, éxtasis, catalepsia, atracción eléctrica, gritos y sonidos aéreos, instrumentos musicales que suenan sin contacto, comunicaciones inteligentes, etc. Además, no es menos importante destacar que estos hechos han sido comprobados, durante casi dos años, por numerosos testigos oculares, dignos de fe tanto por su saber como por la posición social que ocupaban. El relato auténtico de esos fenómenos fue publicado, en aquella época, en muchos periódicos alemanes y, especialmente, en un folleto que hoy se ha agotado y es rarísimo. En la *Revista Espírita* de 1858 se encuentra la traducción completa de ese folleto, con los comentarios y explicaciones necesarias. Según sabemos, se trata de la única publicación francesa que lo registra. Además del interés fascinante que esos fenómenos despiertan, son ellos eminentemente instructivos desde el punto de vista del estudio práctico del espiritismo. (N. de Allan Kardec.)

taciones físicas espontáneas consiste en llamar nuestra atención sobre algo, resulta necesario conocer ese objetivo, y para eso hay que interrogar al Ser invisible que desea comunicarse. Al respecto, presentamos una explicación en el capítulo de las manifestaciones. El Espíritu puede querer algo para sí mismo o para la persona a través de la cual se manifiesta. En uno u otro caso, es probable —como ya hemos dicho— que, si se lo satisface, ponga fin a sus visitas. Por otra parte, veamos otro medio fundado, como el precedente, en la observación de los hechos.

Los Seres invisibles que revelan su presencia por medio de efectos sensibles son, por lo general, Espíritus de orden inferior, que pueden ser dominados mediante el ascendiente moral. Ese ascendiente es el que debemos tratar de adquirir. Así pues, lejos de someternos a sus caprichos, es necesario oponerles nuestra voluntad y obligarlos a obedecer, lo cual no impide que condescendamos a las demandas justas y legítimas que podrían hacernos.

Para obtener ese ascendiente, es necesario hacer que el sujeto pase del estado de *médium natural* al de *médium facultativo*. Se produce, entonces, un efecto análogo al que se observa en el sonambulismo. Como se sabe, el sonambulismo natural cesa generalmente cuando es sustituido por el sonambulismo magnético. No se interrumpe la facultad que permite al alma emanciparse, sino que se le da otro curso. Lo mismo sucede con la facultad mediadora. Con ese fin, en vez de obstaculizar los fenómenos —lo que raramente se consigue y que no siempre está exento de peligro—, es preciso estimular al médium a que los produzca según su voluntad, imponiéndose al Espíritu. De ese modo, el médium llega a someterlo, haciendo de ese dominador, a veces tiránico, un

ser subordinado y a menudo muy dócil. Un hecho digno de nota, confirmado por la experiencia, es que en ese caso un niño tiene tanta autoridad como un adulto, y a veces más que este. Esa es otra prueba a favor de un punto fundamental de la doctrina espírita: el Espíritu sólo es niño a causa de su cuerpo, y posee un desarrollo necesariamente anterior a su encarnación actual, desarrollo que le puede dar ascendiente sobre los Espíritus que son inferiores a él.

Médiums facultativos

Los médiums facultativos son los que tienen conciencia de su poder y producen fenómenos espíritas mediante un acto de su voluntad. Aunque inherente a la especie humana, conforme ya hemos dicho, esta facultad está lejos de existir en todos con la misma intensidad. No obstante, si bien son pocas las personas en las que es absolutamente nula, más raras aún son las que tienen aptitud para producir los grandes efectos, como la suspensión de cuerpos pesados en el espacio, la traslación aérea y, sobre todo, las apariciones. Los efectos más simples son la rotación de un objeto, los golpes producidos mediante el levantamiento de ese objeto, o en su propia sustancia. A pesar de que no atribuimos una gran importancia a esos fenómenos, recomendamos que no se los descuide, porque pueden dar lugar a observaciones interesantes y contribuir al convencimiento de quienes los presencien.¹⁴ De todos modos, conviene notar que la facultad de producir efectos materiales raramente existe en los que disponen de medios de comunicación más perfectos, como por ejemplo

14. La explicación teórica se encontrará en la *Revista Espírita*, de mayo y junio de 1858. (N. de Allan Kardec.)

la escritura o la palabra. En general, la facultad disminuye en un sentido a medida que se desarrolla en otro.

Médiums escribientes o psicógrafos

De todos los medios de comunicación, la escritura¹⁵ es el más simple, el más cómodo y, sobre todo, el más completo. Hacia él deben tender todos los esfuerzos, porque permite que se establezcan con los Espíritus relaciones tan continuadas y regulares como las que existen entre nosotros. Debemos dedicarnos a ese tipo de escritura tanto más cuanto que, por su intermedio, los Espíritus revelan mejor su naturaleza y el grado de perfección o de inferioridad que los caracteriza. Debido a la facilidad con que pueden expresarse, nos revelan sus más íntimos pensamientos y nos ponen así en condiciones de apreciarlos en su justo valor.

Además, para el médium, la facultad de escribir es la más susceptible de ser desarrollada con el ejercicio. En el capítulo de los modos de comunicación hemos explicado las diferentes maneras de obtener la escritura; vimos que la cesta y la tablilla tan solo desempeñan el rol de apéndices de la mano: unos portalápices más largos, eso es todo. El mismo resultado se obtendría colocando el lápiz en la punta de un bastón. Aquellos aparatos tienen la ventaja de presentar una escritura más característica que la que se obtiene con la mano, pero su inconveniente radica en que casi siempre exigen la cooperación de una segunda persona, lo cual puede resultar incómodo. Por eso recomendamos dedicarse con preferencia a la escritura inmediata. El proceso es de los más simples, pues

15. En *El libro de los médiums*, § 178, el autor escribe: "escritura manual". (N. del T.)

consiste únicamente en que la persona tome lápiz y papel y se ponga en la posición de quien escribe, sin ningún otro preparativo. No obstante, para que tenga éxito, son indispensables muchas recomendaciones.

Dado que, en definitiva, escribimos bajo la influencia de un Espíritu, ese Espíritu no vendrá si no lo llamamos. Por lo tanto, es necesario evocarlo con el pensamiento, y rogarle en nombre de Dios que tenga a bien comunicarse. Para eso no existe ninguna fórmula sacramental. Quien pretenda recomendar alguna, sin temor puede ser tildado de impostor. El pensamiento lo es todo, la forma no es nada. No es menos necesario llamar a un Espíritu que simpatice con nosotros, y eso por dos razones: la primera, porque vendrá de buen grado si nos aprecia; la segunda, porque debido a ese aprecio estará más dispuesto a secundar nuestros esfuerzos para comunicarnos con él. Por lo tanto, será preferible un pariente o un amigo. Con todo, puede ocurrir que ese pariente o ese amigo se encuentre en una situación que le impida responder a nuestro llamado, o que no disponga de bastante poder para lograr que escribamos. Por eso, siempre es útil que lo evoquemos junto con nuestro Espíritu familiar, sea cual fuere, sin que haga falta saber su nombre, porque él siempre está con nosotros. Entonces, ocurre una de dos cosas: nuestro Espíritu familiar nos responde, o bien va en busca del otro; pero en ambos casos nos brinda su apoyo.

Una cuestión, que casi todos los principiantes descuidan, consiste en formularle una pregunta al Espíritu. Es evidente que, una vez evocado, el Espíritu no podrá responder si no se le pregunta nada. No cabe duda de que podrá decir algo espontáneamente, como ocurre a cada instante en el caso de los médiums formados; pero con el que está en sus comienzos,

el Espíritu tiene que superar una dificultad mecánica inicial. Por lo tanto, es necesario simplificarle esa dificultad en la medida de lo posible, lo cual se logra con una pregunta que requiera una respuesta precisa. Para comenzar, se tendrá cuidado de formular la pregunta de modo tal que la respuesta sea simplemente *sí* o *no*. Más tarde, esa precaución será innecesaria. La naturaleza de la pregunta no es indiferente; no hace falta que tenga de por sí una importancia real, sino que, por el contrario, cuanto más simple sea, mejor resultará. Al principio sólo se trata de establecer una relación. Lo esencial es que la pregunta no sea fútil, que no trate sobre cuestiones de interés particular y, sobre todo, que sea la expresión de un sentimiento de benevolencia y simpatía por el Espíritu a quien se dirige.

Otra cuestión no menos necesaria consiste en la calma y el recogimiento, sumados al deseo ardiente y a la firme voluntad de obtener un buen resultado. Por *voluntad* no entendemos aquí una intención efímera, que obra con intermitencias y a la cual otras preocupaciones interrumpen a cada momento, sino una voluntad paciente, perseverante, sostenida por el ruego que se dirige al Espíritu evocado. La soledad y el silencio, así como el aislamiento de todo lo que pueda ser causa de distracción, favorecen el recogimiento. Entonces, no queda por hacer otra cosa más que aguardar sin desanimarse, y renovar todos los días el intento, durante diez minutos o un cuarto de hora como máximo cada vez, a lo largo de quince días, un mes, dos meses, o más si fuera preciso. Por eso dijimos que hace falta una voluntad paciente y perseverante, y también por eso los Espíritus consultados acerca de la aptitud de tal o cual persona, casi siempre dicen: “Con voluntad tendréis éxito”. Por lo tanto, es posible que

se logre un buen resultado al primer intento, como también que haya que esperar un tiempo más o menos prolongado. No obstante, en cualquier caso, si al cabo de tres meses no se obtuviera absolutamente nada, sería casi inútil insistir.

Es bueno señalar que cuando se interroga a los Espíritus para saber si somos o no médiums, casi siempre responden afirmativamente, lo que no impide que muchas veces los ensayos sean infructuosos. Eso se explica lógicamente. Cada vez que se hace al Espíritu una pregunta de orden general, este responde de modo general. Ahora bien, como se sabe, nada es más elástico que la facultad mediúmnica, ya que puede presentarse con las más variadas formas y en grados muy diferentes. Por consiguiente, una persona puede ser médium sin saberlo, y en un sentido diferente del que se imagina. A esta pregunta indefinida: “¿Soy médium?”, el Espíritu puede responder que sí. Pero a esta otra más precisa: “¿Soy médium escribiente?”, puede responder que no. También se debe tener en cuenta la naturaleza del Espíritu al que se hace la pregunta. Hay Espíritus tan frívolos e ignorantes que responden a tontas y a locas, como verdaderos atolondrados.

Un recurso que casi siempre es exitoso, ya sea para activar el resultado o bien para hacer escribir a una persona que sin eso no lo habría logrado, consiste en que se emplee, como auxiliar momentáneo, un buen médium escribiente, u otro, ya formado. Si él pone su mano, o sus dedos, sobre la mano del que debe escribir, es raro que esta última no lo haga de inmediato. Es comprensible lo que ocurre en esta circunstancia: la mano que sostiene el lápiz se convierte, en cierto modo, en un apéndice de la mano del médium, como lo sería una cesta o una tablilla. Con todo, esto no impide que ese ejercicio resulte sumamente útil, cuando es posible emplearlo, dado que,

repetido con frecuencia y regularidad, ayuda a superar el obstáculo material y provoca el desarrollo de la facultad. A veces, basta con que se magnetice fuertemente el brazo y la mano del que quiere escribir. A menudo, incluso, el magnetizador se limita a apoyar la mano en el hombro del principiante, y bajo esa influencia lo vemos escribir al instante. El mismo efecto se puede producir también sin ningún contacto, sólo por medio de la voluntad. En ese caso, es necesario estimular los esfuerzos del Espíritu alentándolo verbalmente. Se comprende fácilmente que la confianza que el magnetizador tiene en su propio poder desempeña aquí un papel importante, y que un magnetizador incrédulo ejercerá una acción escasa o nula.

El poder que permite desarrollar en los demás la facultad de escribir constituye una variedad de médiums a los que denominamos *médiums formadores*. Tal vez parezca extraño que esa facultad exista en personas que no escriben por sí mismas. Su colaboración suele ser útil para los principiantes, aun cuando posean una aptitud natural. Existe una serie de pequeñas precauciones que muy a menudo estos descuidan, lo cual va en detrimento de la rapidez de sus progresos, y que un guía experimentado les hace observar, ya sea respecto de la disposición material, o bien, *sobre todo*, respecto de la naturaleza de las primeras preguntas y la manera de plantearlas. Su rol es el de un profesor, del que se prescindiría cuando uno está debidamente preparado.¹⁶

16. Con todo gusto brindaremos personalmente, sin el menor interés y cuantas veces nos sea posible, los consejos de nuestra experiencia a las personas que deseen formarse como médiums escribientes, toda vez que hayan adquirido previamente el conocimiento teórico de la ciencia espírita, y esto con el fin de que no tengamos que enseñarles lo fundamental. (N. de Allan Kardec.)

En el médium aprendiz, la fe no es una condición de rigor. No cabe duda de que secunda sus esfuerzos, pero no es indispensable. El deseo y la buena voluntad son suficientes. Hemos visto personas absolutamente incrédulas que quedaron sorprendidas porque escribían a pesar de sí mismas, mientras que creyentes sinceros no lo conseguían. Eso prueba que esta facultad depende de una disposición orgánica.

Como disposición material, recomendamos que se evite interferir en el libre movimiento de la mano. Incluso es preferible que esta no descanse por completo sobre el papel. La punta del lápiz debe estar en contacto con la hoja lo suficiente para que escriba, pero no a tal punto que ofrezca resistencia. Todas estas precauciones se vuelven inútiles cuando se comienza a escribir correctamente, porque entonces ningún obstáculo detiene la mano. Sólo son disposiciones preliminares para el aprendiz.

El primer indicio de una disposición para la escritura es una especie de estremecimiento en el brazo y en la mano. Poco a poco, la mano es arrastrada por un impulso que no es posible dominar. Al principio, la mayoría de las veces sólo es capaz de trazar rasgos desprovistos de significado. Posteriormente, los caracteres se vuelven cada vez más nítidos, y la escritura termina por adquirir la rapidez de la escritura normal. En todos los casos es preciso dejar que la mano se mueva de manera natural, sin ofrecer resistencia ni darle impulso.

La escritura es a veces bien legible: las palabras y las letras se destacan perfectamente. Sin embargo, en el caso de ciertos médiums, es difícil que otra persona que no sea el propio médium pueda descifrarla, salvo que haya adquirido el hábito de hacerlo. Con mucha frecuencia, la escritura está formada por rasgos de gran tamaño, y unas pocas palabras llenan a

veces una página entera. Los Espíritus no se fijan demasiado en el ahorro de papel. Cuando una palabra o una frase es poco legible, se solicita al Espíritu el favor de que vuelva a escribirla, lo que en general hace de buen grado. Cuando la escritura es ilegible de manera habitual, incluso para el propio médium, este casi siempre logra que sea más correcta por medio de ejercicios frecuentes y prolongados, *en los que pone toda su voluntad*, y además ruega con fervor al Espíritu para que sea más inteligible. Si se desea conservar las respuestas, es bueno transcribirlas de inmediato, al igual que las preguntas, mientras se las conserva en la memoria, porque más tarde eso suele resultar imposible. Algunos Espíritus, antes de comenzar una respuesta, hacen que la mano ejecute diversas evoluciones y trace una infinidad de rasgos sin significado. Ellos dicen que eso es para entrenarse, soltar la mano, o establecer la relación. A veces, tales rasgos son emblemas o alegorías, que a continuación explican. Los Espíritus suelen adoptar signos convencionales para expresar algunas ideas, que pasan a ser utilizados en las reuniones habituales. Así, por ejemplo, para expresar que una pregunta les disgusta, y que no desean contestarla, trazan una línea larga, o algo equivalente.

Cuando el Espíritu da por finalizado lo que tenía para decir, o no quiere responder más preguntas, la mano queda inmóvil, y el médium, sea cual fuere su poder y su voluntad, no consigue escribir ni una sola palabra más. Es señal de que el Espíritu se ha retirado. Por el contrario, si el Espíritu no terminó, el lápiz se mueve sin que la mano consiga detenerlo. Cuando el Espíritu desea manifestar algo espontáneamente, la mano toma el lápiz de manera convulsiva y comienza a escribir sin que el médium pueda oponerse.

Estas son las explicaciones esenciales que teníamos para ofrecer en lo atinente al desarrollo de la psicografía. La experiencia revelará durante la práctica ciertos detalles que, por carecer de utilidad, no deben ser mencionados aquí, y respecto de los cuales los principios generales servirán de guía. Si muchos experimentaran, casi no habría familias que no contaran con un médium escribiente entre alguno de sus miembros, incluso si fuera un niño.

Toda persona que haya recibido el don de escribir con facilidad bajo la influencia de los Espíritus posee una facultad valiosa, porque se convierte en intérprete entre el mundo visible y el mundo invisible. A menudo se trata de una misión que ha recibido para el bien, pero de la que no debe envanecerse, porque esa facultad puede serle retirada si hace mal uso de ella, o incluso volverse en su contra, en el sentido de que escribiría cosas perjudiciales y solo tendría Espíritus malos a su disposición. La persona que, a pesar de sus esfuerzos y su perseverancia, no llega a poseerla, no debe concluir nada desfavorable respecto de sí misma: ocurre que su organización física no es apta. Con todo, no por eso ha sido desheredada de las comunicaciones espíritas. Si bien no las recibe de un modo directo, puede obtenerlas igualmente bellas y buenas a través de un intermediario. Además, puede recibir en compensación otras facultades no menos útiles. La falta de un sentido casi siempre es compensada por otro que se desarrolla más.

CAPÍTULO VI

Rol e influencia del médium en las manifestaciones

Para comprender el rol del médium en las manifestaciones es necesario comprender de qué modo se opera la transmisión del pensamiento de los Espíritus. Nos referimos aquí a los médiums escribientes.

Conforme hemos dicho, el Espíritu tiene una envoltura semimaterial, a la que denominamos periespíritu. El fluido condensado –por decirlo de algún modo– alrededor del Espíritu para formar esa envoltura, es el intermediario con el cual este actúa sobre el cuerpo; es el agente de su poder material, y a través de él produce los fenómenos físicos.

Si examinamos ciertos efectos que se producen en los movimientos de la mesa, de la cesta o de la tablilla que escriben, no podemos dudar de que existe una acción ejercida directamente por el Espíritu sobre esos objetos. Algunas veces la cesta se agita con tanta violencia que escapa de las manos del médium, y no es raro que se dirija hacia ciertas personas de la concurrencia para golpearlas. En otras ocasiones, sus movimientos revelan un sentimiento afectuoso. Lo mismo sucede cuando el lápiz está colocado en la mano del médium. A menudo es arrojado lejos con fuerza, o bien

la mano, como lo hacía la cesta, se agita convulsivamente y golpea en la mesa de modo colérico, incluso a pesar de que el médium se encuentre muy tranquilo y se sorprenda de no poder controlarse. Digamos, de paso, que esos efectos denotan por lo general la presencia de Espíritus imperfectos. Los Espíritus realmente superiores son tranquilos, dignos y benévolos en todo tiempo. Si no son escuchados de manera conveniente, se retiran y otros toman su lugar. Así pues, el Espíritu puede expresar directamente su pensamiento a través del movimiento de un objeto, al que la mano del médium sirve apenas de punto de apoyo; e incluso puede hacerlo sin que ese objeto esté en contacto con el médium.

La transmisión del pensamiento también se produce por intermedio del Espíritu del médium, o mejor dicho, de su alma, ya que designamos con ese nombre al Espíritu encarnado. En este caso, el Espíritu comunicante no actúa sobre la mano del médium para hacer que escriba, como tampoco lo hace sobre la cesta; no la toma ni la guía. Actúa sobre el alma, con la cual se identifica. Bajo ese impulso, el alma del médium dirige la mano por medio del fluido que compone su propio periespíritu, la mano dirige la cesta, y la cesta dirige el lápiz. Señalemos ahora algo que es importante saber: el Espíritu comunicante no sustituye al alma del médium, visto que no podría desplazarla, sino que la domina sin que esta lo sepa, y le imprime su propia voluntad. Cuando decimos *sin que lo sepa*, nos referimos al alma que actúa exteriormente a través de los órganos del cuerpo. Pero el alma, en cuanto Espíritu, incluso encarnado, puede tener absoluta conciencia de la acción que ejerce sobre ella el Espíritu comunicante. En el tipo de mediumnidad que nos ocupa, el rol del alma es a veces enteramente pasivo, y entonces el médium no tiene la

menor conciencia de lo que escribe; o de lo que dice, si es médium parlante. Con todo, a veces la pasividad no es absoluta, en cuyo caso tiene una conciencia más o menos vaga, aunque su mano sea arrastrada por un movimiento maquinal, y su voluntad permanezca ajena a ello.

Si es así —se dirá—, nada prueba que sea otro Espíritu el que escribe, en vez del alma del médium. Aquí corresponde señalar un error que algunas personas comparten. Diremos, pues, que puede ocurrir que el alma del médium se comunique como lo haría otro Espíritu, lo cual se comprende fácilmente. Dado que podemos evocar al Espíritu de una persona viva, ausente o presente, para que ese Espíritu se comunique mediante la escritura o la palabra del médium, ¿por qué razón el Espíritu encarnado en el médium no podría comunicarse también? Los hechos demuestran que en algunas circunstancias eso ocurre, como en el sonambulismo, por ejemplo. ¿Se sigue de ahí que la comunicación del alma del médium tenga menos valor? En absoluto. El Espíritu encarnado en el médium puede ser más elevado que otros Espíritus y, por lo tanto, transmitir mejores comunicaciones, que a nosotros nos corresponde evaluar. En tal caso, habla como Espíritu desprendido de la materia, y no como hombre. La cuestión consiste en saber si no es siempre el Espíritu del médium el que emite sus propios pensamientos, conforme algunos pretenden. Esta opinión *absoluta* es un sistema que solo puede tener origen en una observación incompleta. Además, siempre es peligroso elaborar teorías sobre cuestiones que no se han profundizado, o de las cuales solo se pudo observar un aspecto. Hay casos en los que sin lugar a duda la intervención de otro Espíritu no es indiscutible, pero basta con que en algunos casos esa intervención sea manifiesta para concluir de

ahí que un Espíritu, que no es el del médium, puede comunicarse. Ahora bien, no se podría dudar de la intervención de otro Espíritu cuando, por ejemplo, una persona que no sabe leer ni escribir, sin embargo escribe como médium; cuando un médium escribe o habla en un idioma que no conoce; cuando, por último —lo que constituye el caso más común—, no tiene la menor conciencia de lo que escribe, y las ideas que expresa son contrarias a su manera de pensar, exceden sus conocimientos o se hallan fuera del alcance de su inteligencia. La experiencia presenta, respecto de este último hecho, pruebas numerosas y palpables, a tal punto que la duda deja de ser lícita para todo aquel que haya observado mucho y, sobre todo, observado *bien*.

Así pues, sea cual fuere el modo de acción del Espíritu comunicante para producir la escritura, o para expresar su pensamiento mediante la palabra, el médium es siempre tan solo un instrumento, pero un instrumento más o menos cómodo. Esto nos permite hacer una observación importante que responderá a esta pregunta lógica: ¿Por qué no todos los médiums escriben en los idiomas que no conocen?

No cabe duda de que el Espíritu que desea comunicarse comprende todos los idiomas, porque estos son la expresión del pensamiento, y porque es mediante el pensamiento que el Espíritu comprende. No obstante, para expresar ese pensamiento necesita un instrumento, y ese instrumento es el médium. El alma del médium, que recibe la comunicación de otro Espíritu, solo puede transmitirla por medio de los órganos corporales. Ahora bien, esos órganos no pueden tener, para un idioma que el médium desconoce, la flexibilidad que manifiestan para el idioma que les resulta familiar. Un médium que sólo sepa francés podrá, ocasionalmente, dar una

respuesta en inglés, por ejemplo, si al Espíritu le place hacerlo. Pero los Espíritus, que ya encuentran demasiado lento el lenguaje humano, en comparación con la rapidez del pensamiento —a tal punto que lo abrevian cuanto pueden—, se impacientan con la resistencia mecánica que encuentran en el médium, y por eso no siempre usan un idioma desconocido para él. Esa es también la razón por la cual un médium novato, que escribe trabajosamente y con lentitud, incluso en su propio idioma, por lo general no obtiene más que respuestas breves y sin desarrollo. Por eso, los Espíritus recomiendan que solo se dirijan a través de esos médiums preguntas sencillas. Para las de mayor alcance se requiere un médium formado, que no ofrezca ninguna dificultad mecánica al Espíritu. Nosotros no elegiríamos para la lectura de un texto a un estudiante que apenas sabe deletrear. A un buen operario no le agrada servirse de herramientas defectuosas. Agreguemos, respecto a los idiomas desconocidos, otra consideración de suma importancia. Los ensayos de este tipo se hacen siempre por curiosidad y a modo de experimentación. Ahora bien, nada es más antipático para los Espíritus que las pruebas a las que se intenta someterlos. Los Espíritus superiores nunca se prestan a ellas, y se apartan tan pronto como se pretenda entrar en ese camino. Así como se complacen en las cosas útiles y serias, les produce rechazo ocuparse de cosas fútiles y sin un objetivo. Los incrédulos dirán que esos ensayos sirven para convencerlos, y que ese fin es útil, ya que puede conquistar adeptos para la causa de los Espíritus. Pero los Espíritus les responden: “Nuestra causa no necesita de los que tienen suficiente orgullo para creerse indispensables. Llamamos a nosotros a *los que queremos*, y estos son, casi siempre, los más pequeños y humildes. ¿Acaso Jesús hizo los milagros que los

escribas le pedían? ¿De qué hombres se sirvió para revolucionar el mundo? Si queréis convencerlos, disponéis de otros medios, sin necesidad de exigir fenómenos extraordinarios. Comenzad por ser sumisos, pues no es normal que el estudiante imponga su voluntad al maestro”.

De ahí resulta que, salvo algunas excepciones, el médium expresa el pensamiento de los Espíritus por los medios mecánicos que están a su disposición, y que la expresión de dicho pensamiento puede, e incluso debe, la mayoría de las veces, resultar afectado a causa de la imperfección de esos medios. Así, un hombre inculto, un campesino por ejemplo, podrá manifestar los más bellos conceptos, las ideas más elevadas, los pensamientos más filosóficos, valiéndose de las expresiones que lo caracterizan. Para los Espíritus el pensamiento lo es todo y la forma no es nada. Esto responde a las objeciones de ciertos críticos a propósito de las deficiencias de estilo y de ortografía que es posible reprochar a los Espíritus, y que pueden provenir tanto de ellos como de los médiums. Apegarse a semejantes cosas es una futilidad.

Si desde el punto de vista de la ejecución el médium no es más que un instrumento, en otro aspecto¹⁷, en cambio, ejerce una gran influencia. Dado que, para comunicarse, el Espíritu extraño necesita identificarse con el Espíritu del médium, esa identificación sólo puede producirse cuando entre ellos existe simpatía y, si así puede decirse, afinidad. El alma ejerce sobre el Espíritu extraño una especie de atracción o de repulsión, según el grado de semejanza o de diferencia que haya entre ellos. Ahora bien, los buenos sienten afinidad por los buenos,

17. En *El libro de los médiums*, § 227, el autor reemplaza “otro aspecto” por “aspecto moral”. (N. del T.)

y los malos por los malos, de donde se deduce que las cualidades morales del médium ejercen una influencia muy grande sobre la naturaleza de los Espíritus que por su intermedio se comunican. Si el médium es vicioso, los Espíritus inferiores se agrupan alrededor suyo y están siempre dispuestos a tomar el lugar de los Espíritus buenos que han sido evocados. Las cualidades que atraen a los Espíritus buenos son: la bondad, la benevolencia, la sencillez de corazón, el amor al prójimo, y el desprendimiento de las cosas materiales. Los defectos que los alejan son: el egoísmo, la envidia, los celos, el odio, la codicia, la sensualidad, y todas las pasiones con que el hombre se apega a la materia. Así pues, un médium por excelencia sería el que, a la facilidad de ejecución, sumara en el más alto grado las cualidades morales.

La influencia del Espíritu del médium también puede ejercerse de otra manera. Si es hostil al Espíritu ajeno que se comunica, podrá convertirse para este en un intérprete infiel, alterar o tergiversar su pensamiento, o traducirlo con términos impropios. Ocurre lo mismo entre nosotros, cuando se encarga una misión de confianza a un hombre de mala fe.

La facultad mediadora, sea cual fuere el grado al que se la haya conducido, no basta, pues, para obtener buenas comunicaciones. Se necesita ante todo, y como condición expresa, un médium que a los Espíritus buenos les resulte simpático. Es fácil comprender el rechazo que estos sienten hacia los médiums inferiores desde el punto de vista moral. ¿Acaso nosotros tomamos como confidentes de nuestros pensamientos a personas que no estimamos?

Algunas personas realmente no se encuentran favorecidas respecto de las comunicaciones. Las hay que habitualmente solo reciben o transmiten comunicaciones triviales o grose-

ras, por no decir más. Deben lamentarlo, como un indicio seguro de la naturaleza de los Espíritus que se agrupan alrededor suyo, porque sin duda los que emplean ese lenguaje no son Espíritus superiores. Así pues, nunca sería excesivo su esfuerzo para deshacerse de esos acólitos tan poco recomendables, salvo que les encante ese tipo de conversaciones. En todos los casos, les recomendamos que eviten exhibirlas, porque eso podría dar lugar a una idea poco halagadora de las simpatías con que cuentan en el mundo de los Espíritus. Completaremos lo que tenemos para decir acerca de los médiums a medida que lo requiera la continuidad de nuestras instrucciones.

Ahora bien, ¿es completamente imposible obtener buenas comunicaciones a través de médiums imperfectos? Eso es lo que veremos en el próximo capítulo.

CAPÍTULO VII

Influencia del ambiente en las manifestaciones

Sería un grave error creer que se necesita ser médium para atraer a los seres del mundo invisible. Los Espíritus pueblan el espacio y están constantemente alrededor nuestro, junto a nosotros. Nos ven, nos observan, intervienen en nuestras reuniones, nos siguen o se apartan de nosotros, conforme a la atracción o el rechazo que les inspiramos. La facultad mediúmnica no tiene nada que ver con eso, pues no es más que un medio de comunicación. De acuerdo con lo que hemos visto acerca de las causas de simpatía o de antipatía entre los Espíritus, fácilmente se comprenderá que debemos estar rodeados de aquellos que sienten afinidad por nuestro propio Espíritu, según nuestro grado de elevación o de inferioridad. Consideremos ahora el estado moral de nuestro globo, y comprenderemos qué clase de Espíritus es la que predomina entre los Espíritus errantes. Si examinamos cada pueblo en particular, podremos juzgar, por el carácter dominante de sus habitantes, así como por las preocupaciones y los sentimientos más o menos morales y *humanitarios* que ellos poseen, cuáles son las categorías a que pertenecen los Espíritus que preferentemente se reúnen en él. Los Espíritus no son otra cosa más que nuestras almas desprendidas de nuestros cuer-

pos, y que llevan consigo el reflejo de nuestras cualidades e imperfecciones. Son buenos o malos, según lo que hayamos hecho, con excepción de los que dejaron sus impurezas en el fondo del alambique terrestre, razón por la cual se han elevado por encima de la turba de los Espíritus imperfectos. Por consiguiente, el mundo espírita solo es en realidad un extracto quintaesenciado del mundo corporal, del cual conserva los buenos y los malos olores.

A partir de este principio, supongamos una reunión de hombres frívolos e inconsecuentes, entregados a sus placeres. ¿Cuáles Espíritus preferirán acompañarlos? Por cierto, ni los Espíritus superiores, ni nuestros científicos y filósofos, irán a pasar su tiempo con ellos. Así, dondequiera que haya una reunión de hombres, alrededor de ellos habrá una asamblea oculta que simpatice con sus cualidades y sus defectos, incluso *dejando de lado toda idea de evocación*. Admitamos ahora que esos hombres tengan la posibilidad de comunicarse con los seres del mundo invisible a través de un intérprete, es decir, de un médium. ¿Cuáles Espíritus responderán a su llamado? Evidentemente, los que estén ahí, bien dispuestos, a la espera de una oportunidad para comunicarse. Si en una reunión banal se llama a un Espíritu superior, es posible que este acuda e incluso exprese algunas palabras sensatas, como un buen pastor que responde al llamado de sus ovejas extraviadas. Pero tan pronto como note que no lo comprenden ni lo escuchan, se retirará, como lo haría cualquiera de nosotros en su lugar, y entonces dejará a los otros Espíritus el campo absolutamente libre.

No siempre basta con que una reunión sea seria para que en ella se reciban comunicaciones de un orden elevado. Hay personas que nunca se ríen, pero no por eso su corazón es

más puro. Ahora bien, es el corazón, sobre todo, el que atrae a los Espíritus buenos. Si bien ninguna condición moral excluye las comunicaciones espíritas, las personas que se encuentren en malas condiciones se comunicarán con Espíritus semejantes a ellas, y estos no dejarán de engañarlas y de alabar a menudo sus prejuicios.

Por el hecho de que no pertenezca a un orden superior, un Espíritu no siempre es malo. Con frecuencia es apenas frívolo. Si os divertís con sus bufonadas, se entregará a ellas con todo gusto y os brindará epigramas que pocas veces son inadecuados, y bajo cuya forma jovial suele haber mordaces lecciones.

Por lo que antecede, vemos la enorme influencia del ambiente sobre la naturaleza de las manifestaciones inteligentes. Esa influencia, no obstante, no se ejerce del modo como pretendían algunas personas, cuando todavía no se conocía el mundo de los Espíritus tal como hoy se lo conoce, y antes de que experiencias más concluyentes aclararan las dudas. Cuando las comunicaciones concuerdan con la opinión de los presentes, no es porque esa opinión se refleja en el Espíritu del médium como en un espejo, sino porque junto a vosotros hay Espíritus que os son simpáticos, tanto para el bien como para el mal, y que comparten vuestras ideas. La prueba de ello está en que, si tuvierais la fuerza necesaria para atraer a otros Espíritus, diferentes de los que os rodean, ese mismo médium emplearía un lenguaje completamente distinto, y diría cosas completamente ajenas a vuestras ideas y convicciones. En resumen, las condiciones del ambiente serán tanto mejores cuanto más homogeneidad haya en el sentido del bien, más sentimientos puros y elevados, más deseos sinceros de aprender sin segundas intenciones.

En ese ambiente, tres elementos pueden influir, ya sea de manera alternada o simultánea: el conjunto de los asistentes –debido a los Espíritus que ellos atraen–; el médium –por la naturaleza de su propio Espíritu, que sirve de intermediario–, y el que interroga. Este último puede de por sí dominar el resto de las influencias y, a pesar de las condiciones desfavorables del entorno y mediante su ascendiente, obtener a veces importantes comunicaciones, toda vez que el objetivo que se proponga sea útil. Los Espíritus superiores acudirán a su llamado, y lo harán por él. En cuanto a los otros Espíritus, guardarán silencio, como escolares ante sus maestros.

La influencia del ambiente permite comprender que, cuanto menos personas integren la reunión, mejor será, porque resultará más fácil obtener la homogeneidad. Los pequeños grupos íntimos son siempre más propicios a las bellas comunicaciones. No obstante, es lógico pensar que en una reunión de cien personas, suficientemente concentradas y atentas, se obtendrá más que en una de diez distraídas y bulliciosas. Sobre todo, lo que se requiere es que entre los asistentes exista una *comunidad de pensamientos*. Si esa comunión es con miras al bien, los Espíritus buenos acuden fácilmente y de buen grado. Así pues, todo cuidado es poco para la admisión de nuevos elementos en la reunión, pues hay personas que llevan consigo la perturbación a todas partes. Las más perjudiciales, en ese caso, no son las que ignoran la materia, ni tampoco las que no creen. La convicción sólo se adquiere mediante la experiencia, y hay personas que desean esclarecerse de buena fe. Por consiguiente, es necesario precaverse, sobre todo, de las que adhieren a sistemas preconcebidos; de las incrédulas obstinadas, que dudan hasta de lo evidente, y de las orgullosas, que pretenden tener el privilegio de la luz

infusa y tratan de imponer sus opiniones en todas partes, mientras miran con desdén a las que no piensan como ellas. No os dejéis engañar por su fingido deseo de instruirse. Más de una quedaría muy disgustada si fuera obligada a admitir que se equivocó. Cuidaos, principalmente, de las que pronuncian discursos insípidos, y que siempre quieren tener la última palabra, pues los Espíritus no aprecian las palabras inútiles.

CAPÍTULO VIII

Acerca de las relaciones con los Espíritus

La manera de relacionarse con los Espíritus no deja de ser uno de los puntos más útiles. Si consideramos la distancia que separa los dos extremos de la escala espírita, se comprenderá sin dificultad la necesidad de mantener ciertos miramientos, según la categoría de los Espíritus y sus costumbres. Así pues, no basta con que uno mismo se encuentre en buenas condiciones, pues también se requiere conocer el camino más favorable para alcanzar con mayor seguridad el objetivo. De tal modo, examinaremos el que conviene seguir respecto de las reuniones, las evocaciones, el lenguaje que se debe mantener con los Espíritus, y la naturaleza de las preguntas que se les puede formular.

Las reuniones

Queda entendido que asignamos a estas reuniones un objetivo serio. En cuanto a las que tienen por objeto el entretenimiento y la curiosidad, las dejamos libradas a su suerte. Quienes asisten a esa clase de reuniones para que les digan la buenaventura y les revelen pequeños secretos, desde ya pueden estar seguros de que obtendrán una respuesta. No obs-

tante, debemos señalar que esas reuniones frívolas tienen un grave inconveniente, pues algunas personas pueden tomar en serio lo que casi siempre es una broma de parte de los Espíritus ligeros, que se divierten a costa de quienes los escuchan. En cuanto a quienes nunca vieron nada, no deben acudir a ellas para recibir sus primeras lecciones, como tampoco para convencerse. Podrían equivocarse mucho respecto de la naturaleza de los seres que componen el mundo espírita, tanto como alguien que juzgara a todo el pueblo de una gran ciudad por sus suburbios.

Conforme a lo que hemos dicho, se comprende que el silencio y el recogimiento sean condiciones fundamentales, pero no es menos necesaria la regularidad de las reuniones. En todas ellas siempre están presentes Espíritus a los que podríamos denominar *concurrentes habituales*. No nos referimos a esos que se encuentran en todas partes y en todo se entrometen, sino a los Espíritus familiares y a aquellos a los que se interroga con mayor frecuencia. No hay que suponer que esos Espíritus no tienen otra cosa que hacer más que respondernos. Ellos tienen sus propias ocupaciones y, además, pueden encontrarse en condiciones desfavorables para que se los evoque. Cuando las reuniones se realizan en días y horas determinados, esos Espíritus se preparan con anticipación, y es raro que falten. Algunos incluso llevan la puntualidad al extremo, y se molestan cuando se produce un cuarto de hora de retraso. Además, si ellos mismos han establecido el horario de la reunión, será inútil llamarlos unos minutos antes de ese momento. No cabe duda de que ellos pueden acudir fuera de las horas fijadas para la reunión, e incluso presentarse de buen grado si el objetivo que se ha propuesto es útil. Con todo, nada es más perjudicial para las buenas comunicacio-

nes que llamarlos a tontas y a locas para satisfacer una fantasía y, en especial, cuando no existe un motivo serio. Como esos Espíritus no están sometidos a nuestros caprichos, probablemente no se molesten en responder a nuestro llamado, situación que otros Espíritus aprovechan para usurpar su lugar y sus nombres.

No existe una hora cabalística para las evocaciones, de modo que su elección resulta por completo indiferente. El mejor horario será aquel en que nuestras ocupaciones temporales nos permitan estar más libres y tranquilos. Los Espíritus que prescribieran, por el motivo que fuere, las horas predilectas que los cuentos fantásticos consagran a los seres infernales, serían sin duda alguna Espíritus mistificadores. Lo mismo ocurre respecto de las fechas a los que la superstición atribuye una influencia imaginaria.

Asimismo, nada se opondría a que las reuniones fueran diarias, si bien una frecuencia excesiva sería un inconveniente. Si bien los Espíritus critican el apego exagerado a las cosas de este mundo, también recomiendan que no descuidemos los deberes que nuestra posición social nos impone, pues eso forma parte de nuestras pruebas. Además, nuestro propio Espíritu necesita, para la salud del cuerpo, no hallarse constantemente enfocado hacia un mismo objeto y, sobre todo, hacia las cosas abstractas, pues les presta más atención cuando no está cansado. Basta con que las reuniones tengan lugar una o dos veces por semana. Cuando no son demasiado frecuentes, se las realiza con mayor solemnidad y recogimiento. Nos referimos a las sesiones destinadas a un trabajo regular, y no a esas otras en las que un médium principiante realiza los ejercicios necesarios para desarrollarse. Estas no son sesiones propiamente dichas, sino más bien lecciones, cuyos resulta-

dos serán tanto mejores cuanto más frecuentes sean. No obstante, una vez desarrollada la facultad, es esencial no abusarse de ella, por los motivos que acabamos de señalar. La satisfacción que el hecho de poseer esta facultad brinda a ciertos principiantes, excita en algunos de ellos un entusiasmo que resulta muy importante moderar. Ellos deben recordar que se les ha dado para el bien y no para satisfacer una vana curiosidad. Cuando decimos *para el bien*, nos referimos al bien de sus semejantes, y no solo al *suyo propio*. Un médium que desee relacionarse seriamente con los Espíritus, debe evitar prestarse a la curiosidad de sus amigos o conocidos —que lo asediarían con preguntas ociosas—, en tanto que debe dedicarse al auxilio inmediato y desinteresado cuando se trate de cuestiones útiles. Proceder de otro modo sería egoísmo, y el egoísmo es una tara.

El lugar

Tampoco existen lugares destinados fatalmente para las comunicaciones espíritas. Incluso es necesario evitar los lugares que, por su naturaleza, serían adecuados para impresionar la imaginación. Los Espíritus buenos acuden a todas partes donde un corazón puro los llame para el bien, mientras que los malos solo prefieren los lugares donde encuentran simpatías. Los cementerios ejercen una mayor influencia en nuestro pensamiento que en los Espíritus, y la experiencia demuestra que estos acuden tanto a la habitación más común y sin el menor aparato diabólico, como a sus tumbas o a las capillas en ruinas, ya sea a plena luz del día o a la luz de la luna.

Si bien la elección del lugar resulta indiferente, es útil no cambiarlo sin necesidad. El fluido vital, del que cada espíritu

errante o encarnado es de algún modo un foco, irradia alrededor de él mediante el pensamiento. Por lo tanto, se comprende que en un lugar habitual deba existir un efluvo de ese fluido, que forma allí, por decirlo de algún modo, una atmósfera moral con la cual los Espíritus se identifican. Incluso un sitio que se hallara consagrado exclusivamente a ese tipo de encuentros, y que no fuera profanado —si así podemos expresarnos— con preocupaciones vulgares, sería preferible, porque se transformaría en un auténtico santuario del que serían excluidos los Espíritus malos, y en el que los elementos de la atmósfera moral se hallarían menos contaminados que en un lugar banal.

La mejor disposición material será la que resulte más cómoda y que ocasione menos molestia y distracción. Entre los objetos decorativos, serán de utilidad los que sirvan para elevar el pensamiento y recordar el motivo de la reunión. No obstante, debe quedar claro que cualquier disposición u ornamento que huela a hechicería es un absurdo. E incluso afirmamos que es peligroso, debido a las ideas supersticiosas que necesariamente despierta. Reiteramos aquí lo que hemos dicho más arriba acerca de las horas y los días: los Espíritus que recomiendan este tipo de cosas, o cualquier práctica mística, son Espíritus inferiores que se divierten a costa de la credulidad, o que tal vez ellos mismos se encuentran bajo el imperio de las ideas que cultivaban en vida. Hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo, que para los Espíritus superiores el pensamiento lo es todo, y la forma no es nada. Se los atrae con buenos pensamientos y no con fórmulas vanas. Los que atribuyen importancia a las cosas materiales, demuestran por eso mismo que todavía se hallan bajo la influencia de la materia. En otra época, la evocación se rodeaba de misterios

y de símbolos porque se pretendía ocultarla del vulgo, a la vez que adquirir prestigio ante los ignorantes. En la actualidad, la luz se ha hecho para todo el mundo, y es en vano que se pretenda cubrirla con un celemín.

Todo lo que hemos dicho acerca de las reuniones destinadas a las comunicaciones espíritas, se aplica naturalmente a las comunicaciones individuales. Por eso no nos referiremos a ellas de manera especial. Lo mismo vale para lo que nos resta examinar. Hemos tomado como modelo las reuniones, porque requieren condiciones más complejas, que cada cual podrá aplicar a los casos particulares. Incluso agregaremos que las reuniones, cuando tienen lugar en buenas condiciones, corren con la ventaja de que varias personas, unidas por un pensamiento común, tienen más fuerza para atraer a los Espíritus buenos, que se complacen en acudir a un ambiente simpático en el que pueden difundir la luz con su enseñanza. No obstante, hay circunstancias en las que prefieren, e incluso prescriben, las comunicaciones aisladas. En tal caso, lo mejor que se puede hacer es cumplir su deseo.

Las evocaciones

Algunas personas piensan que no debemos evocar a ningún Espíritu, sobre todo cuando se trata de enseñanzas generales, sino que es preferible esperar la llegada de cualquiera que desee comunicarse. Se basan en la opinión de que, cuando llamamos a un Espíritu determinado, no podemos tener la certeza de que sea él mismo quien se presenta, mientras que aquel que acude espontáneamente, por su propia iniciativa, prueba mejor su identidad, puesto que de ese modo manifiesta el deseo que tiene de conversar con nosotros. Por

nuestra parte, opinamos que eso es un error. Primero, porque siempre estamos rodeados de Espíritus, la mayoría de las veces de condición inferior, que no desean otra cosa que comunicarse. En segundo lugar, y precisamente por esa razón, el hecho de que no llamemos a ningún Espíritu en particular equivale a abrir la puerta a todos los que quieran entrar. En una asamblea, no ceder la palabra a nadie implica dejarla libre a cualquiera, y se sabe lo que de ahí puede resultar. El llamado directo que se hace a un Espíritu determinado establece un vínculo entre él y nosotros. Lo convocamos porque es nuestro deseo, y de ese modo oponemos una especie de barrera a los intrusos, que además podrían inducirnos a error acerca de su identidad. Si no existiera un llamado directo, la mayoría de las veces un Espíritu no tendría motivo alguno para acercarse a nosotros, a menos que fuera nuestro Espíritu familiar. Por otra parte, la experiencia demuestra que de cualquier modo es preferible la evocación. En lo que respecta a la cuestión de la identidad, hablaremos en seguida.

Con todo, esta regla no es absoluta. En las reuniones regulares, sobre todo en aquellas en las que se realiza un trabajo continuado, siempre hay –como hemos dicho–Espíritus habituados a concurrir sin que se los llame, justamente porque están prevenidos a causa de la regularidad de las sesiones. A menudo toman la palabra de manera espontánea, para prescribir lo que se debe hacer, o para desarrollar un tema de conversación, en cuyo caso son fácilmente reconocibles, sea por la forma del lenguaje, que es siempre idéntico, sea por la escritura, por ciertos hábitos que les son peculiares, o bien por los nombres con que se identifican, tanto al comienzo como al final.

En cuanto a los Espíritus extraños, la manera de evocarlos es muy simple. No existe una fórmula sacramental o mística. Basta con hacerlo en nombre de Dios, en los siguientes términos o en otros equivalentes: *Ruego a Dios todopoderoso que permita al Espíritu de ...* (designarlo con alguna precisión) *comunicarse con nosotros*; o bien: *En nombre de Dios todopoderoso, ruego al Espíritu de ... que tenga a bien comunicarse con nosotros*. Si ese Espíritu puede venir, la respuesta generalmente es *Sí*, o *Estoy aquí*, o también: *¿Qué queréis de mí?*

Muchas veces es sorprendente la celeridad con que un Espíritu evocado se presenta, incluso desde la primera vez. Se diría que estaba prevenido de que lo evocaríamos y, de hecho, eso es lo que sucede cuando tenemos previamente la intención de hacerlo. Esa intención es una especie de evocación anticipada, y como siempre tenemos a nuestros Espíritus familiares u otros, que se identifican con nuestro pensamiento, ellos preparan el camino para que, si no surge ningún obstáculo, el Espíritu al que deseamos llamar ya se encuentre presente en el momento de la evocación. En caso contrario, quien va a buscarlo es el Espíritu familiar del médium, o el del interrogador, o incluso el de uno de los que frecuentan las reuniones, y para eso no necesita mucho tiempo. Si el Espíritu evocado no puede acudir de inmediato, el mensajero —el *mercurio*, si se quiere¹⁸— establece un plazo, a veces de cinco minutos, un cuarto de hora, una hora y hasta de varios días. Cuando el Espíritu llega, el mensajero dice: *Aquí está*. Entonces podemos comenzar a hacerle las preguntas que queramos.

18. En el § 271 de *El libro de los médiums*, se lee: “los paganos habrían dicho *Mercurio*”, en referencia al mensajero de los dioses. (N. del T.)

Cuando recomendamos que la evocación se haga en el nombre de Dios, confiamos en que nuestra recomendación sea tomada con seriedad, no a la ligera. Quienes apenas vean en eso el empleo de una fórmula sin consecuencia, será mejor que se abstengan.

Espíritus a los que se puede evocar

Podemos evocar a todos los Espíritus, sea cual fuere el grado de la escala espírita al que pertenezcan: a los buenos tanto como a los malos; a los que dejaron la vida poco tiempo atrás, y a los que han vivido en las épocas más remotas; a los que fueron hombres ilustres tanto como a los más desconocidos, a nuestros parientes y amigos, y también a los que nos son indiferentes. Sin embargo, esto no significa que en todos los casos quieran o puedan responder a nuestro llamado. Independientemente de su voluntad personal, o de la autorización proveniente de un poder superior, que podría serles denegada, es posible que se vean impedidos de hacerse presentes por motivos que no siempre nos es dado conocer.

Entre las causas que pueden impedir la manifestación de un Espíritu, algunas son personales, y las otras son ajenas a él. Entre las primeras, debemos colocar las ocupaciones o las misiones que ese Espíritu esté atendiendo, de las cuales no puede ausentarse para satisfacer nuestros deseos. En esos casos, su visita sólo queda pospuesta.

Está también su propia situación. Si bien el estado de encarnación no constituye un obstáculo absoluto, en ciertas ocasiones puede representar un impedimento, en especial cuando transcurre en mundos inferiores, y cuando el Espíritu mismo está poco desmaterializado. En los mundos supe-

riores, donde los lazos entre el Espíritu y la materia son muy débiles, la manifestación es casi tan fácil como en el estado errante; y en todos los casos es más fácil que en los mundos donde la materia corporal es más compacta.

Las causas ajenas residen principalmente en la naturaleza del médium, en el carácter de la persona que evoca, en el ambiente en que se realiza la evocación y, por último, en el objetivo que la motiva. Algunos médiums reciben más particularmente comunicaciones de sus Espíritus familiares, que pueden ser más o menos elevados. Otros son aptos para servir de intermediarios a todos los Espíritus, lo que depende de la simpatía o de la antipatía, de la atracción o de la repulsión que el Espíritu personal del médium ejerce sobre el Espíritu evocado, el cual puede utilizarlo como intérprete con placer o con repugnancia. Eso depende también, prescindiendo de las cualidades íntimas del médium, del desarrollo de la facultad mediadora, pues los Espíritus se presentan con mayor buena voluntad y, sobre todo, son más explícitos con un médium que no les opone ningún obstáculo material. Por otra parte, en igualdad de condiciones morales, cuanta mayor facilidad tiene el médium para escribir o expresarse, tanto más se amplían sus relaciones con el mundo espírita.

Además, es preciso tener en cuenta la facilidad que resulta del hábito de comunicarse con tal o cual Espíritu. Con el paso del tiempo, el Espíritu extraño se identifica con el del médium, así como con el de quien lo llama. Puesta a un lado la cuestión de la simpatía, se establecen entre ellos relaciones semimateriales¹⁹ que hacen que las comunicaciones sean más

19. En *El libro de los médiums*, § 276, el autor reemplaza “semimateriales” por “fluídicas”. (N. del T.)

ágiles. A eso se debe que la primera entrevista no siempre sea tan satisfactoria como se hubiera deseado, y también por eso los propios Espíritus suelen pedir que se los llame otra vez. El Espíritu que se presenta habitualmente se halla como en su casa: está familiarizado con sus oyentes y con sus intérpretes, y se expresa y actúa con mayor libertad.

Para resumir, a partir de lo que acabamos de expresar se deduce: que la facultad de evocar a cualquier Espíritu no implica para ese Espíritu la obligación de ponerse a nuestra disposición; que él puede acudir en una determinada ocasión, pero no en otra, así como con un médium o con un evocador que le agrade, y no con otro; que puede decir lo que desee, sin que sea obligado a manifestar lo que no quiere; que puede retirarse cuando así lo crea conveniente; por último, que por causas que dependen o no de su voluntad, puede dejar repentinamente de concurrir, aunque lo haya hecho con asiduidad durante algún tiempo.

De la posibilidad de evocar a los Espíritus encarnados resulta la de evocar al Espíritu de una persona viva. En tal caso, este responde como Espíritu y no como hombre, y a menudo sus ideas ya no son las mismas. Este tipo de evocaciones requiere prudencia, porque en algunas circunstancias podría causar inconvenientes. Como sabemos, la emancipación del alma casi siempre ocurre durante el dormir. Ahora bien, la evocación la provoca aunque la persona no duerma, o al menos produce un adormecimiento y una suspensión momentánea de las facultades sensitivas. Por lo tanto, habría peligro si en ese momento la persona se encontrara en una situación que requiriera de todo su conocimiento. También lo habría si estuviera muy enferma, porque su dolencia podría agravarse. Por otra parte, el peligro se atenúa por el hecho de

que el Espíritu conoce las necesidades de su cuerpo y se atiene a él, sin abandonarlo más allá del tiempo necesario. Así, por ejemplo, cuando nota que su cuerpo se va a despertar, lo comunica y anuncia que se verá forzado a retirarse. Dado que los Espíritus pueden estar reencarnados en la Tierra, a menudo ocurre que evocamos los de personas que están vivas, pero sin que lo sepamos. Nosotros mismos podemos ser evocados sin darnos cuenta de que eso ocurre. Sin embargo, en tal caso, las circunstancias ya no son las mismas, de modo que no podría resultar de ahí ninguna molestia.

Tal vez parezca sorprendente el hecho de que los Espíritus de los hombres más ilustres, de hombres a los que casi no nos habríamos atrevido a dirigirles la palabra en vida, accedan al llamado de los hombres más vulgares. Esto solo puede sorprender a los que no conocen la naturaleza del mundo espírita. Cualquiera que haya estudiado ese mundo, sabe que la posición que hayamos ocupado en la Tierra no nos otorga en él ninguna supremacía, de modo que el poderoso podrá encontrarse por debajo del que fue su servidor. Tal es el sentido de estas palabras de Jesús: “Los grandes serán rebajados; y los pequeños, elevados”; así como de estas otras: “Todo el que se rebaje será elevado; y el que se eleve será rebajado”. Por consiguiente, es posible que un Espíritu no ocupe entre sus semejantes la posición que le atribuimos; pero si es verdaderamente superior, se habrá despojado de todo orgullo y de toda vanidad, de modo que mira el corazón y no la apariencia.

Lenguaje que se debe emplear con los Espíritus

El grado de superioridad o de inferioridad de los Espíritus indica naturalmente el tono en que debemos hablar con ellos. Es evidente que, cuanto más elevados son, tanto más derecho les asiste para que reciban nuestro respeto, nuestras atenciones y nuestra sumisión. Así pues, no debemos demostrarles menos deferencia que la que tendríamos para con ellos, aunque por otros motivos, en caso de que estuviesen vivos. En la Tierra tomaríamos en consideración la categoría y la posición social que ocupan; en el mundo de los Espíritus sólo tendremos en cuenta su superioridad moral. La elevación que poseen los coloca por encima de las puerilidades de nuestras fórmulas de adulación. Su benevolencia no se capta con palabras, sino por medio de la sinceridad de los sentimientos. Así pues, sería ridículo darles los títulos que nuestros usos consagran para establecer la diferencia de categorías, y que tal vez hayan halagado su vanidad cuando estaban vivos. Si son realmente superiores, no solo no atribuirán ninguna importancia a esos títulos, sino que se disgustarán si los empleamos. Un buen pensamiento les resulta más grato que los más elogiosos epítetos. Si no fuera así, no estarían por encima de la humanidad. El Espíritu de un venerado sacerdote, que había sido en la Tierra un príncipe de la Iglesia, un hombre de bien que ponía en práctica la ley de Jesús, respondió cierta vez a alguien que lo había evocado dándole el título de Monseñor: “Deberías decir, a lo sumo, ex Monseñor, porque aquí el único Señor es Dios. Muchos eran los que se arrodillaban ante mí en la Tierra, mientras que hoy soy yo quien se inclina ante ellos”.

En cuanto a la cuestión de saber si debemos o no tutear a los Espíritus, eso tiene muy poca importancia. El respe-

to se encuentra en el pensamiento, no en las palabras. Todo depende de la intención con que lo hagamos, dado que en este punto las costumbres son las mismas en todos los idiomas. Así pues, podemos tutear o no a los Espíritus, según su categoría o el grado de familiaridad que exista entre ellos y nosotros, tal como procedemos con nuestros semejantes.

Si bien los Espíritus no se detienen en las palabras, les agrada, en cambio, que reconozcamos su condescendencia tanto para acudir a nuestro llamado como para respondernos. Por lo tanto, debemos agradecerles por eso, como también a los que se ocupan de nosotros y nos protegen. Esa es la manera de alentarlos a que continúen haciéndolo. Sería un grave error suponer que la forma imperativa ejerce alguna influencia sobre ellos. Antes bien, constituye un medio infalible para que los Espíritus buenos se alejen de nosotros. Se les ruega, pero no se les manda, porque no están a nuestras órdenes, y porque todo lo que exprese orgullo los repele. Incluso los Espíritus familiares abandonan a quienes los descuidan y se muestran ingratos para con ellos.

Aunque no pertenezcan a la primera categoría, los Espíritus no dejan de merecer nuestro respeto, sobre todo cuando nos revelan una superioridad relativa. En cuanto a los Espíritus inferiores, su carácter nos indica el lenguaje que debemos emplear para con ellos. Los hay que, aunque inofensivos y hasta benévolos, son frívolos, ignorantes, atolondrados. Darles el mismo trato que dispensamos a los Espíritus serios, como hacen ciertas personas, sería como si nos arrodilláramos delante de un escolar, o delante de un asno que llevara puesto el birrete de doctor. El tono de familiaridad no sería inoportuno para con ellos, pues no los ofende. Por el contrario, lo aceptan de buen grado.

Hay Espíritus inferiores que son desdichados. Sean cuales fueren las faltas que estén expiando, sus padecimientos merecen más aún nuestra conmiseración, puesto que nadie puede vanagloriarse de estar excluido de estas palabras de Cristo: “Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”. La benevolencia con que los tratemos será un consuelo para ellos. A falta de simpatía, necesitan hallar en nosotros la indulgencia que nosotros mismos desearíamos que se nos tuviera.

Los Espíritus que revelan su inferioridad a través del cinismo de su lenguaje, de sus mentiras, de la bajeza de sus sentimientos y la perfidia de sus consejos, son indudablemente menos dignos de nuestro interés que aquellos cuyas palabras dan muestras de arrepentimiento. Con todo, les debemos al menos la piedad que nos inspiran los más grandes criminales. La manera de reducirlos al silencio consiste en que nos mostremos superiores a ellos, pues sólo confían en las personas respecto de las cuales creen que no tienen nada que temer. En ese caso hay que hablarles con autoridad para alejarlos, lo que siempre se logra mediante una firme voluntad, conminándolos en nombre de Dios y con el auxilio de los Espíritus buenos. Ellos se inclinan ante la superioridad moral, como el culpable ante su juez.

En resumen, sería tan irreverente que tratáramos a los Espíritus superiores de igual a igual, como sería ridículo que dispensáramos a todos, sin excepción, la misma deferencia. Veneremos a los que lo merecen, agradezcamos a los que nos protegen y asisten, y brindemos a los restantes la benevolencia que algún día, tal vez, nosotros también necesitaremos. Al penetrar en el mundo incorporal, hemos aprendido a conocerlo, y ese conocimiento debe guiar nuestras relaciones con

quienes habitan en él. Los hombres de la antigüedad, en su ignorancia, erigían altares a los Espíritus. Para nosotros, en cambio, ellos son apenas criaturas más o menos perfectas, y solo levantamos altares a Dios. (Véase *Politeísmo* en el “Vocabulario”.)

Preguntas que se pueden formular a los Espíritus

Si el lector asimiló correctamente los principios que hemos desarrollado hasta aquí, comprenderá sin dificultad la importancia –desde el punto de vista práctico– del asunto que ahora vamos a tratar, pues es la consecuencia y la aplicación de dichos principios. Hasta cierto punto, la conclusión se podría inferir a partir del conocimiento que la escala espírita nos brinda respecto del carácter de los Espíritus según la categoría que ocupan. Esa escala nos indica la pauta de lo que podemos preguntarles y de lo que debemos esperar de ellos. Un extranjero que visitara nuestro país con la creencia de que todos sus habitantes son iguales en ciencia y en moralidad, se encontraría con muchas anomalías; pero todo quedaría explicado para él desde que comprendiera que cada uno habla y escribe según sus aptitudes. Lo mismo ocurre en el mundo espírita. A partir de que vemos a los Espíritus tan distanciados unos de otros en todos los aspectos, comprendemos sin esfuerzo que no todos ellos son aptos para resolver la totalidad de las dificultades, y que una pregunta mal formulada puede exponernos a más de un error.

Con base en este principio, ¿conviene interrogar a los Espíritus? Algunas personas piensan que debemos abstenernos de hacerlo, y que es necesario cederles la iniciativa respecto de lo que quieran decirnos. Se apoyan en el hecho de que

el Espíritu, al hablar espontáneamente, lo hace con mayor libertad; solo dice lo que quiere; y de ese modo estamos más seguros de contar con la expresión de su propio pensamiento. Incluso piensan que es más respetuoso aguardar las enseñanzas que el Espíritu considere apropiadas para transmitirnos. Ahora bien, la experiencia contradice esa teoría, como lo hace con tantas otras que surgieron a comienzo de las manifestaciones. El conocimiento de las diferentes categorías de Espíritus señala el límite del respeto que se les debe, y demuestra que, salvo que estemos seguros de tratar con seres superiores, su enseñanza espontánea no siempre será muy edificante. Con todo, aparte de esta consideración, y en el supuesto de que el Espíritu sea bastante elevado para que solo diga cosas buenas, a menudo su enseñanza será muy limitada si no se la alimenta con preguntas. Muchas veces hemos visto sesiones que languidecieron o se extinguieron por falta de un tema de conversación determinado. Ahora bien, como en definitiva los Espíritus solo responden toda vez que les conviene, por el hecho de hacerles preguntas no violentamos en modo alguno su libre albedrío. Ellos mismos suelen provocar nuestras preguntas, cuando dicen: “¿Qué quieres? Pregúntame y te responderé”. A menudo también ellos mismos nos interrogan, no para instruirse, sino para ponernos a prueba o para que aclaremos nuestro pensamiento. Reducirnos ante ellos a un rol puramente pasivo, sería un exceso de sumisión que no nos solicitan. Lo que quieren es atención y recogimiento. Cuando toman espontáneamente la palabra, sin esperar a que les preguntemos —conforme hemos dicho más arriba al referirnos a las evocaciones—, corresponde que no los desviemos y sigamos la línea que han trazado. Sin embargo, como eso no siempre ocurre, es oportuno que tengamos un

tema preparado en caso de que los Espíritus no tomen la iniciativa. Regla general: cuando un Espíritu habla, no hay que interrumpirlo; cuando manifiesta con alguna señal su intención de hablar, debemos esperarlo, sin intervenir antes de que estemos seguros de que ya no tiene nada más que decir.

Si bien, en principio, las preguntas no desagradan a los Espíritus, hay algunas que les resultan extremadamente antipáticas, y que debemos evitar por completo, so pena de no obtener ninguna respuesta o de que nos respondan mal. Cuando decimos que algunas preguntas les resultan antipáticas, nos referimos a los Espíritus elevados, porque los Espíritus inferiores no son tan escrupulosos. A estos podemos preguntarles lo que queramos sin que se ofendan, incluso las cosas más descabelladas, pues responden a todo. No obstante, como ellos mismos dicen: “A preguntas tontas, respuestas tontas”. Y estaría muy loco quien las tomara en serio.

Los Espíritus pueden abstenerse de responder por varios motivos: 1.º) la pregunta puede desagradarles; 2.º) no siempre cuentan con los conocimientos necesarios; 3.º) hay cosas que se les prohíbe revelar. Por lo tanto, si no satisfacen una pregunta, es porque no quieren, no pueden o no deben. Sea cual fuere el motivo, una regla invariable es que *cada vez que un Espíritu se niega categóricamente a responder, nunca debemos insistir*, pues de lo contrario nos responderá uno de esos Espíritus frívolos que siempre están dispuestos a entrometerse en todo y que se preocupan muy poco por la verdad. Si la negativa no es absoluta, podremos rogar al Espíritu que condescienda a nuestro deseo, pues a veces lo hace, aunque nunca cederá si se lo exigimos. Esta regla no se aplica a los desarrollos que podemos e incluso debemos solicitarle acerca de algún punto que no haya quedado suficientemente ex-

plicado. Cuando un Espíritu desea cerrar una conversación, por lo general lo indica con alguna frase, como por ejemplo: *Adiós – Ha sido suficiente por hoy – Es muy tarde – Hasta la próxima*, etc. Esa frase es casi siempre definitiva; la inmovilidad del lápiz es la prueba de que el Espíritu se ha retirado, de modo que no se debe insistir.

En las preguntas hay que considerar dos puntos esenciales: el fondo y la forma. Respecto de la forma, es necesario que muestren –aunque sin una fraseología ridícula– el cuidado y la condescendencia debidos para con el Espíritu que se comunica, en caso de que sea superior, así como nuestra benevolencia si es igual o inferior a nosotros. Desde otro punto de vista, cada pregunta debe ser clara, precisa y sin ambigüedad. Hay que evitar las que tengan un sentido complejo, de modo que será mejor dividir las en dos o más. Cuando un tema requiera una serie de preguntas, es importante clasificarlas con un orden, concatenarlas metódicamente. Por eso siempre es útil prepararlas por anticipado, lo que por otra parte –como hemos dicho– constituye una especie de evocación anticipada que prepara el camino. Al meditarlas con calma, se las formula y se las clasifica mejor, y se obtienen respuestas más satisfactorias. Esto no impide que, en el transcurso de la conversación, se agreguen preguntas complementarias en las que no se había pensado, o que puedan ser sugeridas por las respuestas, pero lo esencial es que el plan siempre se encuentre trazado. Lo que debe evitarse es pasar bruscamente de un asunto a otro con preguntas desordenadas y que perjudiquen el tema principal. A menudo también ocurre que algunas preguntas, que se prepararon por anticipado previendo determinadas respuestas, resultan inútiles, en cuyo caso se pasa a otra. También se presenta con mucha frecuencia el hecho

de que a menudo la respuesta se anticipa a la pregunta, y que, tan pronto como se pronuncian las primeras palabras de esta, el Espíritu responde sin dejar que se la concluya. A veces incluso responde a un pensamiento expresado en voz baja por alguno de los asistentes, sin que se formule la pregunta y sin que el médium lo sepa. Si no tuviéramos a cada instante la prueba manifiesta de la neutralidad absoluta de este último, hechos de esta clase no dejarían duda alguna al respecto.

En cuanto al fondo, las preguntas merecen una atención particular, de acuerdo con su objeto. Las preguntas frívolas, hechas por curiosidad o para obtener pruebas, desagradan a los Espíritus serios, que en tal caso se alejan o no responden. En cambio, los Espíritus ligeros se divierten con ellas.

Las preguntas para obtener pruebas son formuladas generalmente por las personas que aún no adquirieron una convicción firme, y que de ese modo intentan asegurarse de la existencia de los Espíritus, de su perspicacia y su identidad. No cabe duda de que hacer eso es muy lógico de su parte, pero se equivocan por completo, y su insistencia se debe a que ignoran las propias bases en las que se apoya la ciencia espírita, bases totalmente diferentes de las que emplean las ciencias experimentales. Por lo tanto, las personas que deseen instruirse al respecto deben resignarse y seguir un camino nuevo, descartando los procedimientos de nuestras academias. Si consideran que solo pueden experimentar a su manera, será mejor que se abstengan. ¿Qué diría un profesor al que un alumno pretendiera imponerle su propio método, prescribiéndole actuar de tal o cual manera y realizar los experimentos a su antojo? Reiteramos que la ciencia espírita tiene sus propios principios, y quienes deseen conocerla deben adaptarse a ellos. De lo contrario, no pueden

considerarse aptos para juzgarla. Esos principios, en lo que concierne a las preguntas formuladas para obtener pruebas, son los siguientes.

1.º) Los Espíritus no son máquinas que movemos a voluntad. Son seres inteligentes que solo dicen y hacen lo que quieren, y a los que no podemos someter a nuestros caprichos.

2.º) Las pruebas que deseamos obtener respecto de su existencia, su perspicacia y su identidad, ellos mismos nos las ofrecen espontáneamente y de buen grado en muchas ocasiones; pero lo hacen cuando quieren y de la manera que quieren. Por nuestra parte, debemos esperar, ver, observar, y esas pruebas no nos faltarán: *hay que cazarlas al vuelo*. Si queremos provocarlas, entonces se nos escapan, y con eso los Espíritus nos demuestran su inteligencia y su libre albedrío.

Por otra parte, este principio rige todas las ciencias de observación. ¿Qué hace, por ejemplo, el naturalista que estudia las costumbres de un insecto? Sigue todas las manifestaciones de su inteligencia o de su instinto. Observa lo que ocurre, pero espera que los fenómenos se presenten; no piensa en provocarlos ni en desviar su curso, porque sabe además que, si lo hiciera, ya no dispondría de esos fenómenos en su simplicidad natural. Lo mismo ocurre con las observaciones espíritas.

De acuerdo con lo que sabemos ahora, se comprende que no basta con que un Espíritu sea serio para que resuelva ex profeso toda cuestión seria. Incluso no basta —como hemos visto— con que en la Tierra haya sido un científico, para que resuelva una cuestión de ciencia, dado que todavía puede hallarse imbuido de los prejuicios terrestres. Es necesario que sea suficientemente elevado, o bien que su desarrollo como

Espíritu se haya cumplido en el ámbito de las ideas que deseamos plantearle, desarrollo que a veces es muy diferente del que pudimos observar en él cuando vivía. No obstante, a menudo ocurre también que otros Espíritus más elevados acuden en auxilio del que interrogamos, y suplen su insuficiencia. Esto ocurre sobre todo cuando la intención del interrogador es buena, pura y sin segundas intenciones. En suma, lo primero que debemos hacer, cuando nos dirigimos a un Espíritu por primera vez, es aprender a conocerlo, a fin de que podamos considerar el tipo de preguntas que podremos formularle con mayor certeza.

Por lo general, los Espíritus conceden poca importancia a las preguntas de interés puramente material, a las que aluden a cuestiones de la vida privada. De modo que nos engañaríamos en caso de suponer que son guías infalibles a los que podemos consultar en todo momento respecto de la marcha o el resultado de nuestros asuntos. Reiteramos que los Espíritus frívolos responden a todo: incluso llegarán a predecir los movimientos bursátiles, dirán si el marido que se espera será moreno o rubio, etc., y tanto mejor si por casualidad aciertan.

Entre las preguntas frívolas, no incluimos la totalidad de las que poseen un carácter personal: el buen sentido nos permitirá evaluarlas. Con todo, los Espíritus que mejor pueden guiarnos al respecto son nuestros Espíritus familiares, los que están encargados de velar por nosotros y que, por su costumbre de seguirnos, se hallan identificados con nuestras necesidades. No cabe duda de que ellos conocen nuestros asuntos mejor que nosotros mismos. Por lo tanto, a ellos debemos dirigirnos para este tipo de cuestiones, y es necesario hacerlo con calma y recogimiento, mediante un llamado serio a su

benevolencia, y no a la ligera. Porque hacer estas preguntas a quemarropa y al primer Espíritu que se presente, sería como dirigirse al primer individuo que encontráramos en el camino.

Así pues, nuestros Espíritus familiares pueden esclarecernos, y en muchas circunstancias lo hacen de una manera eficaz; pero su asistencia no siempre es evidente y material. Muy a menudo, es oculta: nos ayudan mediante una infinidad de advertencias indirectas, que ellos mismos provocan, pero que lamentablemente no siempre tomamos en cuenta. De ahí resulta que a menudo solo debemos culparnos a nosotros mismos por nuestras tribulaciones. Cuando los interrogamos, en algunos casos ellos pueden brindarnos consejos positivos, pero en general se limitan a señalarnos el camino con la recomendación de que no tropecemos, para lo cual tienen un doble motivo. En primer lugar, las tribulaciones de la vida —si no son el resultado de nuestras propias faltas— forman parte de las pruebas que debemos sufrir. Los Espíritus pueden ayudarnos a soportarlas con valor y resignación, pero no les compete apartarnos de ellas. En segundo lugar, si nos llevaran de la mano para evitarnos los escollos, ¿qué haríamos con nuestro libre albedrío? Seríamos como niños tutelados hasta la edad adulta. Ellos nos dicen: “Este es el camino, avanza por la senda del bien; yo te inspiraré para que hagas lo más conveniente, pero debes valerte de tu propio juicio, como el niño se vale de sus piernas para caminar”.

Los Espíritus, ¿pueden predecir el futuro? Tal es la pregunta que ningún principiante deja de formular. Al respecto, solo diremos que la Providencia ha sido sabia al ocultarnos el futuro. ¡Cuántos tormentos nos evita esa ignorancia! Y eso, sin tomar en cuenta que, si lo conociéramos, nos entregaríamos ciegamente a nuestro destino, renunciando a toda iniciativa.

Los propios Espíritus solo conocen el futuro de acuerdo con su grado de elevación. Por eso, los Espíritus inferiores que sufren, creen que han de sufrir para siempre. Por su parte, los Espíritus que sí lo conocen, no deben revelarlo, aunque a veces pueden levantar una punta del velo que lo cubre. En tal caso, lo hacen espontáneamente, porque lo consideran útil, y nunca porque nosotros se lo pidamos. Lo mismo ocurre con nuestro pasado. Insistir en este punto, al igual que en los otros, toda vez que ellos se niegan a responder, implica convertirse en juguete de Espíritus mistificadores.

No podríamos, sin reproducir aquí el contenido de *El libro de los Espíritus*, examinar todas las variedades de preguntas que es posible formular. Por eso, nos remitimos a ese libro para el desarrollo de las que se relacionan con el futuro, las existencias anteriores, los descubrimientos, los tesoros escondidos, las ciencias, la medicina, etc.

Médiums pagos

Todavía no conocemos médiums escribientes que den consultas a tanto por sesión. Tal vez esto ocurra, razón por la cual nos parece útil decir algunas palabras al respecto. Diremos, en principio, que nada se prestaría mejor al charlatanismo y a las artimañas que semejante empresa. Así como hay falsos sonámbulos, también es probable que haya falsos médiums, y en mayor cantidad que aquellos. Este simple hecho sería motivo suficiente para que desconfiáramos. El desinterés, en cambio, es la respuesta más categórica que se puede dar a aquellos que sólo ven en los fenómenos una hábil maniobra. El charlatanismo desinteresado no existe. ¿Cuál sería, entonces, el objetivo de aquellos que empleasen el engaño

sin provecho, sobre todo cuando su notoria honorabilidad los colocara por encima de toda sospecha? Si bien la ganancia que un médium podría extraer de su facultad constituye un motivo de sospecha, esa circunstancia no prueba, de por sí, que esa sospecha tenga fundamento. Él podría tener una verdadera aptitud y actuar de muy buena fe, incluso si se hiciera retribuir. En ese caso, veamos si se puede esperar, razonablemente, algún resultado satisfactorio.

Si se ha comprendido bien lo que hemos expresado acerca de las condiciones necesarias para que una persona sirva de intérprete a los Espíritus buenos; las numerosas causas que pueden apartarlos; las circunstancias que, independientemente de su voluntad, suelen ser un obstáculo para que se hagan presentes; en una palabra, todas las condiciones *morales* que ejercen una influencia sobre la naturaleza de las comunicaciones, ¿cómo es posible suponer que un Espíritu, por poco elevado que sea, se encuentre a toda hora del día a las órdenes de un mercader de consultas, y sometido a sus exigencias, para satisfacer la curiosidad del primer cliente que aparezca? Se sabe de la aversión de los Espíritus a todo lo que huelga a codicia y egoísmo, y el poco caso que hacen de las cosas materiales. ¿Cómo es posible, entonces, pretender que ellos ayuden a comerciar con su presencia! La razón rechaza esa idea, ¡y sería preciso conocer muy poco la naturaleza del mundo espírita para creer que eso sea posible! No obstante, como los Espíritus frívolos son menos escrupulosos, y sólo buscan la ocasión para divertirse a expensas de nosotros, de ahí resulta que, si no somos engañados por algún falso médium, existen muchas probabilidades de que alguno de esos Espíritus lo haga. Estas reflexiones permiten que se comprenda el grado de confianza que se debe dispensar a las comuni-

caciones de esta índole. Por lo demás, ¿de qué servirían hoy los médiums pagos, toda vez que, si uno mismo no posee la facultad mediúmnica, puede encontrarla en algún miembro de la familia, entre los amigos o conocidos?

El inconveniente que acabamos de señalar ya no es el mismo cuando se trata de manifestaciones puramente físicas. La clase de Espíritus que se comunican en tales circunstancias permite que eso se comprenda fácilmente. Con todo, como la facultad de los médiums de influencia física no siempre se encuentra a disposición de estos, a menudo le faltaría al que la necesitara en el preciso momento de satisfacer las exigencias del público. La facultad mediadora, incluso con este límite, no ha sido otorgada al hombre para que la exhiba en los escenarios de las ferias, y quien pretenda tener a los Espíritus bajo sus órdenes—incluso a los de la categoría más ínfima— para hacerlos actuar al instante, con toda razón puede ser sospechoso de charlatanismo o de prestidigitación más o menos hábil. Téngase presente esto cada vez que aparezcan anuncios de presuntas sesiones de espiritismo o de espiritualismo a tanto por persona.

CAPÍTULO IX

Temas de estudio

Quienes evocan a los Espíritus de sus parientes y amigos, o a ciertos personajes célebres, para comparar sus opiniones de ultratumba con las que tenían cuando estaban vivos, muchas veces se incomodan y no saben mantener con ellos una conversación, salvo que caigan en temas banales y fútiles. Por eso consideramos útil indicar la fuente de la que es posible extraer temas de observación que son, por decirlo así, ilimitados.

El mundo espírita —como hemos visto— presenta, desde el punto de vista intelectual y moral, tantas variedades como la humanidad. Incluso debemos decir que muchas más, porque, sea cual fuere la distancia que separa a los hombres en la Tierra, desde el primer escalón hasta el último, hay Espíritu más acá y más allá de esos límites. Para conocer un pueblo es necesario observarlo desde la base hasta la cima, estudiarlo en todas las etapas de su vida, sondear sus pensamientos, escudriñar sus hábitos íntimos; en una palabra, someterlo —para decirlo de algún modo— a una disección moral. Tan solo al multiplicar las observaciones podemos captar las analogías y las anomalías, y fundar un juicio mediante la comparación. ¿Quién podría contar los volúmenes escritos sobre etnografía, antropología, y sobre el estudio del corazón humano?

Sin embargo, aún estamos lejos de haberlo dicho todo sobre el tema. Lo que se ha hecho respecto del hombre, se puede hacer respecto de los Espíritus, y constituye el único medio de aprender a conocer ese mundo, que nos interesa tanto más cuanto que la muerte —a la que todos nos hallamos sometidos— nos conduce a él por la fuerza misma de las circunstancias. Ahora bien, ese mundo se revela ante nosotros mediante las manifestaciones inteligentes de los Espíritus, de modo que podemos interrogar a sus habitantes de todas las clases, no solamente acerca de generalidades, sino respecto de las particularidades de su existencia de ultratumba, y juzgar por eso lo que nos espera a nosotros mismos según nuestra conducta en la Tierra. Hasta hace poco, el destino que se nos reservaba no era para nosotros más que el objeto de una enseñanza teórica. Ahora, las manifestaciones espíritas nos muestran ese destino al desnudo, nos permiten tocarlo y verlo mediante los ejemplos más sorprendentes, y cuya realidad no podría ser cuestionada por nadie que la observe con una mirada escrutadora. Esa es la realidad que, mediante la orientación de los estudios, pretendemos que se pueda comprobar.

Si bien la evocación de Espíritus de hombres ilustres, de Espíritus superiores, es eminentemente útil por la enseñanza que ellos nos imparten, la de los Espíritus comunes no lo es menos, aunque esos Espíritus sean incapaces de resolver las cuestiones de amplio alcance. Ellos mismos ponen en evidencia su inferioridad, y cuanto menor es la distancia que los separa de nosotros, más los reconocemos en una situación semejante a la nuestra. Por lo tanto, resulta del más alto interés, desde el doble punto de vista psicológico y moral, estudiar la situación de aquellos que han sido nuestros contemporáneos, que han seguido el camino de la vida junto a nosotros, y

cuyo carácter, aptitudes, virtudes y vicios conocemos, aunque hayan sido los hombres más oscuros: los comprendemos mejor porque están a nuestro nivel. A menudo nos ofrecen rasgos característicos muy interesantes; y podemos agregar que en ese ámbito –íntimo, de algún modo– la identidad de los Espíritus se revela especialmente de la manera menos discutible. Se trata, como vemos, de una mina inagotable de observaciones, aunque nos limitemos a evocar a aquellos Espíritus cuya vida humana presentó alguna particularidad en relación con el género de muerte que ha experimentado, su edad, sus buenas o malas cualidades, su situación feliz o desdichada en la Tierra, sus hábitos, su estado mental, etc.

Con los Espíritus elevados, en cambio, el programa de estudios se amplía. Además de las preguntas psicológicas, que tienen un límite, podemos proponerles numerosos problemas morales, que se extienden hasta lo infinito, sobre las diversas situaciones de la vida, sobre la mejor conducta que habremos de adoptar en tal o cual circunstancia, sobre nuestros deberes recíprocos, etc. El valor de la instrucción que se reciba acerca de un tema cualquiera –moral, histórico, filosófico o científico– dependerá por completo del estado del Espíritu al que se interrogue. A nosotros nos compete juzgarlo.

Además de las preguntas propiamente dichas, podemos solicitar a los Espíritus superiores que nos brinden disertaciones acerca de temas específicos, o que ellos mismos hayan elegido de un listado que les presentamos. De tal modo, se puede tratar acerca de las cualidades, los vicios y los contratiempos de la sociedad, como la avaricia, el orgullo, la pereza, los celos, el odio, la cólera, la caridad, la modestia, etc. Espíritus un poco menos elevados, pero inteligentes, pueden tratar con éxito temas menos serios, pero que no dejan de ser

interesantes. Otros, por último, según sus aptitudes y la facilidad de ejecución que les ofrezca el médium, pueden dictar obras de largo aliento.

La manera de plantear las preguntas y coordinarlas es —como acabamos de ver— una cuestión esencial. Al respecto, se encontrarán numerosas aplicaciones en los artículos publicados en la *Revista espírita* con el título *Conversaciones familiares de ultratumba*. Se las puede tomar como modelo del camino a seguir en las relaciones que uno mismo desee establecer con los Espíritus.

CAPÍTULO X

Consejos para los principiantes

El conocimiento de la ciencia espírita se basa en una convicción moral y una convicción material. La primera se adquiere mediante el razonamiento; la segunda, mediante la observación de los hechos. Para el principiante sería lógico observar primero y razonar después. Lamentablemente, no siempre puede ser así. Sería imposible realizar un curso práctico de espiritismo como se hace uno de física o de química. Los fenómenos que son objeto de estas dos ciencias pueden reproducirse a voluntad, de modo que es posible mostrárselos al alumno gradualmente, pasando de lo simple a lo complejo. No ocurre lo mismo con los fenómenos espíritas, pues no se los manipula como a una máquina eléctrica. Es necesario registrarlos a medida que se presentan, porque no depende de nosotros asignarles un orden metódico. De ahí resulta que muchas veces sean ininteligibles o poco concluyentes para el principiante. Pueden asombrar sin convencer.

Este inconveniente se puede evitar en caso de que sigamos el camino contrario, es decir, comenzando por la teoría. Eso es lo que aconsejamos a las personas que deseen instruirse seriamente. Mediante el estudio de los principios de la ciencia espírita –principios que se comprenden perfectamente sin experimentación práctica– se adquiere una primera

convicción moral, que solo necesita ser corroborada por los hechos. Ahora bien, como en este estudio preliminar todos los hechos fueron pasados en revista y comentados, de ahí resulta que, al verlos, se los comprende, sea cual fuere el orden en que las circunstancias permitan observarlos.

Por nuestra parte, hemos intentado reunir en nuestras tres publicaciones todos los elementos necesarios para tal fin. Consideramos la ciencia espírita en todos sus aspectos, y presentamos las explicaciones de los diversos puntos según lo requiere el estado actual de la materia. Así pues, una lectura atenta de esas obras será una primera iniciación, que permitirá aguardar los hechos u ofrecerá los medios de provocarlos con conocimiento de causa si nada se opone a ellos, y sin extraviarse en ensayos que pueden resultar infructuosos por no haberse mantenido dentro de los límites de lo posible. En esta *Instrucción práctica* se encontrarán los principios fundamentales necesarios para los principiantes. En la *Revista espírita*, además de extensos desarrollos, una variedad considerable de hechos y aplicaciones. Por último, en *El libro de los Espíritus*, la propia enseñanza de los Espíritus acerca de las cuestiones de metafísica y de moral que se relacionan con la doctrina espírita.

CAPÍTULO XI

Influencia del espiritismo

Al principio, los adversarios del espiritismo emplearon contra él el arma del ridículo, y sin el menor escrúpulo tildaron de locos a sus partidarios. Pero esa arma no solo se desafiló, sino que ella misma comienza a tornarse ridícula, pues la cantidad de esos supuestos locos ha aumentado tanto en todos los países, que haría falta enviar a los establecimientos para dementes²⁰ a los hombres más encumbrados por su saber y su posición social. De tal modo, han cambiado de artillería: adoptan un tono más serio y se apiadan de la suerte que le espera a la humanidad por causa de esa doctrina cuyos peligros han exaltado, pero no se imaginan que proclamar el peligro de algo implica reconocer su realidad. Si el espiritismo es una quimera, ¿para qué se esfuerzan tanto en combatirlo? Es como luchar contra molinos de viento. Dejadlo tranquilo, y morirá de muerte natural. Sin embargo, en vez de morir, se propaga con increíble rapidez, y los adeptos se multiplican en todos los puntos del globo, a tal punto que, si esto continúa, pronto habrá más locos que personas sensatas. Ahora bien, ¿quiénes han contribuido a ese resultado? Los propios adversarios, que lo han divulgado sin proponérselo.

20. En el original: *Petites-Maisons*. (N. del T.)

Sus diatribas produjeron el efecto del fruto prohibido. El público pensó: “Si se encarnizan tanto contra ese monstruo, es porque ese monstruo existe”. A este razonamiento, muy lógico, se le sumó la curiosidad, de modo que todos quisieron ver, aunque más no fuera por entre los dedos, mientras se tapaban los ojos. Así se logró que muchas personas pensarán en el espiritismo, pues de no ser por eso tal vez no habrían oído hablar de él, o al menos no se habrían ocupado del tema. Si el espiritismo es una realidad, eso se debe a que está en la naturaleza, porque no se trata de una teoría, una opinión o un sistema, sino de hechos. Si es peligroso, hay que dirigirlo. Un río no se suprime, sino que se orienta su curso. Así pues, veamos en pocas palabras en qué consisten esos supuestos peligros.

Afirman que el espiritismo puede causar una impresión perturbadora en las facultades mentales. En el transcurso de esta obra, nos hemos explayado bastante acerca de la verdadera fuente de ese peligro, que surge precisamente de los que pretenden combatirlo inoculando en los cerebros débiles la idea del diablo o del demonio. Es cierto que la exaltación también puede surgir en un sentido opuesto. No obstante, sin tomar en cuenta para nada la idea del espiritismo, ¿acaso no vemos cerebros trastornados por una falsa apreciación de las cosas más sagradas? Hace poco, los periódicos refirieron el caso de una joven campesina que, interpretando al pie de la letra esta frase del Evangelio: *Si tu mano es causa de escándalo, córtatela*, se desprendió la muñeca de un hachazo. ¿Acaso debemos concluir de ahí que el Evangelio es peligroso? ¿Y esa madre que mató a sus hijos para que entraran más deprisa al Paraíso? ¿Acaso eso demuestra que la idea del Paraíso es peligrosa?

En apoyo de esta queja contra el espiritismo se mencionan cifras, y se afirma, por ejemplo, que en Estados Unidos, en una sola comarca, se registraron cuatro mil casos de locura causados por esas ideas. En primer lugar, preguntaremos, a los que propagan hechos de este tipo, de qué fuente los extrajeron, y si la estadística que presentan es auténtica. Por nuestra parte, pensamos que la tomaron de algunos periódicos de ese país, los cuales, como todos los adversarios, creen poseer el monopolio del buen sentido y tratan de cerebros chiflados a todos los que creen en las manifestaciones de los Espíritus. No es asombroso que, con un sistema semejante, se hayan encontrado cuatro mil casos. Esa cifra nos parece incluso muy modesta, porque en Estados Unidos los espiritistas se cuentan hoy por cientos de miles. ¡Construid, pues, establecimientos para dementes en todo el mundo! Ya hemos dicho bastante sobre este tema, que no merece un análisis serio, y consideremos una acusación mucho más grave.

“El espiritismo —afirman algunas personas— destruye la religión.” Con toda razón se dice que no hay nada más peligroso que un amigo torpe. Esas personas no reparan en que, al afirmar eso, atacan a la religión en su base fundamental: la eternidad. ¡Cómo es posible que una religión, que el propio Dios ha establecido, se vea comprometida por algunos Espíritus golpeadores! ¡Entonces creéis en el poder de esos Espíritus que, por otra parte, según vosotros, no son más que quimeras! Al menos poneos de acuerdo con vosotros mismos. Si esos Espíritus son mitos, ¿qué tenéis que temer? Si existen, de dos cosas una: consideraréis que son muy poderosos, o que la religión es muy débil. Escoged. “Pero nosotros —diréis— no tememos a los Espíritus, porque no creemos en ellos. Solo tememos a las falsas doctrinas de quienes los pre-

conizan.” De acuerdo; pero según vosotros, los que creen en los Espíritus están locos. Por lo tanto, ¡tenéis miedo de que esos locos quebranten la Iglesia! Una vez más, escoged. Por nuestra parte, diremos que los que hablan así no tienen fe, porque suponer que una religión es vulnerable por causas tan débiles, una religión de la que Jesús ha dicho que “las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella”, significa no tener fe en el poder de Dios.

Con todo, veamos en qué puntos la doctrina espírita es contraria a los principios religiosos. ¿Qué enseñan esos Espíritus, que resulta tan peligroso? Afirman esto: “Amad a Dios por sobre todas las cosas, y a vuestro prójimo como a vosotros mismos. Amaos unos a otros como hermanos. Perdonad a vuestros enemigos. Olvidad las injurias. Haced a los demás lo que quisierais que a vosotros se os haga. No os contentéis con no hacer el mal, sino haced el bien. Soportad con paciencia y resignación las penas de la vida. Desterrad de vuestro corazón el egoísmo, el orgullo, la envidia, el odio, los celos”. Afirman también: “Dios os concede los bienes de la Tierra para que los uséis bien, y no para que gocéis de ellos como los avaros. La sensualidad os rebaja hasta el nivel de la bestia”. No obstante, Jesús también ha dicho todo eso. La moral de los Espíritus es, pues, la moral del Evangelio. ¿Acaso enseñan el dogma de la fatalidad? No; proclaman que el hombre es libre en todas sus acciones y responsable de sus obras. ¿Acaso afirman que la conducta que se observa en la Tierra importa poco, y que el destino después de la muerte es el mismo para todos? En absoluto, pues reconocen las penas y las recompensas futuras; y hacen más: las tornan evidentes, porque son ellos mismos los que, felices o desdichados, vienen a describirnos sus padecimientos y sus alegrías. Es cierto que no los

describen exactamente como se lo hace entre nosotros, pues no admiten la existencia de un fuego material destinado a quemar eternamente a las almas inmateriales. Pero ¡qué importa la forma, si existe el fondo! Salvo que se pretenda que la forma debe prevalecer sobre el fondo, el sentido figurado sobre el sentido propio. ¿Acaso las creencias religiosas no se han modificado en muchos pasajes de las Escrituras, sobre todo respecto de los seis días de la Creación —que conforme sabemos muy bien, ya no son seis veces veinticuatro horas, sino tal vez seis veces cien mil años—, o respecto de la antigüedad del globo terrestre, así como del movimiento de la Tierra alrededor del Sol? Lo que antaño se consideraba una herejía digna del fuego terrenal y del celestial, y un derrumbe de la religión, ¿no es admitido por la Iglesia desde que la ciencia positiva demostró, no el error del texto, sino la falsa interpretación que se le había dado? Lo mismo ocurre con el Infierno, al que la Iglesia ya no ubica en las entrañas de la Tierra desde que estas fueron investigadas. La alta teología admite perfectamente la existencia de un fuego moral; desde que se sondearon las profundidades del espacio, ya no asigna un lugar determinado al Purgatorio, y considera que podría hallarse en todas partes, incluso alrededor nuestro. La religión no ha sufrido por eso. Al contrario, ha ganado desde que no se resiste a la evidencia de los hechos. No hay que juzgarla por lo que todavía se enseña en las escuelas rurales, donde las doctrinas superiores no se comprenderían. El alto clero es más ilustrado de lo que por lo general se supone, y en muchas ocasiones ha demostrado que de ser necesario sabe salir de los viejos atolladeros de la tradición y los prejuicios. No obstante, hay personas que quieren ser más religiosas que la propia religión, y que la rebajan con su estrechez de miras.

Para ellas, la forma lo es todo, y prevalece incluso sobre la moral del Evangelio, que practican muy poco. Estas personas son las que más daño le hacen. Así pues, ¿en qué punto sería perniciosa la doctrina espírita? Explica lo que no se había explicado; demuestra la posibilidad de lo que se consideraba imposible. También demuestra la utilidad de la plegaria, con la salvedad de que solo la oración del corazón es eficaz, y que la de los labios es un vano simulacro. ¿Quién se atrevería a sostener lo contrario? ¡La no eternidad de las penas! ¡La reencarnación! Aquí están, pues, los obstáculos. Pero si alguna vez estos hechos se tornan tan evidentes y comunes como el movimiento de la Tierra alrededor del Sol, entonces tendrán que rendirse a la evidencia, como lo han hecho con lo demás, y tal vez si investigaran bien desde ahora, ponerse de acuerdo sería menos difícil de lo que se supone. Que no se apresuren, pues, a emitir un juicio que podría ser demasiado precipitado, y aprovechemos las lecciones de la historia.

El mayor enemigo de la religión es el materialismo, y este no tiene mayor adversario que la doctrina espírita. El ESPIRITISMO ya condujo hacia el ESPIRITUALISMO a muchos materialistas obstinados, que hasta entonces se habían resistido a todos los argumentos teológicos. Eso se debe a que el espiritismo hace más que argumentar: torna evidentes los hechos. Por lo tanto, es el más poderoso auxiliar de las ideas religiosas, porque otorga al hombre la convicción de su destino futuro, y en tal sentido debe ser acogido como un beneficio para la humanidad. Ha reanimado en más de un corazón la fe en la Providencia; y logra que nazca la esperanza en lugar de la duda. Ha hecho más: arrancó a más de una víctima del suicidio, restableció la paz y la concordia en las familias, calmó los odios y apaciguó las pasiones brutales, evitó la venganza, y

colocó la resignación en el alma del que sufre. ¿Acaso es subversivo del orden social y de la moral pública? Una doctrina que condena el odio y el egoísmo, que predica el desinterés y el amor al prójimo sin distinción de sectas ni de castas, no puede excitar las pasiones hostiles, y sería de desear, para la paz del mundo y la dicha del género humano, que todos los hombres comprendieran y practicaran tales principios. Entonces, no tendrían nada que temer unos de otros.

A esto conduce la *locura* del espiritismo en aquellos que, al profundizar tales misterios, ven en las manifestaciones espíritas algo más que mesas que giran o demonios que golpean.

FIN

Índice

<i>Advertencia general sobre la traducción</i>	7
Introducción	9
Vocabulario espírita	15
Cuadro sinóptico de la nomenclatura espírita especial	65
Capítulo I. ESCALA ESPÍRITA	67
Tercer orden. Espíritus imperfectos	69
Segundo orden. Espíritus buenos.....	73
Primer orden. Espíritus puros	75
Capítulo II. ACERCA DE LAS MANIFESTACIONES ESPÍRITAS	77
Acción oculta	77
Manifestaciones patentes	78
Manifestaciones físicas	78
Manifestaciones inteligentes	79
Manifestaciones aparentes, vaporosas o tangibles	80
Manifestaciones espontáneas	83
Capítulo III. COMUNICACIONES ESPÍRITAS	91

Capítulo IV. DIFERENTES MODOS DE COMUNICACIÓN ...	99
Sematología y tiptología	99
Psicografía	106
Capítulo V. ACERCA DE LOS MÉDIUMS	113
Médiums de influencias físicas. Médiums naturales y médiums facultativos	114
Médiums facultativos.....	118
Médiums escribientes o psicógrafos	119
Capítulo VI. ROL E INFLUENCIA DEL MÉDIUM EN LAS MANIFESTACIONES	127
Capítulo VII. INFLUENCIA DEL AMBIENTE EN LAS MANIFESTACIONES	135
Capítulo VIII. ACERCA DE LAS RELACIONES CON LOS ESPÍRITUS	141
Las reuniones	141
El lugar	144
Las evocaciones	146
Espíritus a los que se puede evocar	149
Lenguaje que se debe emplear con los Espíritus	153
Preguntas que se pueden formular a los Espíritus	156
Médiums pagos	164
Capítulo IX. TEMAS DE ESTUDIO	167
Capítulo X. CONSEJOS PARA LOS PRINCIPIANTES	171
Capítulo XI. INFLUENCIA DEL ESPIRITISMO	173

